
V. I. Lenin

**La enfermedad
infantil del
«izquierdismo»
en el comunismo**

V. I. Lenin

**La enfermedad
infantil del
«izquierdismo»
en el comunismo^[1]**

*La enfermedad infantil del
«izquierdismo» en el comunismo*
V. I. Lenin

Indice

I. ¿En que sentido se puede hablar de la significación internacional de la revolución Rusa?	7
II. Una de las condiciones fundamentales del éxito de los bolcheviques	9
III. Las principales etapas en la historia del bolchevismo	11
IV. ¿En lucha con qué enemigos en el interior del movimiento obrero ha podido crecer, fortalecerse y templarse el bolchevismo?	14
V. El comunismo «de izquierda» en Alemania. Jefes, partido, clase, masa	20
VI. ¿Deben actuar los revolucionarios en los sindicatos reaccionarios?	25
VII. ¿Debe participarse en los parlamentos burgueses?	32
VIII. ¿Ningún compromiso?	39
IX. El comunismo «de izquierda» en Inglaterra	47
X. Algunas conclusiones	56
I. La escisión de los comunistas alemanes	67
II. Comunistas e independientes en Alemania	68
III. Turati y compañía en Italia	70
Conclusiones falsas de premisas justas	71
Notas	75

I. ¿En que sentido se puede hablar de la significación internacional de la revolución Rusa?

En los primeros meses que siguieron a la conquista del Poder político por el proletariado en Rusia (25. X-7. XI. 1917), podía parecer que, a consecuencia de las enormes diferencias existentes entre la Rusia atrasada y los países avanzados de la Europa occidental, la revolución del proletariado en estos últimos se parecería muy poco a la nuestra. En la actualidad contamos ya con una experiencia internacional más que regular, que demuestra de un modo bien claro que algunos de los rasgos fundamentales de nuestra revolución tienen una significación no solamente local, particularmente nacional, rusa, sino también internacional. Y hablo de la significación internacional no en el sentido amplio de la palabra: no son sólo algunos, sino todos los rasgos fundamentales, y muchos secundarios, de nuestra revolución, los que tienen una significación internacional, desde el punto de vista de la influencia de dicha revolución sobre todos los países. No, en el sentido más estricto de la palabra, es decir, entendiéndolo por significación internacional su importancia internacional o la inevitabilidad histórica de la repetición en escala internacional de lo que ocurrió en nuestro país, ésta significación debe ser reconocida en alguno de los rasgos fundamentales de nuestra revolución.

Naturalmente, sería un tremendo error exagerar esta verdad extendiéndola más allá de algunos rasgos fundamentales de nuestra revolución. Asimismo, sería un error perder de vista que después de la victoria de la revolución proletaria, aunque no sea más que en uno de los países avanzados, se producirá seguramente un cambio radical en el sentido de que Rusia será, no un país modelo, sino de nuevo un país atrasado (en el sentido «soviético» y socialista).

Pero en este momento histórico se trata precisamente de que el ejemplo ruso muestra a *todos* los países algo, y algo muy sustancial, de su futuro próximo e inevitable. Los obreros avanzados de todos los países hace ya tiempo que lo han comprendido y, más que comprenderlo, lo han percibido, lo han sentido con su instinto revolucionario de clase.

De aquí la «significación» internacional (en el sentido estricto de la palabra) del Poder Soviético, así como de los fundamentos de la teoría y de la táctica bolchevique. Esto no lo han comprendido los jefes «revolucionarios» de la II Internacional, como Kautsky en Alemania, Otto Bauer y Federico Adler en Austria, que se convirtieron por esto en reaccionarios, en defensores del peor de los oportunismos y de la social-traición. Digamos de paso que el folleto anónimo «La Revolución Mundial» («Weltrevolution»), aparecido en 1919 en Viena (Sozialistische Bücherei, Heft II; Ignaz Brand) muestra con una elocuencia particular toda la contextura ideológica y todo el círculo de ideas, más exactamente, todo el abismo de incompreensión, pedantería, vileza y traición a los intereses de la clase obrera; además, lo hace bajo el pretexto de la «defensa» de la idea de la «revolución mundial».

Nota de esta edición.

La presente edición de *La enfermedad infantil del «izquierdismo» en el comunismo* está tomada de la edición de 1972, realizada para la 'colección ebro' por *Editions de la Librairie de Globe* de París, que reproduce el texto de la edición española de las Obras Escogidas de Lenin, en dos tomos, publicadas por Ediciones en Lenguas Extranjeras, de Moscú, en 1948, por la Editorial Progreso.

Pero nos detendremos en detalle en este folleto en otra ocasión. Consignemos aquí únicamente lo siguiente: en los tiempos, ya bien lejanos, en que Kautsky era todavía un marxista y no un renegado, al examinar la cuestión como historiador, preveía la posibilidad del advenimiento de una situación, como consecuencia de la cual el revolucionarismo del proletariado ruso se convertiría en un modelo para la Europa occidental. Esto era en 1902, cuando Kautsky escribía en la «Iskra» revolucionaria el artículo «Los eslavos y la revolución». He aquí lo que escribía en este artículo:

«En la actualidad» (al contrario que en 1848) «se puede creer que no sólo se han incorporado los eslavos a las filas de los pueblos revolucionarios, sino que el centro de gravedad del pensamiento y de la obra revolucionaria se trasfiere cada día más hacia los eslavos. El centro revolucionario pasa del Occidente al Oriente. En la primera mitad del siglo XIX se hallaba en Francia, en algunos momentos en Inglaterra. En 1848, Alemania entró en las filas de las naciones revolucionarias... El nuevo siglo empieza con acontecimientos que sugieren la idea de que nos hallamos en presencia de un nuevo desplazamiento del centro revolucionario, más precisamente, su traslado a Rusia... Rusia, que se ha asimilado tanta iniciativa revolucionaria de Occidente, es posible que en la actualidad se halle presta a servir de fuente de energía revolucionaria para este último. El movimiento revolucionario ruso, cada día más acentuado, resultará acaso el medio más poderoso para sacudir ese espíritu de filisteísmo fofo y de politiquería consciente que empieza a difundirse en nuestras filas y hará surgir de nuevo la llama viva del anhelo de lucha y de adhesión apasionada a nuestros grandes ideales. Rusia hace ya tiempo que ha dejado de ser, para la Europa occidental, un simple reducto de la reacción y del absolutismo. En la actualidad, se puede acaso decir que es todo lo contrario. La Europa occidental se convierte en el reducto de la reacción y del absolutismo de Rusia... Los revolucionarios rusos es posible que se hubieran librado hace ya mucho tiempo del zar, si no tuvieran que luchar al mismo tiempo contra el aliado de este último, el capital europeo. Esperemos que esta vez conseguirán librarse de ambos enemigos y que la nueva «santa alianza» se derrumbará más pronto aún que sus predecesoras. Pero sea cual fuere el resultado de la lucha actual en Rusia, la sangre y el destino de los mártires, que esta lucha engendra por desgracia más de lo necesario, no serán vanos, sino que fertilizarán el terreno para la revolución social en todo el mundo civilizado e impulsarán de un modo más esplendoroso y rápido su florecimiento. En 1848 eran los eslavos helada horrible que mataba las flores de la primavera popular. Es posible que ahora estén llamados a ser la tormenta que romperá el hielo de la reacción y que traerá irresistiblemente consigo una nueva y feliz primavera para los pueblos.» (C. Kautsky, «Los eslavos y la revolución», artículo en la «Iskra», periódico revolucionario de la socialdemocracia rusa, núm. 18, 10 de marzo de 1902).

¡No escribía mal Carlos Kautsky hace dieciocho años!

trabajadores y explotados, debe saber realizar la propaganda y efectuar la organización y la agitación del modo más accesible, más comprensible, más claro y vivo, tanto para las barriadas obreras de las ciudades, como en el campo.

[12] Con extraordinaria claridad, concreción y exactitud, a la manera marxista, se explica esto en el excelente periódico del Partido Comunista austríaco, «Bandera Roja», del 28 y 30 de marzo de 1920. («Die Rote Fahne», Wien, 1920, Núms. 266 y 267. L. L.: «Ein neuer Abschnitt der deutschen Revolution» («Una nueva etapa de la revolución alemana»)).

camarada Bordiga y su fracción tienen razón cuando atacan a Turati y sus partidarios, que están en un partido que reconoce el Poder de los Soviets y la dictadura del proletariado, que siguen siendo miembros del Parlamento y prosiguen su vieja y perjudicial política oportunista. En efecto, al consentir esto el camarada Serrati y todo el Partido Socialista Italiano incurrir en un error tan preñado de amenazas y peligros como en Hungría, donde los señores Turatis húngaros sabotearon desde el interior el Partido y el Poder de los Soviets. Esa actitud errónea, inconsecuente, que se distingue por su falta de carácter, con respecto a los parlamentarios oportunistas, de una parte, engendra el comunismo «de izquierda», y de otra, justifica hasta cierto punto su existencia. El camarada Serrati es evidente que no tiene razón al acusar de «inconsecuencia» al diputado Turati («Comunismo», número 3), porque el único inconsecuente es el Partido Socialista Italiano, que tolera en su seno a oportunistas parlamentarios como Turati y compañía.

[8] Toda clase, aun en el país más culto, aun la más adelantada, aunque las circunstancias del momento hayan suscitado en ella un florecimiento excepcional de todas las fuerzas de espíritu, cuenta y contará, inevitablemente, mientras las clases subsistan y la sociedad sin clases no esté completamente afianzada, consolidada y desarrollada sobre sus propios fundamentos, con representantes de clase que no piensan y que son incapaces de pensar. El capitalismo no sería el capitalismo opresor de las masas, si no ocurriese así.

[9] Parece que este Partido es opuesto a la adhesión al «Partido Laborista», pero que no todos sus miembros son contrarios a la participación en el parlamento.

[10] Las elecciones a la Constituyente rusa, en noviembre de 1917, según informes que se refieren a más de 36 millones de electores, dieron el 25 por 100 de los votos a los bolcheviques, el 13 por 100 a los distintos partidos de los terratenientes y de la burguesía, el 62 por 100 a la democracia pequeñoburguesa, es decir, a los socialrevolucionarios y mencheviques junto con los pequeños grupos afines a ellos.

[11] Sobre la cuestión de la fusión futura de los comunistas «de izquierda», de los antiparlamentarios, con los comunistas en general, haré notar lo que sigue: En la medida en que me ha sido posible leer los periódicos de los comunistas «de Izquierda» y de los comunistas en general en Alemania, los primeros tienen la ventaja de que saben realizar la agitación entre las masas mejor que los segundos. Había observado algo análogo -aunque en mejores proporciones y en algunas organizaciones locales aisladas y no en todo el país- en la historia del Partido Bolchevique. Por ejemplo, en 1907-1908 los bolcheviques «de izquierda» en algunos sitios, a veces, llevaron a cabo su agitación entre las masas con más éxito que nosotros. Esto se explica en parte porque con una táctica de «simple» negación, es más fácil abordar a las masas en un momento revolucionario o cuando está todavía vivo el recuerdo de la revolución. Sin embargo, esto no abona la excelencia de tal táctica. En todo caso, es indudable que el partido comunista que quiera realmente ser el destacamento avanzado, la vanguardia de la clase revolucionaria del proletariado, y que quiera, además, aprender a dirigir a las amplias masas, no sólo proletarias, sino también no proletarias, a las masas de

II. Una de las condiciones fundamentales del éxito de los bolcheviques

Seguramente que hoy casi todo el mundo ve ya que los bolcheviques no se hubieran mantenido en el poder, no dos años y medio, sino ni siquiera dos meses y medio, sin la disciplina severísima, verdaderamente férrea, dentro de nuestro Partido; sin el apoyo más completo y abnegado prestado a éste por toda la masa de la clase obrera, esto es, por todo lo que ella tiene de consciente, honrado, abnegado, influyente y capaz de conducir consigo o de arrastrar tras de sí a las capas atrasadas.

La dictadura del proletariado es la guerra más abnegada y más implacable de la nueva clase contra un enemigo *más poderoso*, contra la burguesía, cuya existencia *se halla decuplicada* por su derrocamiento (aunque no sea más que en un sólo país) y cuya potencia consiste, no sólo en la fuerza del capital internacional, en la fuerza y la solidez de las relaciones internacionales de la burguesía sino en la *tuerza de la costumbre*, en la fuerza de *la pequeña producción*. Pues, por desgracia, ha quedado todavía en el mundo mucha pequeña producción y ésta *engendra* al capitalismo y a la burguesía constantemente, cada día, cada hora, por un proceso espontáneo y en masa. Por todos estos motivos, la dictadura del proletariado es necesaria, y la victoria sobre la burguesía es imposible sin una lucha prolongada, tenaz, desesperada, a muerte, una lucha que exige serenidad, disciplina, firmeza, inflexibilidad y una voluntad única.

Lo repito, la experiencia de la dictadura triunfante del proletariado en Rusia ha mostrado de un modo palpable al qué no sabe pensar o al que no ha tenido ocasión de reflexionar sobre esta cuestión, que la centralización incondicional y la disciplina más severa del proletariado constituye una de las condiciones fundamentales de la victoria sobre la burguesía.

De esto se habla a menudo. Pero no se reflexiona suficientemente sobre lo que esto significa, en qué condiciones es posible. ¿No convendría que las saluciones entusiastas al Poder de los Soviets y a los bolcheviques se vieran acompañadas *con más frecuencia de un análisis serio* de las causas *que* han permitido a los bolcheviques forjar la disciplina necesaria para el proletariado revolucionario?

El bolchevismo existe como corriente del pensamiento político y como partido político, desde 1903. Sólo la historia del bolchevismo, en *todo* el periodo de su existencia, puede explicar de un modo satisfactorio por qué aquél pudo forjar y mantener, en las condiciones más difíciles, la disciplina férrea necesaria para la victoria del proletariado.

La primera pregunta que surge es la siguiente: ¿Cómo se mantiene la disciplina del partido revolucionario del proletariado? ¿Cómo se controla? ¿Cómo se refuerza? Primero, por la conciencia de la vanguardia proletaria y por su fidelidad a la revolución, por su firmeza, por su espíritu de sacrificio, por su heroísmo. Segundo, por su capacidad

de vincularse, aproximarse, y hasta cierto punto, si queréis, fundirse con las más grandes masas trabajadoras, en primer término con la masa trabajadora proletaria, *pero también con la masa no proletaria*. Tercero, por lo acertado de la dirección política que lleva a cabo esta vanguardia; por lo acertado de su estrategia y de su táctica políticas, a condición de que las masas más extensas se convenzan de ello *por experiencia propia*. Sin estas condiciones, no es posible la disciplina en un partido revolucionario, verdaderamente apto para ser el partido de la clase avanzada, llamada a derrocar a la burguesía y a transformar toda la sociedad. Sin estas condiciones, los intentos de implantar una disciplina se convierten, inevitablemente, en una ficción, en una frase, en gestos grotescos. Pero, por otra parte, estas condiciones no pueden brotar de golpe. Van formándose solamente a través de una labor prolongada, a través de una dura experiencia; su formación se facilita a través de una acertada teoría revolucionaria, que, a su vez, no es ningún dogma, sino que sólo se forma definitivamente en estrecha relación con la práctica de un movimiento que sea verdaderamente de masas y verdaderamente revolucionario.

Si el bolchevismo pudo elaborar y llevar a la práctica con éxito en los años 1917-1920, en condiciones de una gravedad inaudita, la centralización más severa y una disciplina férrea, se debe sencillamente a una serie de particularidades históricas de Rusia.

De una parte, el bolchevismo surgió, en 1903, sobre la más sólida base, sobre la base de la teoría del marxismo. Y que esta teoría revolucionaria es justa -y que es la única justa- ha sido demostrado, no sólo por la experiencia internacional de todo el siglo XIX, sino también, en particular, por la experiencia de las desviaciones, los titubeos, los errores y los desengaños del pensamiento revolucionario en Rusia. En el transcurso de casi medio siglo, aproximadamente de 1840 a 1890, el pensamiento avanzado en Rusia, bajo el yugo de un despotismo inaudito del zarismo salvaje y reaccionario, buscaba ávidamente una teoría revolucionaria justa, siguiendo con un celo y una atención admirables cada «última palabra» de Europa y América en este terreno. Rusia *hizo suya* la única teoría revolucionaria justa, el marxismo, en medio siglo de torturas y de sacrificios inauditos, de heroísmo revolucionario nunca visto, de energía increíble y de investigación abnegada, de estudio, de experimentación en la práctica, de desengaños, de comprobación, de comparación con la experiencia de Europa. Gracias a la emigración provocada por el zarismo, la Rusia revolucionaria de la segunda mitad del siglo XIX contaba con una riqueza de relaciones internacionales, con un conocimiento excelente de todas las formas y teorías del movimiento revolucionario mundial como ningún otro país del mundo.

De otra parte, el bolchevismo, surgido sobre esta base teórica granítica, tuvo una historia práctica de quince años (1903-1917) que, por la riqueza de la experiencia que representa, no puede ser comparada a ninguna otra en el mundo. Pues ningún país, en el transcurso de estos quince años, pasó ni aproximadamente por una experiencia revolucionaria tan rica, por una rapidez y una variedad tales de la sucesión de las distintas formas del movimiento, legal e ilegal, pacífico y tormentoso, clandestino y abierto, de propaganda en los círculos y de propaganda de masa, parlamentario y

Notas

[1] Este libro fue escrito en abril-mayo de 1920 con motivo de la próxima inauguración del II Congreso de la Internacional Comunista. Publicado el 18-20 de junio del mismo año y simultáneamente en inglés, alemán y francés. (N. de la Red.)

[2] Véase el artículo de Lenin: «En qué no se debe imitar al movimiento obrero alemán». Obras completas, t. XVII, págs. 333-336, ed. Rusa (N. de la Red.)

[3] Karl Erler («Diario Obrero Comunista», núm. 32, Hamburgo, 7-11-1920, «La Disolución del Partido») escribe: «La clase obrera no puede destruir el Estado burgués, si no aniquila antes la democracia burguesa, y no se puede aniquilar la democracia burguesa sin destruir los partidos». Las cabezas más confusas de los sindicalistas y anarquistas latinos pueden estar «satisfechas»; algunos alemanes sólidos, que visiblemente se consideran como marxistas (K. Erler y K. Horner demuestran muy en serio con sus artículos en el citado periódico, que se consideran como marxistas serios, aunque dicen de un modo grotesco tonterías inverosímiles, manifestando así que no comprenden el abecé del marxismo), llegan a afirmar cosas absolutamente inadecuadas. No basta reconocer el marxismo para estar preservado de los errores. Los rusos saben muy bien esto, porque en nuestro país el marxismo estuvo «de moda» con harta frecuencia.

[4] Malinovski fue hecho prisionero en Alemania. Cuando regresó a Rusia, ya bajo el Gobierno bolchevique, fue inmediatamente entregado a los tribunales y fusilado por nuestros obreros. Los mencheviques nos han reprochado con especial acritud nuestro error, consistente en haber tenido un provocador en el Comité Central de nuestro Partido. Pero cuando bajo Kerenski exigimos que fuera detenido y juzgado el presidente de la Duma, Rodzianko, que desde antes de la guerra sabía que Malinovski era un provocador **y no lo había comunicado** a los diputados de los grupos de «trudoviQUI» (laboristas) y obreros de la Duma, ni los mencheviques ni los socialrevolucionarios, que formaban parte del Gobierno junto con Kerenski, apoyaron nuestra demanda y Rodzianko quedó en libertad y pudo largarse libremente junto a Denikin.

[5] Lenin, Obras Completas, t. XXIV, pág. 631-649, ed. rusa. (N. de la Red.)

[6] Los Gompers, Henderson, Jouhaux, Legien, no son otra cosa que los Subátov que se distinguen del nuestro por su traje europeo, por su porte elegante, por los refinados medios, aparentemente democráticos y civilizados de realización de su detestable política.

[7] He tenido demasiado pocas posibilidades de conocer el comunismo «de izquierda de Italia. Indudablemente el camarada Bordiga y su fracción de «comunistas abstencionistas» cometen un error al defender la no participación en el parlamento. Pero hay un punto en que me parece que tiene razón, por lo que yo puedo juzgar ateniéndome a dos números de su periódico, «Il Soviet» (números 3 y 4 del 18-I y del 1-II-1920), a cuatro números de la excelente revista del camarada Serrati, «Comunismo» números 1-4, 1-X-30-XI-1919) y a distintos números de periódicos burgueses italianos que no he podido ver. Precisamente el

completar precipitadamente su instrucción, prisa que ocasionará un perjuicio inmenso a la causa del proletariado, les hará incurrir en errores todavía más considerables que de ordinario, pondrá al descubierto su debilidad e inhabilidad más que medianas, etc., etc.

Mientras la burguesía no sea derribada y, después de su derrocamiento, mientras no haya desaparecido por completo la pequeña explotación y la pequeña producción mercantil, el ambiente burgués, los hábitos de propietario, las tradiciones pequeñoburguesas corromperán la labor del proletariado, no sólo desde fuera, sino en el seno mismo del movimiento obrero; no sólo en la esfera de acción parlamentaria, sino inevitablemente en todos y cada uno de los aspectos de la actividad pública, en todos los aspectos, sin excepción, de la actividad cultural y política. Constituye un error profundísimo, que inevitablemente se pagará más tarde, el tratar de desembarazarse, de preservarse de *uno* de los problemas «desagradables» o de las dificultades que se presentan en una de las esferas del trabajo. Hay que aprender a dominar todos los aspectos de actividad y trabajo sin excepción, a vencer todas las dificultades, costumbres, tradiciones y rutinas burguesas siempre y en todas partes. Cualquier otra manera de plantear la cuestión no es seria; no es más que una puerilidad.

12 de mayo de 1920.

terrorista. En ningún país estuvo concentrada en un periodo tan breve una tal riqueza de formas, de matices, de métodos de lucha de *todas* las clases de la sociedad contemporánea, lucha que, por otra parte, como consecuencia del atraso del país y del peso del yugo del zarismo, maduraba con particular rapidez y asimilaba con particular avidez y eficacia la «última palabra» correspondiente de la experiencia política americana y europea.

III. Las principales etapas en la historia del bolchevismo

Años de preparación de la revolución (1903-1905). Presagios de gran tormenta por todas partes, fermentación y preparación en todas las clases. En el extranjero, la prensa de la emigración plantea teóricamente *todas* las cuestiones esenciales de la revolución. Los representantes de las tres clases fundamentales, de las tres tendencias políticas principales: la liberal-burguesa, la democrático-pequeño-burguesa (cubierta bajo la etiqueta de las corrientes «socialdemócrata» y «socialrevolucionaria») y la proletaria revolucionaria, mediante una lucha encarnizada de programas y de tácticas, anuncian y preparan la futura lucha abierta de clases. Todas las cuestiones por las cuales las masas tomaron las armas en 1905-1907 y en 1917-1920, pueden (y deben) encontrarse, en forma embrionaria, en la prensa de aquella época. Naturalmente, entre estas tres tendencias principales hay todas las formaciones intermedias, transitorias, híbridas, que se quiera. Más exactamente: en la lucha entre los órganos de la prensa, los partidos, las fracciones, los grupos, van cristalizándose las tendencias ideológicas y políticas que tienen realmente un carácter de clase; las clases se forjan un arma ideológico-política adecuada para los combates futuros.

Años de revolución (1905-1907). Todas las clases entran abiertamente en acción. Todas las concepciones sobre el programa o la táctica son comprobadas por medio de la acción de masas. Lucha huelguística nunca vista en el mundo, por su amplitud y su carácter agudo. Transformación de la huelga económica en política y de la huelga política en insurrección. Comprobación práctica de las relaciones existentes entre el proletariado dirigente y los campesinos dirigidos, vacilantes, dudosos. Nacimiento, en el desarrollo espontáneo de la lucha, de la forma soviética de organización. Los debates de aquel entonces sobre el papel de los soviets son una anticipación de la gran lucha de 1917-1920. La sucesión de los métodos de lucha parlamentarios y no parlamentarios, de la táctica de boicot del Parlamento y de participación en el mismo, de las formas legales e ilegales de lucha, así como sus relaciones recíprocas y los vínculos existentes entre ellos, todo esto se distingue por una asombrosa riqueza de contenido. Cada mes de este período vale, desde el punto de vista del aprendizaje de los fundamentos de la ciencia política, para las masas y los jefes, para las clases y los partidos, por un año de desenvolvimiento «pacífico» y «constitucional». Sin el «ensayo general» de 1905, la victoria de la Revolución de Octubre de 1917 hubiera sido imposible.

Años de reacción (1907-1910). El zarismo ha triunfado. Han sido aplastados todos los partidos revolucionarios y de oposición. Desaliento, desmoralización, escisiones, dispersión, traiciones, pornografía en vez de política. Reforzamiento de las tendencias al idealismo filosófico; misticismo, como disfraz de un estado de espíritu contrarrevolucionario. Pero al mismo tiempo esta gran derrota da a los partidos revolucionarios y a la clase revolucionaria una verdadera lección sumamente saludable, una lección de dialéctica histórica, una lección de inteligencia, de destreza y arte para conducir la lucha política. Los amigos se conocen en la desgracia. Los ejércitos vencidos reciben una buena enseñanza.

El zarismo victorioso se ve obligado a destruir precipitadamente los residuos del régimen de vida preburgués, patriarcal en Rusia. El desenvolvimiento burgués progresa con rapidez notable. Las ilusiones situadas al margen de las clases, por encima de ellas, ilusiones sobre la posibilidad de evitar el capitalismo, caen hechas polvo. Entra en escena la lucha de clases de un modo absolutamente nuevo y, por lo tanto, con marcado relieve.

Los partidos revolucionarios deben completar su instrucción. Han aprendido a atacar. Ahora, deben comprender que esta ciencia tiene que estar completada por la de saber replegarse con el mayor acierto. Hay que comprender -y la clase revolucionaria aprende a comprenderlo por su propia y amarga experiencia- que no se puede triunfar sin aprender a tomar la ofensiva y a llevar a cabo la retirada con acierto. De todos los partidos revolucionarios y de oposición derrotados, fueron los bolcheviques quienes retrocedieron con más orden, con menos quebranto de su «ejército», con una conservación mejor de su núcleo central, con las escisiones menos profundas e irreparables, con menos desmoralización, con más capacidad para reanudar la acción de un modo más amplio, acertado y enérgico. Y si los bolcheviques obtuvieron este resultado, fue exclusivamente porque denunciaron y expulsaron sin piedad a los revolucionarios de palabra, obstinados en no comprender que hay que retroceder, que hay que saber retroceder, que es obligatorio aprender a actuar legalmente en los Parlamentos más reaccionarios, en las organizaciones sindicales, cooperativas, en las mutualidades y otras semejantes, aun las más reaccionarias.

Años de ascenso (1910-1914). Al principio, el ascenso fue de una lentitud inverosímil; luego, después de los sucesos de Lena en 1912, un poco más rápido. Venciendo dificultades enormes, los bolcheviques eliminaron a los mencheviques, cuyo papel, como agentes burgueses en el movimiento obrero fue admirablemente comprendido por toda la burguesía después de 1905, y a los cuales, por este motivo, esta última sostenía de mil maneras contra los bolcheviques. Pero éstos no hubieran llegado nunca a semejante resultado, si no hubiesen aplicado una táctica acertada, combinando la actuación clandestina con la utilización obligatoria de las «posibilidades legales» En la más reaccionaria de las Dumas, los bolcheviques conquistaron toda la curia obrera.

Primera guerra imperialista mundial (1914-1917). El parlamentarismo legal, con un «parlamento» ultrarreaccionario, presta los más grandes servicios al partido del proletariado revolucionario, a los bolcheviques. Los diputados bolcheviques van a

por el efecto mágico de una consigna, de una resolución, de un decreto, sino únicamente por medio de una lucha de masas prolongada y difícil contra las influencias pequeñoburguesas que existen entre las masas. Bajo el Poder de los Soviets, estos mismos problemas, de los cuales hoy el antiparlamentario con un sólo gesto se desembara de un modo tan orgulloso, tan altanero, con tanta ligereza y tanta puerilidad, estos *mismos problemas* volverán a surgir en *el interior* de los Soviets, en la administración soviética, en el «foro» soviético (en Rusia hemos suprimido, y con razón, el foro burgués, pero éste resucita entre nosotros bajo la cubierta de los «abogados» «soviéticos»). Entre los ingenieros, entre los maestros soviéticos, entre *los obreros* privilegiados, es decir los más calificados y colocados en mejores condiciones, en las fábricas soviéticas, advertimos un renacimiento continuo de *todos*, absolutamente de todos los rasgos negativos propios del parlamentarismo burgués, y sólo mediante una lucha repetida, incansable, prolongada y tenaz del espíritu de organización y disciplina del proletariado, vamos triunfando poco a poco de ese mal.

Naturalmente, bajo la dominación de la burguesía es muy «difícil» vencer los hábitos burgueses en el propio partido, es decir, en el partido obrero, es «difícil» arrojar del partido a los jefes parlamentarios acostumbrados a los prejuicios burgueses y corrompidos sin remedio por los mismos, es «difícil» someter a la disciplina proletaria al número estrictamente necesario de hombres procedentes de la burguesía (aunque en cierto número muy limitado), es «difícil» crear en el parlamento burgués una fracción comunista plenamente digna de la clase obrera, es «difícil» conseguir que los diputados comunistas no se dejen llevar por el juego del parlamentarismo burgués, sino que se ocupen de una labor sustancial de propaganda, agitación y organización entre las masas. Todo esto, ni que decir tiene, es «difícil», lo era en Rusia, lo es incomparablemente más en la Europa occidental y en América, donde la burguesía, las tradiciones democrático-burguesas, etc., son mucho más fuertes.

Pero estas «dificultades» son un juego de niños en comparación con los problemas *absolutamente de la misma naturaleza* que el proletariado tendrá que resolver inevitablemente tanto para conseguir la victoria como durante la revolución proletaria y después que haya conquistado el Poder. En comparación con *estos* problemas, verdaderamente gigantescos, que se plantearán cuando bajo la dictadura del proletariado sea preciso reeducar a millones de campesinos y pequeños propietarios, a centenares de miles de empleados, funcionarios, intelectuales burgueses, subordinando a todos al Estado proletario y a la dirección proletaria, y vencer en ellos sus hábitos y tradiciones burgueses, en comparación con estos problemas gigantescos, es una labor de una facilidad pueril, formar, bajo el dominio burgués, en un parlamento burgués, una fracción realmente comunista de un verdadero partido proletario.

Si los camaradas «izquierdistas» y antiparlamentarios no aprenden a vencer ahora una dificultad tan pequeña, se puede afirmar con seguridad que, o no se hallarán en estado de instaurar la dictadura del proletariado, no podrán subordinarse en gran escala y transformar a los intelectuales y a las instituciones burguesas, o se verán obligados a

intelectuales burguesas, para debilitar la resistencia del ambiente pequeñoburgués (y para transformarlo después por completo).

¿Es que acaso antes de la guerra de 1914-1918 no hemos visto en todos los países infinidad de casos de anarquistas, sindicalistas y otras gentes muy «de izquierda» que fulminaban contra el parlamentarismo, se burlaban de los socialistas parlamentarios bajamente aburguesados, fustigaban su arribismo, etc., etc., y se servían ellos mismos del periodismo, de la labor en los sindicatos, para hacer exactamente la misma carrera burguesa? ¿Es que los ejemplos de los señores Jouhaux y Merrheim, para limitarnos a Francia, no son típicos?

La puerilidad de «rechazar» la participación en el parlamento consiste precisamente en que se cree «resolver» con este medio «simple», «fácil», que se pretende revolucionario, el difícil problema de la lucha contra las influencias democrátoburguesas en el seno del movimiento obrero, cuando, en realidad, no se hace otra cosa que huir de la propia sombra, cerrar los ojos ante la dificultad, librarse de ella con palabras. El arribismo desvergonzado, la explotación burguesa de las actas parlamentarias, la escandalosa deformación reformista de la actividad parlamentaria, la rutina pequeñoburguesa vulgar, son sin duda los rasgos característicos, frecuentes y dominantes que engendra el capitalismo por doquier y tanto fuera como en el interior del movimiento obrero. Pero este mismo capitalismo y el ambiente burgués por él creado (que desaparece muy lentamente aun después del derrocamiento de la burguesía, pues la clase campesina, engendra la burguesía constantemente) dan origen decididamente, en todas las esferas de la actividad y de la vida, a un arribismo burgués, a un chovinismo nacional, a una vulgaridad pequeñoburguesa, que son en el fondo, con variantes insignificantes, exactamente los mismos.

Vosotros, queridos boicotistas y antiparlamentarios, os imagináis ser unos «revolucionarios terribles», cuando en realidad *estáis asustados* de las dificultades relativamente pequeñas de la lucha contra la influencia burguesa en el interior del movimiento obrero, cuando vuestra victoria, es decir, el derrocamiento de la burguesía y la conquista del Poder político por el proletariado creará *estas mismas* dificultades en una medida más grande aún, incomparablemente más grande. Os habéis asustado como niños ante la pequeña dificultad que se os presenta hoy, sin comprender que mañana y pasado mañana os veréis obligados, a pesar de todo, a aprender, y aprender bien, a vencer esas dificultades en proporciones incomparablemente mayores.

Bajo el Poder de los Soviets tratarán de penetrar en el partido del proletariado, en el vuestro y en el nuestro, todavía más elementos procedentes de la intelectualidad burguesa. Se deslizarán asimismo en los Soviets, en los tribunales, en las administraciones, pues es imposible construir el comunismo de otro modo que con los materiales humanos creados por el capitalismo, no hay otros materiales para ello: es imposible expulsar y aniquilar a los intelectuales burgueses, hay que vencerlos, transformarlos, asimilárselos, reeducarlos, como hay que reeducar, con una lucha prolongada, sobre la base de la dictadura del proletariado, a los proletarios mismos, que no se desembarazan de sus prejuicios pequeñoburgueses de golpe, por un milagro, por gracia del Espíritu Santo o

Siberia. En la prensa de la emigración hallan su plena expresión todos los matices del socialimperialismo, del socialchovinismo, del social-patriotismo, del internacionalismo inconsecuente y consecuente, del pacifismo y de la negación revolucionaria de las ilusiones pacifistas. Las eminencias estúpidas y los vejestorios de la II Internacional, que fruncían el ceño con desdén y soberbia ante la abundancia de «fracciones» del socialismo ruso y la lucha encarnizada de éstas entre sí, fueron incapaces, en el momento en que la guerra suprimió en todos los países adelantados esa «legalidad» tan ensalzada, de organizar, aunque no fuera más que aproximadamente, un libre (ilegal) intercambio de ideas y una libre (ilegal) elaboración de concepciones justas, semejantes a las que los revolucionarios rusos organizaron en Suiza y otros países. Ha sido precisamente por esto por que los socialpatriotas abiertos y los «kautskistas» de todos los países han resultado los peores traidores del proletariado. Si el bolchevismo pudo triunfar en 1917-1920, una de las causas fundamentales de semejante victoria se debe a que desde finales de 1914 denunció sin piedad la villanía, la infamia, la abyección del socialchovinismo y del «kautskismo» (al cual corresponde el longuetismo en Francia, las ideas de los jefes del Partido Obrero Independiente y de los fabianos en Inglaterra, de Turati en Italia, etc.) y a que las masas se han convencido cada día más, por experiencia propia, de que las concepciones de los bolcheviques eran justas.

Segunda revolución rusa (febrero-octubre 1917). El grado de decrepitud inverosímil y de antigüedad del zarismo (con ayuda de los reveses y sufrimientos de una guerra infinitamente penosa) suscitaron contra él una fuerza extraordinaria de destrucción. En pocos días Rusia se vio convertida en una república democrátoburguesa más libre, en las condiciones de la guerra, que cualquier otro país del mundo. El Gobierno fue constituido por los jefes de los partidos de oposición y revolucionarios, como en las repúblicas del más «puro parlamentarismo», pues el título de jefe de un partido de oposición en el parlamento, hasta en el más reaccionario, *ha facilitado* siempre el papel futuro de este jefe en la revolución.

En pocas semanas los mencheviques y los «socialrevolucionarios» se asimilaron perfectamente todos los procedimientos y modales, argumentos y sofismas de los héroes europeos de la II Internacional, de los ministerialistas y de toda la canalla oportunista. Todo lo que leemos hoy sobre los Scheidemann y Noske, sobre Kautsky y Hilferding, Rennes y Austerlitz, Otto Bauer y Fritz Adler, Turati y Longuet, sobre los fabianos y los jefes del Partido Obrero Independiente de Inglaterra, todo nos parece (y lo es en realidad) una aburrida repetición de un motivo antiguo y conocido. Todo ello lo habíamos visto ya en los mencheviques. La historia les ha hecho una mala jugada, obligando a los oportunistas de un país retardatario a desempeñar el papel de oportunistas antes que a los de una serie de países avanzados.

Si todos los héroes de la II Internacional han fracasado, si se han cubierto de oprobio en la cuestión de la función y la importancia de los Soviets y del Poder Soviético, si se han visto cubiertos de ignominia de un modo particularmente «relevante» y han incurrido en toda clase de contradicciones en esta cuestión los jefes de los tres grandes partidos que se han separado actualmente de la II Internacional (el Partido Socialdemócrata

Independiente de Alemania, el Partido longuetista de Francia y el Partido Obrero Independiente de Inglaterra), si todos han sido esclavos de los prejuicios de la democracia pequeñoburguesa (exactamente al modo de los pequeñoburgueses de 1848, que se llamaban «socialdemócratas»), también es cierto que ya hemos visto todo esto en el ejemplo de los mencheviques. La historia ha hecho esta jugarreta: los Soviets nacieron en Rusia en 1905, fueron falsificados por los mencheviques en febrero-octubre de 1917, quienes fracasaron por no haber comprendido su papel y su importancia, y hoy ha surgido en el *mundo entero* la idea del Poder Soviético, idea que se extiende con rapidez inusitada entre el proletariado de todos los países, mientras fracasan en todas *partes*, a su vez, los viejos héroes de la II Internacional por no haber sabido comprender, del mismo modo que nuestros mencheviques, el papel y la importancia de los Soviets. La experiencia ha demostrado que en algunas cuestiones esenciales de la revolución proletaria *todos* los países pasarán inevitablemente por donde ha pasado Rusia.

Los bolcheviques empezaron su lucha victoriosa contra la república parlamentaria (burguesa de hecho) y contra los mencheviques con suma prudencia, y su preparación estaba lejos de ser sencilla, a pesar de los puntos de vista con los que hoy frecuentemente tropezamos en Europa y América. En el principio del período mencionado *no* incitamos a derribar el gobierno, sino que explicamos la imposibilidad de hacerlo *sin* modificar previamente la composición y el estado de espíritu de los Soviets. No declaramos el boicot al Parlamento burgués, a la Asamblea Constituyente, sino que dijimos, a partir de la Conferencia de nuestro Partido, celebrada en abril de 1917, dijimos oficialmente en nombre del Partido, que una República burguesa, con una Asamblea Constituyente, era preferible a la misma república sin Constituyente, pero que la república «obrero y campesina» soviética es mejor que cualquier república democráticoburguesa, parlamentaria. Sin esta preparación prudente, minuciosa, circunspecta y prolongada, no hubiésemos podido alcanzar la victoria en octubre de 1917, ni mantener los resultados de la misma.

IV. ¿En lucha con qué enemigos en el interior del movimiento obrero ha podido crecer, fortalecerse y templarse el bolchevismo?

En primer lugar y sobre todo, en la lucha contra el oportunismo, que en 1914 se transformó definitivamente en socialchovinismo y que se ha pasado definitivamente al lado de la burguesía, contra el proletariado. Este era naturalmente el principal enemigo del bolchevismo en el seno del movimiento obrero y sigue siéndolo en escala mundial. El bolchevismo le ha prestado y le presta a este enemigo la mayor atención. La actividad de los bolcheviques en este sentido, es ya bastante conocida en el extranjero.

Otra cosa hay que decir de otro enemigo del bolchevismo que hay en el Interior del movimiento obrero. En el extranjero se sabe todavía de un modo muy insuficiente que el

de un modo excelente la razón del camarada Bordiga y de sus amigos del periódico «Il Soviet», cuando exigen que el Partido Socialista Italiano, si quiere efectivamente estar *por* la III Internacional, expulse de sus filas, cubriéndolos de oprobio, a los señores Turati y compañía y se convierta en Partido Comunista de nombre y de hecho.

Conclusiones falsas de premisas justas

Pero el camarada Bordiga y sus amigos «de izquierda» sacan de su justa crítica de los señores Turati y compañía la conclusión falsa de que es perjudicial, en términos generales, la participación en el parlamento. Los «izquierdistas» italianos no pueden aducir ni un solo argumento serio en defensa de este punto de vista. Ignoran simplemente (o se esfuerzan en olvidar) los ejemplos internacionales de utilización realmente revolucionaria y comunista de los parlamentos burgueses e indiscutiblemente útil para la preparación de la revolución proletaria. No se imaginan simplemente un modo «nuevo» de utilizar el parlamentarismo y, repitiéndose constantemente, vociferan contra el «viejo» modo, no bolchevique, de utilizarlo.

En esto consiste precisamente su error radical. No sólo en el terreno parlamentario, sino en *todos* los campos de actividad, *debe* el comunismo *introducir* (y sin un trabajo prolongado, constante, tenaz, *será incapaz* de hacerlo) un principio nuevo, que rompa radicalmente con las tradiciones de la II Internacional (conservando y desarrollando al mismo tiempo lo que ésta ha dejado de bueno).

Tomemos como ejemplo la labor periodística. Los periódicos, folletos, proclamas, llenan una función necesaria de propaganda, de agitación, de organización. Sin el aparato periodístico es imposible todo movimiento de masas en un país, por poco civilizado que sea. Y ni las vociferaciones contra los «jefes» ni el juramento solemne de conservar la pureza de las masas contra la influencia de los jefes nos librarán de la necesidad de utilizar para este trabajo a hombres procedentes del medio intelectual burgués, nos librarán de la atmósfera democráticoburguesa, del ambiente de «propiedad privada» en que se efectúa este trabajo bajo el capitalismo. Incluso al cabo de dos años y medio del derrocamiento de la burguesía y de la conquista del Poder político por el proletariado, vemos a nuestro alrededor esa atmósfera, ese ambiente de relaciones democráticoburguesas y de propiedad en masa (campesina, artesana).

El parlamentarismo es una forma de acción, el periodismo otra. En ambas el contenido puede y debe ser comunista, si los que trabajan en uno y otro terreno son realmente comunistas, realmente miembros del partido de las masas proletarias. Pero en una y otra *-y en todo campo de acción* bajo el capitalismo y en el período de transición de éste al socialismo- es imposible evitar las dificultades, los problemas especiales que debe vencer y resolver el proletariado, para utilizar en provecho propio a los hombres procedentes del medio burgués, para triunfar de los prejuicios y de las influencias

III. Turati y compañía en Italia

Los números del periódico italiano «Il Soviet», que he indicado más arriba, confirman plenamente lo que he dicho en mi folleto sobre el error del Partido Socialista Italiano al tolerar en sus filas miembros semejantes y hasta a un grupo parlamentario compuesto de esa gente. Pero confirma todavía más eso, un testigo tan desinteresado como el corresponsal en Roma del periódico liberal burgués inglés «The Manchester Guardian», el cual, en el número del 12 de marzo de 1920, publica una interviú con Turati.

«...El señor Turati -dice dicho corresponsal- estima que el peligro revolucionario en Italia no es tal que pueda suscitar temores, que carecen de todo fundamento. Los maximalistas juegan con el fuego de las teorías soviéticas, sólo para conservar a las masas en un estado de agitación y excitación. En realidad, sin embargo, dichas teorías son concepciones puramente legendarias, programas no maduros, incapaces de ser aplicados prácticamente y que no sirven más que para mantener a las clases trabajadoras en situación expectante. Esos mismos hombres que las emplean como atractivo para deslumbrar al proletariado, se ven obligados a sostener una lucha diaria para conquistar algunas mejoras económicas, a menudo insignificantes, a fin de retardar el momento en que las clases trabajadoras pierdan su fe y sus ilusiones en sus mitos favoritos. De aquí una larga etapa de huelgas de las más diversas proporciones, y provocadas por los motivos más diversos, hasta llegar a las últimas de los empleados de correos y ferrocarriles, huelgas que hacen aún más penosa la situación ya difícil del país. El país está irritado a consecuencia de las dificultades relacionadas con el problema del Adriático, está aplastado por su deuda exterior, por su emisión fiduciaria desproporcionada, y, a pesar de todo, no tiene todavía conciencia, ni mucho menos, de la necesidad de asimilarse esa disciplina en el trabajo, que es la única que puede restablecer el orden y la prosperidad...»

Es claro como la luz del día que el corresponsal inglés ha dejado escapar la verdad que Turati y sus defensores, cómplices e inspiradores burgueses en Italia, probablemente ocultan y disfrazan, la verdad que afirma que las ideas y la actuación política de los señores Turati, Treves, Modigliani, Dugoni y compañía, son precisamente las que describe el corresponsal inglés. Esto no es más que una socialtraición completa. ¡Qué me diréis de esta defensa del orden y de la disciplina de los obreros que sufren la esclavitud del salariado, que trabajan en beneficio de los capitalistas! ¡Qué bien conocemos nosotros, los rusos, todos estos discursos mencheviques! ¡Qué preciosa confesión la de que las masas *son partidarias* del Poder de los Soviets! ¡Qué incomprensión obtusa y bajamente burguesa del papel revolucionario de las huelgas que van creciendo espontáneamente! Si, el corresponsal del periódico liberal burgués de Inglaterra ha prestado un mal servicio a los señores Turati y compañía y ha confirmado

bolchevismo ha crecido, se ha ido formando y se ha templado en largos años de lucha contra ese *revolucionarismo pequeñoburgués* que roza con el anarquismo o que ha tomado algo de él y carece de todo lo esencial en cuanto a las condiciones y exigencias de una firme lucha de clases del proletariado. Para los marxistas está plenamente establecido desde el punto de vista teórico -y la experiencia de todas las revoluciones y los movimientos revolucionarios de Europa lo han confirmado enteramente- que el pequeño propietario, el pequeño patrón (tipo social que en muchos países europeos está muy difundido, está difundido en masa), que sufre bajo el capitalismo una presión continua y muy a menudo un empeoramiento increíblemente brusco y rápido de sus condiciones de existencia y la ruina, adquiere fácilmente una mentalidad ultrarrevolucionaria, pero que es incapaz de manifestar serenidad, espíritu de organización, disciplina, firmeza. El pequeño burgués «enfurecido» por los horrores del capitalismo, es un fenómeno social propio, como el anarquismo, de todos los países capitalistas. La inconstancia de estas veleidades revolucionarias, su esterilidad, su facilidad de cambiarse rápidamente en sumisión, en apatía, en imaginaciones fantásticas, hasta en un entusiasmo «furioso», por tal o cual tendencia burguesa «de moda», son universalmente conocidas. Pero a un partido revolucionario no le basta en modo alguno con reconocer teórica, abstractamente, semejantes verdades, para estar al abrigo de los viejos errores que se producen siempre en ocasiones inesperadas, con una ligera variación de forma, con una apariencia o un contorno no vistos antes, en una situación original (más o menos original).

El anarquismo ha sido a menudo una especie de expiación de los pecados oportunistas del movimiento obrero. Estas dos aberraciones se completaban mutuamente. Y si el anarquismo no ejerció en Rusia, en las dos revoluciones de 1905 y 1917 y durante su preparación, a pesar de que la población pequeño-burguesa era aquí más numerosa que en los países europeos, sino una influencia relativamente insignificante, se debe indudablemente, en parte, al bolchevismo, que siempre luchó, del modo más despiadado e irreconciliable, contra el oportunismo. Y digo en «parte», porque lo que más contribuyó a debilitar el anarquismo en Rusia fue la posibilidad que tuvo en el pasado (en los años del 70 del siglo XIX) de adquirir un desarrollo extraordinario y de revelar hasta el fondo su desacierto, su incapacidad de servir como teoría dirigente de la clase revolucionaria.

El bolchevismo heredó, al surgir en 1903, la tradición de guerra despiadada al revolucionarismo pequeñoburgués, semianarquista (o capaz de coquetear con el anarquismo), tradición que había existido siempre en la socialdemocracia revolucionaria y que se consolidó particularmente en nuestro país en 1900-1903, cuando se sentaron los fundamentos del partido de masas del proletariado revolucionario de Rusia. El bolchevismo asimiló y continuó la lucha contra el partido que más fielmente expresaba las tendencias del revolucionarismo pequeño-burgués, es decir, el partido «socialrevolucionario», en tres puntos principales. En primer lugar, este partido, que rechazaba el marxismo, se obstinaba en no querer comprender (tal vez fuera más justo decir, en no poder comprender) la necesidad de tener en cuenta con estricta objetividad, antes de emprender una acción política, las fuerzas de clase y sus relaciones mutuas. En

segundo término, este partido veía un signo particular de su «revolucionarismo» o de su «izquierdismo» en su reconocimiento del terror individual, de los atentados que nosotros, los marxistas, rechazábamos categóricamente. Claro es que nosotros condenábamos el terror individual únicamente por motivos de conveniencia; pero las gentes capaces de condenar «en principio» el terror de la Gran Revolución Francesa, o, en general, el terror ejercido por un partido revolucionario victorioso, asediado por la burguesía de todo el mundo, esas gentes fueron ya condenadas para siempre al ridículo y al oprobio en 1900-1903 por Plejanov, cuando éste era marxista y revolucionario. En tercer lugar, para los «social-revolucionarios» ser «izquierdista» consistía en reírse burlescamente de los pecados oportunistas, relativamente leves, de la socialdemocracia alemana, mientras imitaban a los ultraoportunistas de ese mismo partido en *cuestiones* tales como la agraria o la de la dictadura del proletariado.

La historia, dicho sea de paso, ha confirmado hoy en gran escala, histórico-mundial, la opinión que hemos defendido siempre, a saber: que la socialdemocracia *revolucionaria* alemana (y téngase en cuenta que ya en 1900-1903 Plejanov reclamaba la expulsión de Bernstein del Partido y que los bolcheviques, siguiendo siempre esta tradición, denunciaban en 1913 toda la villanía, la bajeza y la traición de Legien)^[2] que la socialdemocracia revolucionaria alemana estaba *más* cerca que ningún otro partido del que necesitaba el proletariado revolucionario para triunfar. Ahora, en 1920, después de todas las quiebras y crisis ignominiosas de la época de la guerra y de los primeros años siguientes, aparece con evidencia que, de todos los partidos de occidente, la socialdemocracia revolucionaria alemana es la que ha dado los mejores jefes, la que se ha repuesto, se ha curado y ha recobrado sus fuerzas más rápidamente. Se advierte esto claramente en el Partido de los espartaquistas y en el ala izquierda proletaria del «Partido Socialdemócrata Independiente de Alemania», que sostienen una firme lucha contra el oportunismo y la falta de carácter de los Kautski, Hilferding, Ledebour y Crispian. Si lanzamos ahora una ojeada al periodo histórico que ha llegado a su término, que ya desde la Comuna de París a la primera República Socialista Soviética, veremos dibujarse con relieve absolutamente marcado e indiscutible la posición del marxismo con respecto al anarquismo. El marxismo ha demostrado al fin tener razón, y si los anarquistas indicaban con justicia el carácter oportunista de las concepciones sobre el Estado que imperaban en la mayoría de los partidos socialistas, hay que advertir en primer término que este carácter oportunista obedecía a una deformación y hasta una ocultación consciente de las ideas de Marx sobre el Estado (en mi libro «El Estado y la Revolución» he hecho notar que Bebel mantuvo en el fondo de un cajón durante treinta y seis años, de 1875 a 1911, la carta en que Engels denunciaba con un relieve, con un vigor, con una franqueza y claridad admirables el oportunismo de las concepciones socialdemócratas corrientes sobre el Estado); en segundo lugar, la rectificación de estas ideas oportunistas; el reconocimiento del Poder Soviético y de su superioridad sobre la democracia parlamentaria burguesa, han partido, con mayor amplitud y rapidez, precisamente de las tendencias más marxistas existentes en el seno de los partidos socialistas de Europa y América.

salirse del marco de la democracia burguesa, la cual, a su vez, no puede dejar de ser la dictadura del capital. De estas cosas, falsas en principio y perjudiciales políticamente, no había por que hablar desde el punto de vista del resultado práctico que perseguía muy justamente el Comité Central del Partido Comunista. Para ello bastaba decir (si se quería emplear la cortesía parlamentaria): mientras la mayoría de los obreros de las ciudades siga a los independientes, nosotros, los comunistas, no podemos impedir que estos obreros se libren de sus últimas ilusiones democráticas y pequeñoburguesas (es decir, «burguesas-capitalistas» también) a base de la experiencia de «su» gobierno. Esto es suficiente para justificar el compromiso, realmente necesario y que debe consistir en renunciar por cierto tiempo, a toda tentativa de derribar por la fuerza a un gobierno que goza de la confianza de la mayoría de los obreros de las ciudades. Pero en la agitación cotidiana entre las masas, que no tiene por qué hacerse con la cortesía parlamentaria oficial, se podría, naturalmente, añadir: dejemos que esos canallas como Scheidemann, esos filisteos como los Kautsky-Crispien pongan de manifiesto con sus obras hasta qué punto están ellos mismos engañados y han engañado a los obreros, su gobierno «puro» efectuará «mejor que nadie» el trabajo de «limpiar» los establos de Augias del socialismo, del socialdemocratismo y demás formas de la socialtraición.

La verdadera naturaleza de los jefes actuales del «Partido Socialista Independiente de Alemania» de (esos jefes de quienes se dice equivocadamente que han perdido ya toda influencia, cuando en realidad son aún más peligrosos para el proletariado que los socialdemócratas húngaros, que habían tomado el nombre de comunistas y prometido «sostener» la dictadura del proletariado) se ha puesto de manifiesto una vez más, con ocasión de la aventura de los Kornilov de Alemania, esto es, del golpe de Estado de von Kapp y Lüttwitz.^[12]

Y tenemos también una pequeña, pero clara, prueba de esto en los artículos de C. Kautsky «Horas decisivas» («Entscheidende Stunden») en la «Freiheit» (órgano de los independientes, «La Libertad») de 30 de marzo de 1920 y de Arturo Crispian: «Sobre la situación política» (en el mismo periódico del 14 de abril de 1920). Estos señores no saben en absoluto pensar y razonar como revolucionarios. ¡Son unos demócratas pequeñoburgueses llorones mil veces más peligrosos para el proletariado si se declaran partidarios del Poder de los Soviets y de la dictadura del proletariado, pues, en realidad, en cada instante difícil y peligroso cometerán inevitablemente una traición... quedando convencidos con la «mayor sinceridad» de que ayudan al proletariado! Los socialdemócratas de Hungría, que se bautizaron de comunistas, querían también «ayudar» al proletariado, cuando, gracias a su cobardía y a su falta de carácter, juzgaron desesperada la situación del Poder Soviético en Hungría y empezaron a lloriquear ante los agentes de los capitalistas y verdugos de la Entente.

decir, los oportunistas y «centristas») y contra los «izquierdistas» mucho antes de la lucha directa de las masas por la dictadura del proletariado. En Europa y América este trabajo hay que efectuarlo ahora «a marchas forzadas». Algunos individuos, sobre todo entre los pretendientes derrotados al papel de caudillos, pueden (si no tienen bastante espíritu de disciplina proletaria y «franqueza consigo mismos») obstinarse largo tiempo, en sus errores; pero las masas obreras, cuando llegue el momento, se unirán fácil y rápidamente y se agruparán con todos los comunistas sinceros en un partido único, capaz de implantar el régimen de los Soviets y la dictadura del proletariado.^[11]

II. Comunistas e independientes en Alemania

He expresado en mi folleto la opinión de que un compromiso entre los comunistas y el ala izquierda de los independientes es indispensable y útil para el comunismo, pero que su realización no será fácil. Los periódicos que he recibido después me han confirmado en estas dos opiniones. El número 32 de «Bandera Roja», órgano del Comité Central del Partido Comunista de Alemania («Die Rote Fahne», Zentralorgan der Commun. Partei Deutschlands, Spartacusbund, del 26 III. 1920), contiene una declaración «de dicho Comité Central, sobre la cuestión del «putch» (complot, aventura) militar Kapp-Lüttwitz y sobre el «gobierno socialista». La declaración es completamente justa, tanto en lo que se refiere a las premisas fundamentales como desde el punto de vista de las conclusiones prácticas. Las premisas fundamentales se reducen a afirmar que, en el momento actual, no existe la «base objetiva» para la dictadura del proletariado, pues la «mayoría de los obreros urbanos» está por los independientes. Conclusión: promesa de una «oposición leal» (es decir, renuncia a la preparación del «derrumbamiento por la fuerza») al gobierno «socialista, con exclusión de los partidos capitalistas burgueses».

Esta táctica indudablemente es justa en el fondo. Pero si no hay por qué detenerse en menudas imprecisiones de fórmula, es imposible pasar en silencio que no se puede llamar «socialista» (en una declaración oficial del Partido Comunista) a un gobierno de socialtraidores, que no se puede hablar de la exclusión «de los partidos capitalistas burgueses», cuando los partidos de los Scheideman y los Kautsky-Crispien son partidos democráticos pequeñoburgueses y, en fin, que no hay derecho a escribir cosas como las que se dicen en el párrafo IV de la declaración mencionada, donde leemos:

«...Para conseguir que las masas proletarias se adhieran a la causa del comunismo es un elemento de importancia inmensa, desde el punto de vista del desenvolvimiento de la dictadura del proletariado, que pueda ser utilizado ilimitadamente el estado de cosas creado por la libertad política y que la democracia burguesa no pueda manifestarse como dictadura del capital...»

Semejante estado de cosas es imposible. Los caudillos pequeñoburgueses, los Henderson (los Scheidemann) y los Snowden (los Crispien) alemanes no salen ni pueden

Ha habido dos momentos en los cuales la lucha de los bolcheviques contra las desviaciones de «izquierda» de su propio partido ha adquirido una magnitud particularmente considerable: en 1908, sobre la cuestión de la participación en un «parlamento» ultrarreaccionario y en las sociedades obreras legales que la más reaccionaria de las legislaciones había dejado en pie, y en 1918 (Tratado de Brest), sobre la cuestión de la admisibilidad de tal o cual «compromiso».

En 1908, los bolcheviques «de izquierda» fueron excluidos de nuestro Partido, por su obstinado empeño en no comprender la necesidad de la participación en un «parlamento» ultrarreaccionario: los «izquierdistas», entre los que había muchos excelentes revolucionarios que fueron después (y siguen siendo), honrosamente, miembros del Partido Comunista, se apoyaban sobre todo en la experiencia favorable del boicot de 1905. Cuando el zar, en agosto de 1905, lanzó la convocatoria de un «parlamento» consultivo, los bolcheviques, contra todos los partidos de oposición y contra los mencheviques, declararon el boicot a semejante parlamento, y la revolución de octubre de 1905 lo barrió, en efecto. Entonces el boicot fue justo, no porque esté bien no participar en general en los parlamentos reaccionarios, sino porque fue acertadamente tomada en consideración la situación objetiva, que conducía a la rápida transformación de las huelgas de masas en huelga política y sucesivamente, en huelga revolucionaria y en insurrección. El objeto del debate era a la sazón saber si había que dejar en manos del zar la convocatoria de la primera institución representativa, o si debía intentarse arrancársela de las manos del antiguo régimen. Por cuanto no había ni podía haber la certeza plena de que la situación objetiva era análoga y de que su desenvolvimiento se había de realizar en el mismo sentido y con igual rapidez, el boicot dejaba de ser justo.

El boicot bolchevique del «parlamento» en 1905 enriqueció al proletariado revolucionario con una experiencia política de valor excepcional, mostrando que, con la combinación de las formas de lucha legales e ilegales, parlamentarias y extraparlamentarias, es a veces ventajoso y hasta obligatorio saber renunciar a las formas parlamentarias. Pero transportar ciegamente, por simple imitación, sin discernimiento, esta experiencia a *otras* condiciones, a *otras* coyunturas, es el mayor de los errores. Ya fue un error, aunque poco grave y fácilmente reparable, el boicot de la «Duma» por los bolcheviques en 1906. Fueron errores más serios y difícilmente reparables los boicots de 1907, 1908 y los años siguientes, pues, por una parte, no había que esperar que se levantara de nuevo rápidamente la ola revolucionaria ni la transformación de la misma en insurrección y, por otra, la necesidad de combinar el trabajo legal con el ilegal nacía del conjunto de la situación histórica creada por la renovación de la monarquía burguesa. Hoy, cuando se considera retrospectivamente este período histórico, que ha llegado a su completo término y cuyo enlace con los períodos ulteriores se ha manifestado ya plenamente, se comprende con singular claridad que los bolcheviques no *habrían podido* conservar (y no digo ya afianzar, desarrollar y fortalecer) el núcleo sólido del partido revolucionario del proletariado durante los años 1908-1914, si no hubiesen defendido en la lucha más dura la combinación *obligatoria*

de las formas legales de lucha con las formas ilegales, la participación *obligatoria* en un parlamento ultrarreaccionario y en una serie de otras instituciones permitidas por una legislación reaccionaria (sociedades de socorros mutuos, etc.).

En 1918 las cosas no llegaron hasta la escisión. Los comunistas de «izquierda» sólo constituyeron entonces un grupo especial o «fracción» en el interior de nuestro Partido, y no por mucho tiempo. En el mismo 1918, los representantes más señalados del «comunismo de izquierda», Radek y Bujarin, por ejemplo, reconocieron abiertamente su error. Les parecía que la paz de Brest era un compromiso con los imperialistas, inaceptable en principio y funesto para el partido del proletariado revolucionario. Se trataba, en efecto, de un compromiso con los imperialistas; pero precisamente un compromiso tal y en unas circunstancias tales, que era *obligatorio*.

Actualmente, cuando oigo, por ejemplo, a los «socialrevolucionarios» atacar la táctica seguida por nosotros al firmar la paz de Brest, o una advertencia como la que me hizo el camarada Lansbury en el curso de una conversación: «Los jefes de nuestras Tradeuniones inglesas dicen que también pueden permitirse un compromiso, puesto que los bolcheviques se lo han permitido», respondo habitualmente ante todo con una comparación sencilla y «popular».

Figuraos que el automóvil en que vais es detenido por unos bandidos armados. Les dais el dinero, el pasaporte, el revolver, el automóvil; mas, a cambio de esto, os veis desembarazados de la agradable vecindad de los bandidos. Se trata, evidentemente, de un compromiso. *Do ut des* («te doy» mi dinero, mis armas, mi automóvil, «para que me des» permiso de marcharme en paz). Pero difícilmente se encontraría un hombre que no esté loco y que declarase que semejante compromiso es «inadmisibles en principio» y denunciase al que lo ha concertado como cómplice de los bandidos (aunque éstos, una vez dueños del auto y de las armas, los utilicen para nuevos pillajes). Nuestro compromiso con los bandidos del imperialismo alemán fue análogo a éste.

Pero cuando los mencheviques y los socialrevolucionarios en Rusia, los partidarios de Scheidemann (y, en gran parte, los kautskianos) en Alemania, Otto Bauer y Fiedrich Adler (sin hablar de los Sres. Renner y compañía) en Austria, los Renaudel, Longuet y compañía en Francia, los fabianos «independientes» y «laboristas» en Inglaterra, concertaron, en 1914-1918 y en 1918-1920, con los bandidos de su propia burguesía y a veces de la burguesía «aliada» *compromisos* dirigidos *contra* el proletariado revolucionario de su propio país, entonces esos señores obraron como *cómplices de los bandidos*.

La conclusión es clara: rechazar los compromisos «en principio», negar la legitimidad de todo compromiso en general, es una puerilidad que es difícil tomar en serio. Un hombre político que quiera ser útil al proletariado revolucionario, debe saber distinguir los casos *concretos* de los compromisos que son precisamente inadmisibles, que son una expresión de oportunismo y de *traición*, y dirigir *contra tales compromisos concretos* toda la fuerza de su crítica, todo filo de su desenmascaramiento implacable y de una guerra sin cuartel, no permitiendo a los socialistas, con su gran experiencia de

Apéndice

Mientras las imprentas de nuestro país -saqueado por los imperialistas de todo el mundo en venganza por la revolución proletaria y al que siguen saqueando y bloqueando a pesar de todas las promesas dadas a sus obreros- preparaban la edición de mi libro, ha llegado del extranjero un suplemento de materiales. Sin otra pretensión que la de trazar unas notas fugitivas de publicista, trataré brevemente algunos puntos.

I. La escisión de los comunistas alemanes

La escisión de los comunistas en Alemania es un hecho consumado. Los «izquierdistas» u «oposición de principio» han constituido un «Partido Comunista Obrero» aparte, opuesto al «Partido Comunista». En Italia las cosas conducen también, al parecer, a la escisión; y digo al parecer, porque no poseo más que dos números complementarios (los números 7 y 8) del periódico de izquierda «Il Soviet», en el cual se discute abiertamente la posibilidad y la necesidad de la escisión y se habla también de un congreso de la fracción de los «abstencionistas» (O boicotistas, es decir, adversarios de la participación en el parlamento), fracción que hasta ahora forma parte del Partido Socialista Italiano.

Puede temerse que la escisión de los «izquierdistas», de los antiparlamentarios (en parte, también, antipolíticos, adversarios de un partido político y de la acción de los sindicatos), se convierta en un fenómeno internacional, como la escisión de los «centralistas» (o kautskianos, longuetistas, «independientes», etcétera). Admitamos que sea así. Siempre es preferible una escisión a una situación confusa que obstaculice el desenvolvimiento ideológico, teórico y revolucionario del Partido, su maduración y su trabajo práctico, armonioso y realmente organizado, que prepara realmente la dictadura del proletariado.

Dejemos a los «izquierdistas» que prueben su actitud en el terreno nacional e internacional, dejémosles en libertad de preparar (y después realizar) la dictadura del proletariado, sin un partido estrictamente centralizado que tenga una disciplina férrea, sin saber dominar todos los sectores, ramos y variedades de la actividad política y cultural. La experiencia práctica les enseñará rápidamente.

Lo único que hay que hacer es consagrar todos los esfuerzos a que la escisión de los «izquierdistas» no dificulte, o dificulte lo menos posible, la fusión necesaria inevitable, en un futuro próximo, en un sólo partido de todos los que toman parte en el movimiento obrero y son partidarios sinceros y de buena fe del Poder de los Soviets y de la dictadura del proletariado. En Rusia ha sido una dicha para los bolcheviques el que hayan podido disponer de quince años de lucha sistemática y acabada contra los mencheviques (es

nuevo se abre paso a través de toda clase de formas y que nuestro deber de comunistas consiste en adueñarnos de todas ellas, en aprender a completar con el máximo de rapidez unas con otras, en sustituirlas unas por otras, en adaptar nuestra táctica a todo cambio de este género, suscitado por una clase que no sea la nuestra o por unos esfuerzos que no sean los nuestros.

La revolución mundial, que ha recibido un impulso tan poderoso y ha sido tan intensamente acelerada por los horrores, las villanías y las abominaciones de la guerra imperialista mundial, de la situación sin salida creada por la misma, esa revolución se extiende y se ahonda con una rapidez tan extraordinaria, con una riqueza tan magnífica de formas sucesivas, con una refutación práctica tan edificante de todo doctrinarismo, que tenemos todos los motivos para creer en una curación rápida y completa de «izquierdismo», enfermedad infantil en el movimiento comunista internacional.

27 de abril de 1920

«maniobreros», y a los jesuitas parlamentarios escurrir el bulto, eludir la responsabilidad, por medio de disertaciones sobre los «compromisos en general». Los señores «jefes» de las Tradeuniones inglesas, lo mismo que los de la Sociedad Fabiana y del Partido Obrero «Independiente», pretenden eludir precisamente así la responsabilidad por la *traición que han cometido*, por haber concertado *semejante* compromiso que no es en realidad más que oportunismo, defección y traición de la peor especie.

Hay compromisos y compromisos. Es preciso saber analizar la situación y las circunstancias concretas de cada compromiso o de cada variedad de compromiso. Debe aprenderse a distinguir al hombre que ha entregado a los bandidos su bolsa y sus armas, con el fin de disminuir el mal causado por ellos y facilitar su captura y ejecución, del que da a los bandidos su bolsa y sus armas para participar en el reparto del botín. En política eso dista mucho de ser tan fácil como en este ejemplo de una simplicidad infantil. Pero el que pretendiera imaginar una receta para los obreros, que señale por adelantado soluciones adecuadas para todas las circunstancias de la vida o prometiera que en la política del proletariado revolucionario no se encontrarán nunca dificultades ni situaciones embrolladas, sería sencillamente un charlatán.

Para no dejar lugar a ninguna interpretación falsa, intentaré esbozar, aunque sólo sea brevemente, algunas tesis fundamentales para el análisis de los casos concretos de compromiso.

El partido que concertó con el imperialismo alemán el compromiso consistente en firmar la paz de Brest, había empezado a elaborar prácticamente su internacionalismo a fines de 1914. Dicho partido no temía proclamar la derrota de la monarquía zarista y estigmatizar «la defensa de la patria», en una guerra entre dos imperialismos voraces. Los diputados de dicho partido en el parlamento fueron a Siberia, en vez de seguir el fácil camino que conduce a las carteras ministeriales en un gobierno burgués. La revolución, al derribar el zarismo y crear la república democrática, sometió a este partido a una nueva y gran prueba; no contrajo ningún compromiso con los imperialistas de «su» país, sino que preparó su derrumbamiento y los derrumbó. Este mismo partido, una vez dueño del Poder político, no ha dejado piedra sobre piedra ni de la propiedad agraria de la nobleza ni de la propiedad capitalista. Después de haber publicado y desgarrado los tratados secretos de los imperialistas, propuso la paz a *todos* los pueblos y sólo cedió ante la violencia de los bandidos de Brest, cuando los imperialistas anglofranceses hicieron fracasar sus proposiciones de paz y después que los bolcheviques hubieron hecho todo lo humanamente posible para acelerar la revolución en Alemania y en otros países. La legitimidad irreprochable de semejante compromiso, contraído por tal partido en tales circunstancias, se hace cada día más clara y evidente para todos.

Los mencheviques y socialrevolucionarios de Rusia (como, por otra parte, todos los jefes de la II Internacional en el mundo entero, en 1914-1920) empezaron por la traición, justificando, directa o indirectamente, la «defensa de la patria», es decir, la defensa de *su* burguesía ávida de conquistas, y persistieron en su traición coligándose *con* la burguesía de *su* país y luchando a *su lado* contra el proletariado revolucionario de su

propio país. Su alianza con Kerensky y los cadetes, primero; con Kolchak y Denikin, después, en Rusia, así como el bloque de sus correligionarios extranjeros con la burguesía de sus propios países, fue una deserción al campo de la burguesía contra el proletariado. Su compromiso con los bandidos del imperialismo consistió desde el principio hasta el fin en hacerse los *cómplices* del bandolerismo imperialista.

V. El comunismo «de izquierda» en Alemania. Jefes, partido, clase, masa

Los comunistas alemanes, de quienes debemos hablar ahora, no se llaman «izquierdistas», sino «oposición de principio», si no me equivoco. Pero que entran perfectamente en la definición de la «enfermedad infantil del izquierdismo», se verá por lo que sigue.

El folleto titulado «una escisión en el Partido Comunista de Alemania (Liga de los espartaquistas)», que refleja el punto de vista de esta oposición y ha sido editado por el «Grupo local de Francfort del Mein», expone con sumo relieve, exactitud, claridad y concisión el fondo de los puntos de vista de esta oposición. Algunas citas serán suficientes para dar a conocer al lector lo sustancial de los mismos:

«El Partido Comunista es el partido de la lucha de clases más decidida...»

«...Desde el punto de vista político este período de transición» (entre el capitalismo y el socialismo) «es el periodo de la dictadura del proletariado...»

«...La cuestión que se plantea es la siguiente: ¿quién debe ejercer la dictadura, el *Partido Comunista o la clase proletaria?*... *En principio*, ¿¿debe tenderse a la dictadura del Partido Comunista o a la dictadura de la clase proletaria?!» (Las palabras subrayadas lo están también en el original.)

Más adelante, el Comité Central del Partido Comunista de Alemania es acusado por el autor del folleto de que dicho Comité Central busca *una coalición con el Partido Socialdemócrata Independiente de Alemania, de que «la cuestión del reconocimiento, en principio, de todos los medios políticos»* de lucha, entre ellos el parlamentarismo, ha sido planteada por este Comité Central sólo para ocultar sus intenciones verdaderas y esenciales de realizar una coalición con los independientes. Y el folleto continúa:

«La oposición ha elegido otra senda. Sostiene la opinión de que la cuestión de la hegemonía del Partido Comunista y de la dictadura del mismo no es más que una cuestión de táctica. En todo caso, la hegemonía del Partido Comunista es la forma última de toda hegemonía de partido. *En principio*, debe tenderse a la dictadura de la clase proletaria. Y todas las medidas del Partido, su organización, sus formas de lucha, su estrategia y su táctica deben ser adaptadas a este fin. Hay que rechazar, por consiguiente, del modo más

La causa fundamental de su fracaso consiste en que se han dejado «hipnotizar» por una forma determinada de crecimiento del movimiento obrero y del socialismo, olvidándose de su unilateralidad, han tenido miedo a ver la brusca ruptura, inevitable por las circunstancias objetivas, y han seguido repitiendo las simples verdades aprendidas de memoria y a primera vista indiscutibles: tres son más que dos. Pero la política se parece más al álgebra que a la aritmética y todavía más a las matemáticas superiores que a las matemáticas simples. En realidad todas las formas antiguas del movimiento socialista se han llenado de un contenido nuevo y un nuevo signo a aparecido por lo tanto delante de las cifras: el signo «menos», mientras nuestros sabios seguían (y siguen) afirmando tenazmente a todo el mundo que «menos tres» es mayor «que menos dos».

Hay que procurar que los comunistas no repitan el mismo error en el otro sentido o, mejor dicho, que ese *mismo error* cometido, aunque en un sentido contrario, por los comunistas de «izquierda» sea corregido y curado con el máximo de rapidez y el mínimo de dolor para el organismo. No sólo el doctrinarismo de derecha constituye un error; también lo constituye el doctrinarismo de izquierda. Naturalmente, el error del doctrinarismo de izquierda en el comunismo es en el momento actual mil veces menos peligroso y grave que el de derecha (esto es, del socialchovinismo y de los kautskianos); pero esto se debe únicamente a que el comunismo de izquierda es una tendencia novísima, que acaba de nacer. Sólo por esto, la enfermedad puede ser, en ciertas condiciones, fácilmente vencida y es necesario emprender su tratamiento con el máximo de energía.

Las antiguas formas se han roto, pues ha resultado que su nuevo contenido - antiproletario, reaccionario- ha adquirido un proporcionado desarrollo. Desde el punto de vista del desenvolvimiento del comunismo internacional, poseemos hoy un contenido tan sólido, tan fuerte, tan potente, de nuestra actividad (por el Poder de los Soviets, por la dictadura del proletariado) que puede y *debe* manifestarse en cualquier forma tanto antigua como nueva, que puede y debe transformar, vencer, someter a todas las demás formas, no sólo nuevas, sino también antiguas, no para conciliarse con ellas, sino a fin de saber convertirlas todas, las nuevas y las viejas, en un arma para la victoria completa y definitiva, decisiva e irremisible del comunismo.

Los comunistas deben consagrar todos sus esfuerzos a dirigir el movimiento obrero y la evolución social en general por el camino más recto y rápido hacia la victoria mundial del Poder Soviético y de la dictadura del proletariado. Es una verdad indiscutible. Pero basta dar un pequeño paso más allá -aunque parezca efectuado en la misma dirección- para que esta verdad se cambie en error. Basta con que digamos, como hacen los comunistas de izquierda alemanes e ingleses, que no aceptamos más que un camino, el camino recto, que no admitimos las maniobras, los acuerdos, los compromisos, para que sea un error que puede causar, y que ha causado ya en parte y sigue causando, los más serios perjuicios al comunismo. Los doctrinarios de derecha se han obstinado en no admitir más que las formas antiguas, y han fracasado del modo más completo por no haberse dado cuenta del nuevo contenido. Los doctrinarios de izquierda se obstinan en rechazar incondicionalmente determinadas formas antiguas, sin ver que el contenido

bolchevismo. Y no pueden obrar de otro modo, porque *ya* han fracasado en sus intentos de «hacer el silencio» alrededor del bolchevismo y ahogarlo.

Pero, al mismo tiempo, la burguesía ve en el bolchevismo casi únicamente uno de los aspectos de este último; la insurrección, la violencia, el terror; por esto se prepara particularmente para resistir y rechazar al bolchevismo en *este* terreno. Es posible que en casos aislados, en algunos países, en tales o cuales períodos breves, lo consigan; hay que contar con esa posibilidad, que no tiene para nosotros nada de temible. El comunismo «brotó» en todos los aspectos de la vida social, se manifiesta decididamente por doquier, el «contagio» (para emplear la comparación preferida de la burguesía y de la policía burguesa, y la más «agradable» para ella) ha penetrado muy profundamente en todos los poros del organismo y lo ha impregnado por completo. Si se «obtura» con celo particular una de las salidas, el «contagio» encontrará otra, a veces completamente inesperada; la vida triunfa por encima de todo. Que la burguesía se sobresalte, se irrite hasta perder la cabeza, que rebase los límites, que cometa necedades, que se venga de antemano de los bolcheviques y se esfuerce en aniquilar (en la India, en Hungría, en Alemania, etc.) a centenares, a miles y a centenares de miles de bolcheviques de mañana o de ayer; al obrar así procede como han obrado todas las clases condenadas por la historia a desaparecer. Los comunistas deben saber que, en todo caso, el porvenir les pertenece, y por esto podemos (y debemos) unir el máximo de pasión en la gran lucha revolucionaria, con la consideración más fría y serena de las furiosas sacudidas de la burguesía. La revolución rusa fue cruelmente derrotada en 1905; los bolcheviques rusos fueron aplastados en julio de 1917; más de 15.000 comunistas alemanes fueron aniquilados por medio de la provocación artera y de las maniobras hábiles de Scheidemann y Noske, aliados a la burguesía y los generales monárquicos; en Finlandia y en Hungría hace estragos el terror blanco, pero en todos los casos y en todos los países el comunismo se está templando y crece; sus raíces son tan profundas que las persecuciones no lo debilitan, no lo desarman, sino que lo refuerzan. Lo único que hace falta para que marchemos hacia la victoria más firmemente y más seguros es que los comunistas de todos los países actuemos en todas partes y hasta el fin, guiados por la convicción de la necesidad de una *flexibilidad* máxima en nuestra táctica. Lo que actualmente hace falta al comunismo, que crece magníficamente, sobre todo en los países adelantados, es esta conciencia y el acierto para aplicarla en la práctica.

Podría (y debería) ser una lección útil lo ocurrido con unos eruditos marxistas y unos jefes de la II Internacional tan fieles al socialismo como Kautsky, Otto Bauer y otros. Estos tenían perfecta conciencia de la necesidad de una táctica flexible, habían aprendido y enseñaban a los demás la dialéctica marxista (y mucho de lo hecho por ellos en este campo será considerado siempre como una valiosa adquisición de la literatura socialista); pero al *aplicar* esta dialéctica han incurrido en un error de tal naturaleza, se han mostrado en la práctica *tan apartados* de la dialéctica, tan incapaces de tener en cuenta los rápidos cambios de forma y la rápida entrada de un contenido nuevo en las antiguas formas, que su suerte no es más envidiable que la de Hyndman, Guesde y Plejanov.

categorico, todo compromiso con los demás partidos, todo retorno a los métodos de lucha parlamentarios, los cuales han caducado ya histórica y políticamente, toda política de maniobras y compromisos.» «Los métodos específicamente proletarios de lucha revolucionaria deben ser subrayados enérgicamente. Y para arrastrar a los más amplios círculos y capas proletarias, que deben emprender la lucha revolucionaria bajo la dirección del Partido Comunista, hay que crear nuevas formas de organización sobre la base más amplia y con los más amplios límites. Este lugar de agrupamiento de todos los elementos revolucionarios es la *Unión Obrera* construida sobre la base de las organizaciones de fábrica. La Unión debe agrupar a todos los obreros fieles al lema: ¡fuera de los sindicatos! Es ahí donde se forma el proletariado militante en las más vastas filas combativas. Admitir la lucha de clases, el sistema de los Soviets y la dictadura, son las condiciones que se exigen para entrar en ella. La continuación ulterior de la educación política de las masas militantes y la orientación política de las mismas en la lucha es obra propia del Partido Comunista, que se halla fuera de la Unión Obrera...»

«Hay, por consiguiente, ahora, dos partidos comunistas, uno enfrente de otro:

Uno, el partido de los jefes, que quiere organizar y dirigir la lucha revolucionaria desde *arriba* aceptando los compromisos y el parlamentarismo, con el fin de crear situaciones que permitan a estos jefes entrar en un gobierno de coalición en cuyas manos se halle la dictadura. *Otro, el partido de las masas*, que espera *de abajo* el impulso de la lucha revolucionaria, y no conoce ni aplica para esta lucha otro método que el que conduce claramente al fin rechazando todos los procedimientos parlamentarios y oportunistas; ese método único es el *derrocamiento* incondicional de la *burguesía* para implantar después la dictadura de clase del proletariado con el fin de instaurar el socialismo...»

«...¡De un lado, la dictadura de los jefes; de otro, la dictadura de las masas! Tal es nuestra consigna.»

Tales son las tesis esenciales que caracterizan el punto de vista de la oposición en el Partido Comunista Alemán.

Todo bolchevique que haya contribuido conscientemente al desarrollo del bolchevismo desde 1903 o lo haya observado de cerca, no podrá menos de exclamar, inmediatamente después de haber leído estos razonamientos:

«¡Qué antiguallas tan conocidas! ¡Qué infantilismo de «izquierda»!»

Pero examinemos más de cerca estos razonamientos.

El solo hecho de preguntar: «¿Dictadura del Partido, o bien dictadura de clase?, ¿dictadura (partido) de los jefes, o bien dictadura (partido) de las masas?» acredita la más increíble e irremediable confusión de ideas. Hay gentes que se esfuerzan por *inventar*

algo enteramente original y no consiguen más, en su afán de sabiduría, que caer en el ridículo. De todos es sabido que las masas se dividen en clases, que oponer las masas a las clases no puede permitirse más que en un sentido, si se opone una mayoría aplastante, en su totalidad, sin distinguirse las posiciones ocupadas con relación al régimen social de la producción, a categorías que ocupan una posición especial en este régimen; que las clases están generalmente, en la mayoría de los casos, por lo menos en los países civilizados, modernos, dirigidas por partidos políticos; que los partidos políticos están dirigidos, por regla general, por grupos más o menos estables de las personas más autorizadas, influyentes, expertas, elegidas para los cargos más responsables y que se llaman jefes. Todo esto es el abecé, todo esto es sencillo y claro. ¿Qué necesidad había de poner en su lugar no sé qué galimatías, no sé qué nuevo «volapuk»? Por un lado, estas gentes, por lo visto, se han desorientado, cayendo en una situación difícil, cuando la sucesión rápida de la vida legal e ilegal del Partido altera las relaciones ordinarias, normales y simples entre los jefes, los partidos y las clases. En Alemania, como en los demás países europeos, se está excesivamente habituado a la legalidad, a la elección libre y regular de los «jefes» por los congresos reglamentarios del Partido, a la comprobación cómoda de la composición de clase de este último por medio de elecciones al Parlamento, los mítines, la prensa, el estado de espíritu de los sindicatos y otras asociaciones, etc. Cuando ha sido preciso, en virtud de la marcha borrascosa de la revolución y el desenvolvimiento de la guerra civil, pasar rápidamente de esta rutina a la sucesión, a la combinación de la legalidad y la ilegalidad, a los procedimientos «poco cómodos», «no democráticos», para designar, formar o conservar los «grupos de dirigentes», la gente ha perdido la cabeza y ha empezado a inventar un sin fin de absurdos. Por lo visto, algunos miembros del Partido Comunista holandés, que han tenido la desgracia de nacer en un país pequeño con una tradición y una situación legal privilegiada y particularmente estable y que jamás han visto la sucesión de las situaciones legales e ilegales, se han embrollado y han perdido la cabeza, favoreciendo las invenciones más absurdas.

Por otra parte, tenemos que hacer notar el uso irreflexivo y arbitrario de algunas palabras de «moda» en nuestra época, como «la masa», «los jefes». La gente ha oído muchos ataques contra los «jefes» y se los ha aprendido de memoria. Ha oído exponerles a la «masa»; pero no se ha tomado el trabajo de reflexionar acerca del sentido de todo esto.

En los últimos momentos de la guerra imperialista y después de ella, es cuando con más vivacidad y relieve se ha manifestado el divorcio entre «los jefes» y «la masa» en todos los países. La causa principal de este fenómeno ha sido explicada distintas veces por Marx y Engels, de 1852 a 1892, tomando el ejemplo de Inglaterra. La situación creada por el monopolio ejercido por dicho país, dio origen al nacimiento de una «aristocracia obrera» oportunista, semipequeñoburguesa, salida de la «masa». Los jefes de esta aristocracia obrera se pasaban siempre al lado de la burguesía y eran mantenidos por ella directa o indirectamente. Marx mereció el odio, que le honra, de estos canallas, porque les tildó públicamente de traidores. El imperialismo moderno (del siglo XX) ha

más territorios), todos estos sectores de la vida social se saturan particularmente de materias inflamables y dan origen a muchos conflictos, a muchas crisis y a la exacerbación de la lucha de clases. No sabemos ni podemos saber cuál de las chispas que surgen ahora por doquier en todos los países bajo la influencia de la crisis económica y política mundial, se hallará en estado de provocar el incendio, es decir, de despertar de una manera especial a las masas, y, por lo tanto, debemos emplear nuevos principios, nuestros principios comunistas, en «preparar» todos los campos, sean de la naturaleza que sean, hasta los más viejos, los más vetustos, y en apariencia los más estériles, pues en caso contrario no estaremos a la altura de nuestra misión, faltaremos en algo, no dominaremos todas las clases de armas, no nos prepararemos ni para la victoria sobre la burguesía (la cual a organizado la vida social en todos sus aspectos a la manera burguesa y ahora la ha desorganizado de ese mismo modo) ni para la reorganización comunista de toda la existencia, que deberemos realizar una vez obtenida la victoria.

Después de la revolución proletaria en Rusia, de las victorias de dicha revolución en el terreno internacional, inesperadas para la burguesía y los filisteos, el mundo entero se ha transformado y la burguesía es también en todas partes otra. La burguesía está asustada por el «bolchevismo», está irritada contra él casi hasta perder la razón, y precisamente por eso acelera, por una parte, el desarrollo de los acontecimientos y, por otra, concentra la atención en el aplastamiento del bolchevismo por la fuerza, debilitando con ello su posición en otros terrenos. Los comunistas de todos los países adelantados deben tener en cuenta estas dos circunstancias para su táctica.

Cuando los kadetes rusos y Kerenski emprendieron una persecución furiosa contra los bolcheviques -sobre todo después de abril de 1917, y más aún en junio y julio del mismo año- rebasaron los límites. Los millones de ejemplares de los periódicos burgueses que gritaban en todos los tonos contra los bolcheviques, nos ayudaron a conseguir que las masas valorasen el bolchevismo, y, aun sin contar con la prensa, toda la vida social, gracias al «celo» de la burguesía, se impregnó de discusiones sobre el bolchevismo. En el momento actual, los millonarios de todos los países se conducen de tal modo en la escala internacional, que debemos estarles reconocidos de todo corazón. Persiguen al bolchevismo con el mismo celo que lo perseguían antes Kerenski y compañía, y, como éste, rebasan también los límites y *nos ayudan*. Cuando la burguesía francesa convierte al bolchevismo en el punto central de la campaña electoral, injuriando por su bolchevismo a socialistas relativamente moderados o vacilantes; cuando la burguesía norteamericana, perdiendo completamente la cabeza, detiene a miles y miles de individuos sospechosos de bolchevismo y crea un ambiente de pánico propagando por doquier la nueva de conjuraciones bolcheviques; cuando la burguesía inglesa, la más «sólida» de todas las burguesías del mundo, con todo su talento y su experiencia, comete inverosímiles tonterías, funda riquísimas «sociedades para la lucha contra el bolchevismo», crea una literatura especial sobre este último, toma a su servicio, para la lucha contra el bolchevismo, a un personal suplementario de sabios, de agitadores, de curas, debemos inclinarnos y dar las gracias a los señores capitalistas. Estos trabajan para nosotros, nos ayudan a interesar a las masas en la cuestión de la naturaleza y la significación del

aspectos de la vida social, trabajando en ellos con un espíritu nuevo, con el espíritu del comunismo, con el espíritu de la Tercera, no de la Segunda Internacional. No dispongo de tiempo y espacio para describir aquí los procedimientos «rusos» «bolcheviques» de participación en las elecciones y en la lucha parlamentaria; pero puedo asegurar a los comunistas de los demás países que no se parecían en nada a las campañas parlamentarias corrientes en la Europa occidental. De aquí se saca a menudo la siguiente conclusión: «Es que vuestro parlamentarismo no era lo mismo que el nuestro». La conclusión es falsa. Para ello existen en el mundo comunistas y partidarios de la III Internacional en todos los países, para *transformar* en toda la línea, en todos los dominios de la vida, la vieja labor socialista, tradeunionista, sindicalista y parlamentaria, en una labor *nueva*, comunista. En nuestras elecciones hemos visto también a menudo rasgos puramente burgueses, rasgos de oportunismo, de practicismo vulgar, de engaño capitalista. Los comunistas de Europa occidental y de América deben aprender a crear un parlamentarismo nuevo, poco común, no oportunista, que no tenga nada de arribista; es necesario que el Partido Comunista lance sus consignas, que los verdaderos proletarios, con ayuda de la masa de la gente pobre, inorganizada y aplastada, extiendan y distribuyan octavillas, recorran las habitaciones de los obreros, las chozas de los proletarios del campo y de los campesinos que viven en los sitios más recónditos (por ventura, en Europa los hay mucho menos que en Rusia, y en Inglaterra apenas si existen), penetren en las tabernas más concurridas, se introduzcan en las asociaciones, en las sociedades, en las reuniones fortuitas de los elementos pobres, que hablen al pueblo con un lenguaje sencillo (y no de un modo muy parlamentario), no corran, por nada en el mundo, tras un acta, despierten en todas partes el pensamiento, arrastren a la masa, cojan a la burguesía por la palabra, utilicen el aparato creado por ella, las elecciones convocadas por ella, el llamamiento hecho por ella a todo el pueblo, den a conocer a este último el bolchevismo como nunca habían tenido ocasión de hacerlo (bajo el dominio burgués), salvo en periodo electoral (sin contar, naturalmente, con los momentos de grandes huelgas, cuando *ese mismo* aparato de agitación popular funcionaba en nuestro país con más intensidad aún). Hacer esto en la Europa occidental y en América es muy difícil, difícilísimo, pero puede y debe hacerse, pues el programa comunista en general es irrealizable sin trabajo, y hay que esforzarse para resolver los problemas *prácticos* cada vez más variados, cada vez más ligados a todos los aspectos de la vida social y que *van arrebatándole* cada vez más *a la burguesía* un sector, un campo de la vida social tras otro.

En esa misma Inglaterra es asimismo necesario organizar de un modo nuevo (no de un modo socialista, sino de un modo comunista; no de un modo reformista, sino de un modo revolucionario) la labor de propaganda, de agitación, de organización en el ejército y entre las naciones oprimidas y que no gozan de la plenitud de derechos en «su» Estado (Irlanda, las colonias). Pues todos estos sectores de la vida social, en la época del imperialismo en general y sobre todo ahora, después de esta guerra que ha llenado a los pueblos de sufrimientos y que les ha abierto rápidamente los ojos a la verdad (la verdad de que decenas de millones de hombres han muerto o han sido mutilados únicamente para decidir si serían los bandidos ingleses o los bandidos alemanes los que robarían

creado también en favor de algunos países adelantados una situación privilegiada, fruto del monopolio, y sobre este terreno se ha visto elevarse en todas partes, dentro de la II Internacional, ese tipo de jefes traidores, oportunistas, socialchovinistas, que defienden los intereses de su corporación, de su exiguo medio de aristocracia obrera. Estos partidos oportunistas se han separado de las «masas», es decir, de los sectores más vastos de trabajadores, de la mayoría de los mismos, de los obreros peor retribuidos. La victoria del proletariado revolucionario es imposible si no se lucha contra semejante mal, si no se denuncia, si no se afrenta, si no se expulsa a los jefes oportunistas socialtraidores; tal es la política que ha llevado a la práctica la III Internacional.

Pero llegar con este pretexto a contraponer, en términos generales, la dictadura de las masas a la dictadura de los jefes, es un absurdo ridículo y una imbecilidad. Lo más divertido es que, de hecho, en el lugar de los antiguos jefes que se atenían a las ideas comunes sobre las cosas simples, ideas propias de todos los hombres civilizados, se destacan (con el lema de «abajo los jefes») *jefes nuevos* que hablan en una jerga y con una confusión extraordinarias. Tales son, en Alemania: Laufenberg, Wolf Heim, Homer, Karl Schroder, Friedrich Wendell, Karl Erler^[3]. Las tentativas de este último para «profundizar» la cuestión y proclamar de un modo general la inutilidad y el «burguesismo» de los partidos políticos son verdaderos monumentos de tontería que asombran. Verdad incontrovertible: de un pequeño error se puede hacer uno monstruosamente grande, si se insiste sobre él, si se profundiza para encontrarle razones y si se quiere «llevarlo hasta las últimas consecuencias».

Negar la necesidad del Partido y de la disciplina del Partido, he aquí el *resultado* a que ha llegado la oposición. Y esto equivale a desarmar completamente al proletariado *en provecho de la burguesía*. Esto da por resultado los vicios pequeñoburgueses: dispersión, inconstancia, falta de capacidad para el dominio de sí mismo, para la unión de los esfuerzos, para la acción organizada que producen inevitablemente, si se es indulgente con ellos, la ruina de todo movimiento revolucionario del proletariado. Negar, desde el punto de vista comunista, la necesidad del Partido, es dar un salto desde la víspera de la quiebra del capitalismo (en Alemania), no hasta la fase inferior o media, sino hasta la fase superior del comunismo. En Rusia (tres años después de haber derribado a la burguesía) estamos dando todavía los primeros pasos desde el capitalismo al socialismo, o fase inferior del comunismo. Las clases han quedado y subsistirán en todas partes *durante años después* de la conquista del Poder por el proletariado. Es posible que en Inglaterra, donde no hay campesinos (¡aunque, en cambio, no falten los pequeños patronos!), este plazo sea más breve. Suprimir las clases no consiste únicamente en expulsar a los terratenientes y a los capitalistas -esto lo hemos hecho ya nosotros con relativa facilidad-, sino también *en suprimir los pequeños productores de mercancías*. Pero a estos es *imposible expulsarlos*, es imposible *aplastarlos*; *hay que entenderse* con ellos; se les puede (y se les debe) transformar, reeducar mediante una labor de organización muy larga, lenta y cautelosa. Estos pequeños productores cercan al proletariado por todas partes de elementos pequeñoburgueses, lo impregnan de estos elementos, lo desmoralizan con ellos, provocan constantemente en el seno del proletariado

recaídas de pusilanimidad pequeño-burguesa de atomización, de individualismo, de oscilaciones entre la exaltación y el abatimiento. Son necesarias una centralización y una disciplina severísimas en el partido político del proletariado para impedir eso, para permitir que el proletariado ejerza acertada, eficaz y victoriosamente su función *organizadora* (que es su función *principal*). La dictadura del proletariado es una lucha tenaz, cruenta e incruenta, violenta y pacífica, militar y económica, pedagógica y administrativa, contra las fuerzas y las tradiciones de la vieja sociedad. La fuerza de la costumbre de millones y decenas de millones de hombres es la fuerza más terrible. Sin un partido férreo y templado en la lucha, sin un partido que goce de la confianza de todo lo que haya de honrado dentro de la clase, sin un partido que sepa pulsar el estado de espíritu de las masas e influir sobre él, es imposible llevar a cabo con éxito esta lucha. Es mil veces más fácil vencer a la gran burguesía centralizada que «vencer» a millones y millones de pequeños patronos; estos últimos, con su actividad corruptora invisible, inaprehensible, de todos los días, producen los mismos resultados que la burguesía necesita, que determina la *restauración* de la misma. El que debilita, por poco que sea, la disciplina férrea del partido del proletariado (sobre todo en la época de su dictadura), ayuda de hecho a la burguesía contra el proletariado.

Al lado de la cuestión: jefes, partido, clase, masa, hay que plantear la de los sindicatos «reaccionarios». Pero antes me permitiré hacer, a modo de conclusión, algunas advertencias fundadas en la experiencia de nuestro Partido. En éste *siempre han existido* los ataques contra la «dictadura de los jefes». la primera vez, que yo recuerde, fue en 1895, época en que nuestro Partido no existía aún formalmente, pero en que ya empezaba a constituirse en Petersburgo el grupo central que debía hacerse cargo de la dirección de los grupos regionales. En el IX Congreso de nuestro Partido (en abril de 1920), hubo una pequeña oposición, que se declaró asimismo contra la «dictadura de los jefes», la «oligarquía», etc. No hay, pues, nada de sorprendente, nada nuevo, nada alarmante en la «enfermedad infantil» del «comunismo de izquierda» de los alemanes. Esta enfermedad transcurre sin consecuencias y hasta, una vez pasada, deja más vigoroso el organismo. Por otra parte, la rápida sucesión del trabajo legal e ilegal, con la necesidad de «ocultar», especialmente de rodear de secreto al Estado Mayor, a los jefes, produjo, en nuestro país, fenómenos profundamente peligrosos. El peor fue la entrada en el Comité Central de los bolcheviques, en 1912, de un agente provocador, Malinovski. Este causó la pérdida de decenas y decenas de los más excelentes y abnegados camaradas, llevándoles a los trabajos forzados y acelerando la muerte de muchos de ellos. Si no causó más daño fue porque habíamos establecido adecuadamente las relaciones entre el trabajo legal y el ilegal. Para ganar nuestra confianza, Malinovski, como miembro del Comité Central del Partido y diputado en la Duma, tuvo que ayudarnos a lanzar periódicos diarios legales, que supieron, aun bajo el zarismo, entablar la lucha contra el oportunismo de los mencheviques y predicar los principios fundamentales del bolchevismo, con el necesario disimulo. Con una mano Malinovski mandaba al presidio y a la muerte a decenas de los mejores combatientes del bolchevismo, pero con la otra se veía obligado a contribuir a la educación de decenas y decenas de millares de nuevos bolcheviques por

los partidos y jefes que no saben o no quieren (no digáis nunca no puedo, sino no quiero) aplicar los procedimientos ilegales en una situación como la guerra imperialista de 1914-1918, por ejemplo, en que la burguesía de los países democráticos más libres engañaba a los obreros con una insolencia y crueldad nunca vistas, prohibiendo que se dijese la verdad sobre el carácter de rapiña de la guerra. Pero los revolucionarios que no saben combinar las formas ilegales de lucha con *todas* las formas legales son unos malos revolucionarios. No es difícil ser revolucionario cuando la revolución ha estallado ya y se halla en su apogeo, cuando todos y cada uno se adhieren a la revolución por entusiasmo, por moda y a veces por interés personal y deseo de hacer carrera. Al proletariado le cuesta mucho, le produce duras penalidades, le origina verdaderos tormentos «deshacerse», después de su triunfo, de estos «revolucionarios». Es infinitamente más difícil -y muchísimo más meritorio- saber ser revolucionario cuando la situación no *permite todavía* la lucha directa, franca, la verdadera lucha de masas, la verdadera lucha revolucionaria, saber defender los intereses de la revolución (mediante la propaganda, la agitación, la organización) en instituciones no revolucionarias y a menudo sencillamente reaccionarias, en la situación no revolucionaria entre unas masas incapaces de comprender de un modo inmediato la necesidad de un método revolucionario de acción. Saber encontrar, percibir, determinar exactamente la marcha concreta o el cambio brusco de los acontecimientos *susceptibles de conducir* a las masas a la grande y verdadera lucha revolucionaria final y decisiva, es en lo que consiste la misión principal del comunismo contemporáneo en la Europa occidental y en América.

Ejemplo: Inglaterra. No podemos saber -si nadie se halla en estado de determinarlo por anticipado- cuándo estallará allí la verdadera revolución proletaria y *cuál* será el *motivo* principal que despertará, inflamará, lanzará a la lucha a las grandes masas, hoy aún adormecidas. Tenemos el deber, por consiguiente, de realizar todo nuestro trabajo preparatorio teniendo herradas las cuatro patas (según la expresión favorita del difunto Plejanov cuando todavía era marxista y revolucionario). Quizá sea una crisis parlamentaria la que «abra el paso», la que «rompa el hielo»; acaso una crisis que derive de la confusión de las contradicciones coloniales e imperialistas cada vez más complicadas, inextricables y exasperadas; son posibles otras causas. No hablamos del género de lucha que *decidirá* de la suerte de la revolución proletaria en Inglaterra (esta cuestión no sugiere duda alguna para ningún comunista, pues para todos nosotros está firmemente resuelta), pero si del *motivo* que despertará a las masas proletarias adormecidas hoy todavía, las pondrá en movimiento y las conducirá a la revolución. No olvidamos que, por ejemplo, en la república burguesa de Francia, en una situación que, desde el punto de vista internacional como del interior, era cien veces menos revolucionaria que la actual, bastó una circunstancia tan «inesperada» y tan «mezquina» como el asunto Dreyfus -una de las mil hazañas deshonrosas de la banda militarista reaccionaria- para conducir al pueblo a dos dedos de la guerra civil.

En Inglaterra, los comunistas deben utilizar constantemente, sin descanso ni vacilación, las elecciones parlamentarias y todas las peripecias de la política irlandesa, colonial e imperialista mundial del gobierno británico, como todos los demás campos, esferas y

pequeñoburguesa que se llaman socialistas) y su fracaso en el mismo, para acelerar su quiebra inevitable en la práctica, fracaso que ilustrará a las masas precisamente en nuestro espíritu y las orientará precisamente hacia el comunismo; para acelerar la tirantez, las disputas, los conflictos; la escisión completa inevitables entre los Henderson-Lloyd George-Churchill (entre los mencheviques y los socialrevolucionarios -los kadetes-, los monárquicos; entre Scheidemann -la burguesía- los partidarios de von Kapp, etc.) y para elegir acertadamente el momento en que llega a su grado máximo la disensión entre todos esos «reductos de la sacrosanta propiedad privada», a fin de deshacerlos de un golpe, por medio de una ofensiva resuelta del proletariado y conquistar el Poder político

La historia en general, la de las revoluciones en particular, es siempre más rica de contenido, más variada de formas y aspectos, más viva, más «astuta» de lo que se imaginan los mejores partidos, las vanguardias más conscientes de las clases más adelantadas. Se comprende fácilmente, pues las mejores vanguardias expresan la conciencia, la voluntad, la pasión, la imaginación de decenas y miles de hombres, mientras que la revolución la hacen, en momentos de tensión y excitación especiales de todas las facultades humanas, la conciencia, la voluntad, la pasión, la imaginación de decenas de millones de hombres sacudidos por la lucha de clases más aguda. De aquí se derivan dos conclusiones prácticas muy importantes: la primera es que la clase revolucionaria, para realizar su misión, debe saber utilizar *todas* las formas y aspectos, sin la más mínima excepción, de la actividad social (dispuesta a completar después de la conquista del Poder político, a veces con gran riesgo e inmenso peligro, lo que no ha terminado antes de esta conquista); la segunda es que la clase revolucionaria debe hallarse dispuesta a reemplazar de un modo rápido e inesperado una forma por otra.

Todo el mundo convendrá que sería insensata y hasta criminal la conducta de un ejército que no se dispusiera a utilizar toda clase de armas, todos los medios y procedimientos de lucha que posee o puede poseer el enemigo. Pero esta verdad se puede aplicar todavía más a la política que al arte militar. En política se puede aún menos saber, de antemano, qué método de lucha será aplicable y ventajoso para nosotros en tales o cuales circunstancias futuras. Sin dominar todos los medios de lucha, podemos correr el riesgo de sufrir una enorme derrota, a veces decisiva, si cambios independientes de nuestra voluntad en la situación de las otras clases ponen a la orden del día una forma de acción en la cual somos particularmente débiles. Si poseemos todos los medios de lucha, nuestro triunfo es seguro, puesto que representamos los intereses de la clase realmente avanzada, realmente revolucionaria, aun en el caso de que las circunstancias no nos permitan hacer uso del arma más peligrosa para el enemigo, del arma susceptible de asestar con la mayor rapidez golpes mortales. Los revolucionarios inexperimentados se imaginan a menudo que los medios legales de lucha son oportunistas, porque en este terreno (sobre todo en los períodos llamados «pacíficos», en los períodos no revolucionarios) la burguesía engañaba y embaucaba con una frecuencia particular a los obreros, y que los procedimientos ilegales son revolucionarios. Tal afirmación, sin embargo, no es justa. Lo justo es que los oportunistas y traidores a la clase obrera son

medio de la prensa legal. Este es un hecho en el que deberían reflexionar los camaradas alemanes (y también los ingleses, los americanos, los franceses y los italianos), ante los cuales se presenta el problema de aprender a realizar una labor revolucionaria en los sindicatos reaccionarios.^[4]

En muchos países, incluso en los más adelantados, la burguesía, sin duda alguna, envía y seguirá enviando provocadores a los partidos comunistas. Uno de los medios de luchar contra este peligro es el de saber combinar como es debido el trabajo ilegal con el legal.

VI. ¿Deben actuar los revolucionarios en los sindicatos reaccionarios?

Los comunistas «de izquierda» alemanes creen que pueden responder resueltamente a esta cuestión con la negativa. En su opinión el vocerío y los gritos de cólera contra los sindicatos «reaccionarios» y «contrarrevolucionarios» (esto lo hace K. Horner con un «aplomo» y una necedad especialísimos) bastan para «demostrar» la inutilidad y hasta la inadmisibilidad de la labor de los revolucionarios, de los comunistas, en los sindicatos amarillos, socialchovinistas, conciliadores, en los sindicatos contrarrevolucionarios de los Legien.

Pero por convencidos que estén los comunistas «de izquierda» alemanes del carácter revolucionario de semejante táctica, ésta es radicalmente errónea y no contiene más que frases vacías.

Para aclararlo, partiré de nuestra propia experiencia, conforme al plan general del presente folleto, que tiene por objeto aplicar a la Europa occidental lo que la historia y la táctica actual del bolchevismo contiene de aplicable, importante y obligatorio en todas partes.

La relación entre jefes, partido, clase y masas, y, al mismo tiempo, la de la dictadura del proletariado y su partido con respecto a los sindicatos, se presenta actualmente entre nosotros en la forma concreta siguiente: la dictadura la lleva a cabo el proletariado organizado en Soviets dirigido por el Partido Comunista bolchevique, que, según los datos del último Congreso (abril de 1920) cuenta con 611.000 miembros. El número de sus afiliados ha oscilado mucho antes y después de la revolución de Octubre, e incluso en 1918-1919 fue mucho menos considerable. Tememos ensanchar excesivamente el marco del Partido, porque los arribistas y caballeros de industria, que no merecen más que ser fusilados, tienden inevitablemente a ingresar en un partido que se halla en el Poder. Últimamente abrimos de par en par las puertas del Partido -sólo para los obreros y campesinos-, en los días (invierno de 1919) en que Yudénich estaba a algunas verstas de Petrogrado y Denikin en Orel (a unas 350 verstas de Moscú), es decir, cuando la República Soviética se veía ante un peligro terrible, ante un peligro mortal, y los

aventureros, los arribistas, los caballeros de industria, y, en general, los cobardes, gracias a la adhesión a los comunistas, podían contar más bien con la horca y las torturas que con hacer una carrera ventajosa. Un Comité Central de 19 miembros, elegido en el Congreso, gobierna el Partido, que reúne Congresos anuales (en el último, la representación era de un delegado por cada mil miembros); pero la gestión de los asuntos corrientes la llevan en Moscú dos burós, aún más restringidos, denominados «Buró de Organización» y «Buró Político», elegidos en asambleas plenarias del Comité Central, a razón de cinco miembros nombrados de su seno para cada buró. Nos hallamos, por consiguiente, en presencia de una verdadera «oligarquía». No hay cuestión política o de organización importante, que sea resuelta por una institución gubernamental cualquiera de nuestra República, sin que el Comité Central del Partido haya dado sus normas directivas.

El Partido se apoya directamente, para su labor, en los *sindicatos*, que cuentan según los datos del último Congreso (abril de 1920), más de cuatro millones de afiliados, y que en el aspecto formal son *sin partido*. De hecho todas las instituciones directoras de la enorme mayoría de los sindicatos, y sobre todo, naturalmente, la Central o Buró Sindical (Consejo Central de los Sindicatos de Rusia) se componen de comunistas y aplican todas las directivas del Partido. Se obtiene, en conjunto, un aparato proletario, formalmente no comunista, flexible y relativamente amplio, potentísimo, por medio del cual el Partido está estrechamente vinculado a *la clase* y a *la masa* y por medio del cual se lleva a cabo *la dictadura de clase* bajo la dirección del Partido. Nos hubiera sido naturalmente imposible, no ya dos años, ni siquiera dos meses gobernar el país y sostener la dictadura sin la más estrecha unión con los sindicatos, sin su apoyo entusiasta, sin su colaboración abnegada, no sólo en el terreno de la construcción económica, *sino también en el militar*. Se comprende que esta estrecha unión significa, en la práctica, una labor de propaganda, de agitación complejísima y variada, oportunas y frecuentes conferencias, no sólo con los dirigentes, sino con los militantes que, en general, ejercen influencia en los sindicatos, una lucha decidida contra los mencheviques, que han conservado hasta hoy cierto número de partidarios -muy pequeño en verdad-, a los que inician en todas las malas artes de la contrarrevolución, que, empezando por la defensa ideológica de la democracia (*burguesa*) y pasando por la prédica de la «independencia» de los sindicatos (independencia... ¡del Poder gubernamental proletario!), llegan hasta el sabotaje de la disciplina proletaria, etc., etc.

Reconocemos la insuficiencia del contacto «con las masas» por medio de los sindicatos. En el curso de la revolución se ha creado en Rusia una práctica que procuramos por todos los medios mantener, desarrollar, extender: *las conferencias de obreros y campesinos sin partido*, que nos permiten observar el estado de espíritu de las masas, acercarnos a ellas, responder a sus anhelos, elevar a los puestos gubernamentales a sus mejores elementos, etc. Por un decreto reciente sobre la organización del Comisariado del Pueblo de Control del Estado, que se convierte en «Inspección Obrera y Campesina», se concede a las conferencias sin partido de esta índole el derecho a elegir miembros del Control del Estado encargados de las funciones más diversas de revisión, etc.

doctrinarismo de izquierda, sin enmendar por completo sus errores, sin desembarazarse de ellos.

Mientras se trata (y puesto que se sigue tratando aún) de atraerse al comunismo a la vanguardia del proletariado, la propaganda debe ocupar el primer término; incluso los círculos, con todas las debilidades de la estrechez inherente a los mismos, son útiles y dan resultados fecundos en este caso. Pero cuando se trata de la acción práctica de las masas, de poner en orden de batalla -si es permitido expresarse así- al ejército de millones de hombres, de la disposición de *todas* las fuerzas de clase de una sociedad *para la lucha final y decisiva*, no conseguiréis nada con sólo las artes de propagandista, con la repetición escueta de las verdades del comunismo «puro». Y es que en este terreno la cuenta no se efectúa por miles, como hace en sustancia el propagandista miembro de un grupo reducido y que no dirige todavía masas, sino por millones y decenas de millones. En este caso tenéis que preguntaros no sólo si habéis convencido a la vanguardia de la clase revolucionaria, sino también si están dispuestas las fuerzas históricamente activas de *todas* las clases, obligatoriamente de todas las clases de la sociedad, sin excepción, en forma que la batalla decisiva se halle completamente en sazón, a fin de: 1) que todas las fuerzas de clase que nos son adversas estén suficientemente sumidas en la confusión, suficientemente enfrentadas entre sí, suficientemente debilitadas por una lucha superior a sus fuerzas; 2) que todos los elementos vacilantes, versátiles, inconsistentes, intermedios -es decir, la pequeña burguesía, la democracia pequeñoburguesa, a diferencia de la burguesía-, se hayan puesto bastante al desnudo ante el pueblo, se hayan cubierto de ignominia por su bancarrota práctica; 3) que en el proletariado empiece a formarse y a extenderse un estado de espíritu de masas favorable a apoyar las acciones revolucionarias más resueltas, más valientes y abnegadas contra la burguesía. He aquí en qué momento está madura la revolución, he aquí en qué momento nuestra victoria está segura, si hemos calculado bien todas las condiciones indicadas y esbozadas brevemente más arriba y hemos elegido acertadamente el momento.

Las divergencias entre los Churchill y los Lloyd George, de una parte -tipos políticos que existen *en todos* los países, con particularidades nacionales ínfimas-, y entre los Henderson y los Lloyd George, de otra, no tienen absolutamente ninguna importancia, son insignificantes desde el punto de vista del comunismo puro, esto es, abstracto, incapaz todavía de acción política práctica, de masa. Pero desde el punto de vista de esta acción práctica de las masas, estas divergencias son de una importancia extraordinaria. Saber estimarlas, saber determinar el momento en que estarán plenamente en sazón los conflictos inevitables entre esos «amigos», conflictos que debilitan y hasta desarman *a todos los «amigos» tomados en conjunto*, es la obra, es la misión del comunista que desee ser no sólo un propagandista consciente, convencido e ideológico, sino un dirigente práctico de las *masas* en la revolución. Es necesario unir la adhesión más abnegada a las ideas comunistas, con el arte de admitir todos los compromisos prácticos necesarios, las maniobras, los acuerdos, los zigzags, las retiradas, etc., susceptibles de precipitar primero la subida al Poder de los Henderson (de los héroes de la II Internacional, para no citar individuos; de los representantes de la democracia

de un *mismo* problema internacional: el triunfo sobre el oportunismo y el doctrinarismo de izquierda en el seno del movimiento obrero, el derrocamiento de la burguesía, la instauración de la República Soviética y la dictadura del proletariado, es el principal problema del período histórico que atraviesan actualmente todos los países adelantados (y no sólo los adelantados). Lo principal -naturalmente que no todo ni mucho menos, pero si lo principal- ya se ha hecho para atraer a la vanguardia de la clase obrera, para ponerla al lado del poder de los Soviets contra el parlamentarismo, al lado de la dictadura del proletariado contra la democracia burguesa. Ahora hay que concentrar todas las fuerzas, toda la atención, en la acción *inmediata*, que parece ser y es realmente, hasta cierto punto, menos fundamental, pero que, en cambio, está prácticamente más cerca de la solución efectiva del problema, a saber: el descubrimiento de las formas de *abordar* la revolución proletaria o de *pasar* a la misma.

La vanguardia proletaria está conquistada ideológicamente. Esto es lo principal. Sin ello es imposible dar ni siquiera el primer paso hacia el triunfo. Pero de esto al triunfo dista todavía bastante. Con sólo la vanguardia, es imposible triunfar. Lanzar sólo a la vanguardia a la batalla decisiva, cuando toda la clase, cuando las grandes masas no han adoptado aún una posición de apoyo directo a esta vanguardia, o al menos de neutralidad benévola con respecto a ella, que la incapacite por completo para defender al adversario, sería no sólo una estupidez, sino además un crimen. Y para que en realidad toda la clase obrera, las grandes masas de los trabajadores y de los oprimidos por el capital lleguen a ocupar semejante posición, son insuficientes la propaganda y la agitación solas. Para ello es necesario la propia experiencia política de estas masas. Tal es la ley fundamental de todas las grandes revoluciones, confirmada hoy con una fuerza y un relieve sorprendentes, no sólo en Rusia, sino también en Alemania No sólo las masas incultas de Rusia, en gran parte analfabetas, sino también las masas muy cultas, sin analfabetos, de Alemania, necesitaron experimentar en su propia pelleja toda la impotencia, toda la falta de carácter, toda la debilidad, todo el servilismo ante la burguesía, toda la infamia del gobierno de los caballeros de la II Internacional, toda la ineluctabilidad de la dictadura de los ultrarreaccionarios (Kornilov en Rusia; Kapp y compañía en Alemania) como única alternativa frente a la dictadura del proletariado, para orientarse decididamente hacia el comunismo.

La misión actual de la vanguardia consciente del movimiento obrero internacional, es decir, de los partidos, grupos y tendencias comunistas, consiste en saber *llevar* a las amplias masas (hoy todavía, en su mayor parte, soñolientas, apáticas, rutinarias, inertes, adormecidas) a esta nueva posición suya, o, mejor dicho, en saber dirigir *no sólo* el propio Partido, sino también a estas masas, en la marcha encaminada a ocupar esa nueva posición. Si la primera tarea histórica (atraer a la vanguardia consciente del proletariado al Poder Soviético y a la dictadura de la clase obrera) no podía ser resuelta sin una victoria ideológica y política completa sobre el oportunismo y el socialchovinismo, la segunda tarea que resulta ahora de actualidad, y que consiste en saber llevar *a las masas* a esa nueva posición propia para asegurar el triunfo de la vanguardia en la revolución, esta segunda tarea no puede ser resuelta sin liquidar el

Naturalmente, toda la labor del Partido se realiza, además, a través de los Soviets, que unifican a la masas trabajadoras, sin distinción de oficios. Los congresos de distrito de los Soviets representan una institución *democrática* como jamás se ha visto en las mejores repúblicas democráticas del mundo burgués, y por medio de estos congresos (en cuya labor tiene fijos los ojos el Partido), así como por la designación constante de los obreros más conscientes para los cargos en las poblaciones rurales, el proletariado desempeña su función directora con respeto a la clase campesina, se realiza la dictadura del proletariado de las ciudades, la lucha sistemática contra los campesinos ricos, burgueses, explotadores y especuladores, etc.

Tal es el mecanismo general del Poder estatal proletario examinado «desde arriba», desde el punto de vista de la realización práctica de la dictadura. Es de esperar que el lector comprenderá por qué el bolchevique ruso, que conoce de cerca este mecanismo y lo ha visto nacer de los pequeños círculos ilegales y clandestinos en el curso de veinticinco años, no tiene más remedio que hallar ridículas, pueriles y estúpidas todas las discusiones sobre la dictadura «de arriba» o «de abajo», la dictadura de los jefes o la dictadura de las masas, etc., como lo sería una disputa acerca de la utilidad mayor o menor para el hombre de la pierna izquierda o del brazo derecho.

Deben parecernos también de una ridícula puerilidad las muy sabias, importantes y terriblemente revolucionarias disquisiciones de los comunistas de izquierda alemanes sobre este tema, a saber: que los comunistas no pueden ni deben militar en los sindicatos reaccionarios, que es lícito renunciar a semejante acción, que hay que salir de los sindicatos y organizar sin falta «uniones obreras» nuevecitas, completamente puras, inventadas por comunistas muy simpáticos (y en la mayoría de los casos, probablemente, muy jóvenes), etc., etc.

El capitalismo lega inevitablemente al socialismo, de una parte, las viejas distinciones profesionales y corporativas, que se han formado en el transcurso de los siglos entre los obreros, y, de otra, los sindicatos, que no pueden desarrollarse sino muy lentamente en el curso de los años y que se transformarán con el tiempo en sindicatos de Industria más amplios, menos corporativos (que engloban a industrias enteras, y no sólo a corporaciones, oficios y profesiones). Después, por mediación de estos sindicatos de industria, se pasará a la supresión de la división del trabajo entre los hombres, a la educación, la instrucción y la formación de hombres *universalmente desarrollados* y *universalmente* preparados, hombres que *lo sabrán hacer todo*. En este sentido se orienta, debe orientarse y a esto *llegará* el comunismo, aunque dentro de muchos años. Intentar llevar actualmente a la práctica ese resultado futuro de un comunismo llegado al término de su completo desarrollo, sólidez y formación, de su íntegra realización y de su madurez, es lo mismo que querer enseñar matemáticas superiores a un niño de cuatro años.

Podemos (y debemos) emprender la construcción del socialismo, no partiendo de un material humano fantástico, especialmente creado por nosotros, sino del que nos ha dejado como herencia el capitalismo. Ni que decir tiene que esto es muy «difícil», pero

todo modo distinto de abordar el problema es tan poco serio, que ni siquiera merece ser discutido.

Los sindicatos representaban un progreso gigantesco de la clase obrera en los primeros tiempos del desarrollo del capitalismo, por cuanto significaban el paso de la división y de la impotencia de los obreros a los *embriones* de unión de clase. Cuando empezó a desarrollarse la forma superior de unión de clase de los proletarios, el *partido revolucionario del proletariado* (que no merecerá este nombre mientras no sepa ligar a los líderes con la clase y las masas en un todo único, indisoluble), los sindicatos empezaron a manifestar inevitablemente *ciertos* rasgos reaccionarios, cierta estrechez corporativa, cierta tendencia al apoliticismo, una inercia determinada, etc. Pero el desenvolvimiento del proletariado no se ha efectuado ni ha podido efectuarse en ningún país de otro modo que por los sindicatos y por su acción concertada con el partido de la clase obrera. La conquista del Poder político por el proletariado, es un progreso enorme de este último considerado como clase, y el partido se encuentra en la obligación de consagrarse más y de un modo nuevo, y no por los procedimientos antiguos, a la educación de los sindicatos, a dirigirlos, sin olvidar al mismo tiempo que éstos son y serán todavía bastante tiempo la necesaria «escuela de comunismo», la escuela preparatoria de los proletarios para la realización de su dictadura, la asociación indispensable de los obreros para el paso progresivo de la dirección de toda la economía del país, primero a manos de la *clase obrera* (y no de profesiones aisladas), después a manos de todos los trabajadores.

Bajo la dictadura del proletariado, es *inevitable cierto* «espíritu reaccionario» de los sindicatos en el sentido indicado. No comprenderlo significa dar pruebas de una incomprensión total de las condiciones fundamentales de la *transición* del capitalismo al socialismo. Temer *este* «espíritu reaccionario», esforzarse por *prescindir* de él, por saltar por encima de él, es una inmensa tontería, pues equivale a temer el papel de vanguardia del proletariado, que consiste en educar, instruir, preparar, traer a una vida nueva a los sectores más atrasados de las masas obreras y campesinas. Por otro lado, aplazar la dictadura del proletariado hasta el momento en que no quedase ni un solo obrero de estrecho espíritu sindical, un solo obrero que tuviese prejuicios tradeunionistas y corporativos, sería un error todavía más profundo. El arte del político (y la comprensión acertada de sus deberes en el comunista) consiste precisamente en saber apreciar con exactitud las condiciones y el momento en que la vanguardia del proletariado podrá tomar victoriosamente el Poder, en que podrá, durante la toma del Poder y después de ella, obtener un apoyo suficiente de sectores suficientemente amplios de la clase obrera y de las masas laboriosas no proletarias, en que sabrá después mantener, afianzar, ensanchar su dominio, educando, instruyendo, atrayéndose a masas cada vez más amplias de trabajadores.

Más aún. En los países más adelantados que Rusia, se ha hecho sentir y debía hacerse sentir un cierto espíritu reaccionario de los sindicatos indudablemente más acentuado que en nuestro país. Aquí los mencheviques hallaban (y en parte hallan todavía en un pequeño número de sindicatos) un apoyo entre los sindicatos, precisamente gracias a

en todos los países, sin excepción al parecer, en forma de lucha entre la II Internacional (hoy prácticamente muerta) y la Tercera. La segunda lucha se observa tanto en Alemania como en Inglaterra, en Italia, en los Estados Unidos (donde *una parte* al menos de «Los Trabajadores Industriales del Mundo» y las tendencias anarcosindicalistas sostienen los errores del comunismo de izquierda a la vez que reconocen de manera casi general, casi incondicional, el sistema soviético) y en Francia (actitud de una parte de los ex sindicalistas con respecto al partido político y al parlamentarismo, paralelamente también al reconocimiento del sistema de los Soviets), es decir, que se observa, indudablemente, en una escala no sólo internacional, sino universal.

Pero aunque la escuela preparatoria que conduce al movimiento obrero a la victoria sobre la burguesía sea en todas partes idéntica en el fondo, su desarrollo se realiza en cada país de *un modo original*. Los grandes países capitalistas adelantados avanzan en este camino *mucho más rápidamente* que el bolchevismo, el cual obtuvo en la historia un plazo de quince años para prepararse, como tendencia política organizada, para la victoria. La III Internacional, en un plazo tan breve como es un año, ha alcanzado un triunfo decisivo, deshaciendo a la II Internacional, a la Internacional amarilla, socialchovinista, que hace unos meses era incomparablemente más fuerte que la Tercera, parecía sólida y poderosa, y gozaba en todas las formas, directas e indirectas, materiales (puestos ministeriales, pasaportes, prensa) y morales, del apoyo de la burguesía mundial.

Lo que importa ahora es que los comunistas de cada país adquieran completa conciencia, tanto de los principios fundamentales de la lucha contra el oportunismo y el doctrinarismo «de izquierda», como de las *particularidades concretas* que esta lucha toma y debe tomar inevitablemente en cada país aislado, conforme a los rasgos originales de su economía, de su política, de su cultura, de su composición nacional (Irlanda, etc.), de sus colonias, de sus divisiones religiosas, etc. Por todas partes se siente crecer el descontento contra la II Internacional por su oportunismo a la par que su inhabilidad e incapacidad para crear un núcleo realmente centralizado y dirigente, apto para orientar la táctica internacional del proletariado revolucionario, en su lucha por la República soviética internacional. Hay que darse perfectamente cuenta de que dicho centro dirigente no puede, en ningún caso, ser formado con arreglo a un modelo establecido de una vez para siempre, por medio de la igualación mecánica o uniformidad de las diversas reglas tácticas de lucha. Mientras subsistan diferencias nacionales y estatales entre los pueblos y los países -diferencias que subsistirán incluso mucho tiempo después de la instauración universal de la dictadura del proletariado-, la unidad de la táctica internacional del movimiento obrero comunista de todos los países exige, no la supresión de la variedad, no la supresión de las particularidades nacionales (lo cual constituye en la actualidad un sueño absurdo), sino una aplicación tal de los principios *fundamentales* del comunismo (Poder de los Soviets y dictadura del proletariado) que *haga variar como es debido* estos principios en *sus aplicaciones parciales*, que los adapte, que los aplique acertadamente a las particularidades nacionales y políticas de cada Estado. Investigar, estudiar, descubrir, adivinar, comprender lo que hay de nacionalmente particular, especialmente nacional en la manera como cada país *aborda concretamente* la solución

que repetir el error de los comuneros blanquistas franceses, que en 1874 propagaban la «negativa» de todo compromiso y toda etapa intermedia. Segundo, en este punto el fin consiste, indudablemente, como siempre, en saber aplicar los principios generales y fundamentales del comunismo a la *particularidad* de las relaciones entre las clases y los partidos, a la *particularidad* en el desarrollo objetivo hacia el comunismo propio de cada país y que hay que saber estudiar, descubrir y adivinar.

Pero hay que hablar de esto, no sólo en relación con el comunismo inglés, sino con las conclusiones generales que se refieren al desenvolvimiento del comunismo en todos los países capitalistas. Este es el tema que vamos a abordar ahora.

X. Algunas conclusiones

La revolución burguesa rusa de 1905 puso de manifiesto un viraje extraordinariamente original de la historia universal: en uno de los países capitalistas más atrasados se desarrollaba, por primera vez en el mundo, un movimiento huelguístico de una fuerza y amplitud inusitada. Sólo en el mes de enero de 1905 el número de los huelguistas fue diez veces mayor que el número *anual* medio de huelguistas durante los diez años precedentes (1895-1904) y de enero a octubre de 1905 las huelgas aumentaron constantemente y en proporciones colosales. La Rusia atrasada, bajo la influencia de una serie de factores históricos completamente originales, dio al mundo el primer ejemplo, no sólo de un salto brusco de la actividad espontánea en época de revolución de las masas oprimidas (cosa que ocurrió en todas las grandes revoluciones), sino también la significación de un proletariado que desempeñaba un papel infinitamente superior a su importancia numérica en la población; mostró por vez primera la combinación de la huelga económica y la huelga política, con la transformación de ésta en insurrección armada, el nacimiento de una nueva forma de lucha de masas y organización de las masas de las clases oprimidas por el capitalismo, los Soviets.

Las revoluciones de febrero y octubre de 1917 determinaron el desenvolvimiento de los Soviets hasta el punto de extenderse a toda la nación, y, después, su victoria en la revolución proletaria socialista. Menos de dos años más tarde, se puso de manifiesto el carácter internacional de los Soviets, la extensión de esta forma de lucha y organización al movimiento obrero mundial, el destino histórico de los Soviets, consistente en ser los sepultureros, los herederos, los sucesores del parlamentarismo burgués de la democracia burguesa en general.

Aún más. La historia del movimiento obrero muestra hoy que éste está llamado a atravesar en todos los países (y ha comenzado ya a atravesarlo) un periodo de lucha del comunismo naciente, cada día más fuerte, que camina hacia la victoria, ante todo y principalmente contra el «menchevismo» *propio* de cada país, es decir, contra el oportunismo y el socialchovinismo, y, de otra parte, como complemento, por decirlo así, contra el comunismo de «izquierda». La primera de estas luchas se ha desarrollado

esta estrechez corporativa, a ese egoísmo profesional y al oportunismo. Los mencheviques de Occidente se han «instalado» mucho más sólidamente en los sindicatos y ha surgido una «*aristocracia obrera*» mucho más fuerte que en nuestro país, más *profesional, mezquina, egoísta, desalmada, ávida, pequeñoburguesa, de espíritu imperialista, comprada y corrompida por el imperialismo*. Esto es indiscutible. La lucha contra los Gompers, contra los Sres. Jouhau, los Henderson, Merrheim, Leglen y compañía, en la Europa occidental, es mucho más difícil que la lucha contra nuestros mencheviques, que representan un tipo social y político *completamente homogéneo*. Es preciso sostener esta lucha implacablemente y continuarla, como hemos hecho nosotros, hasta cubrir de oprobio y arrojar de los sindicatos a todos los jefes incorregibles del oportunismo y del socialchovinismo. Es imposible conquistar el Poder político (y ni siquiera debe intentarse tomar el Poder político) mientras esta lucha no haya alcanzado *cierto* grado; este «cierto grado» *no es idéntico* en todos los países y en condiciones diferentes, y sólo dirigentes políticos reflexivos, experimentados y competentes del proletariado pueden determinarlo con acierto en cada país. (En Rusia nos dieron la medida del éxito en nuestra lucha, sobre todo, las elecciones a la Asamblea Constituyente en noviembre de 1917, unos días después de la revolución proletaria del 25 de octubre de 1917. En dichas elecciones, los mencheviques fueron literalmente aplastados, obteniendo 0,7 millones de votos -1,4 millones, contando los de Transcaucasia-, contra nueve millones alcanzados por los bolcheviques. Véase mi artículo «Las elecciones a la Asamblea Constituyente y la dictadura del proletariado» en el número 7-8 de «La Internacional Comunista».)^[5]

Pero la lucha contra la «aristocracia obrera» la sostenemos en nombre de la masa obrera y para ponerla de nuestra parte; la lucha contra los jefes oportunistas y socialchovinistas la llevamos a cabo para conquistar a la clase obrera. Sería estúpido olvidar esta verdad elementalísima y más que evidente. Y tal es precisamente la estupidez que cometen los comunistas alemanes «de izquierda», los cuales deducen *del* carácter reaccionario y contrarrevolucionario de los *cabecillas* de los sindicatos la conclusión de la necesidad de... ¡¡salir de los sindicatos!!; de ¡¡renunciar a trabajar en los mismos!! y de ¡¡crear nuevas formas de organización obrera *inventadas* por ellos!! Es ésta una imperdonable estupidez que equivale a prestar un gran servicio a la burguesía por los comunistas. Porque nuestros mencheviques, como todos los líderes sindicales oportunistas, socialchovinistas y kautskianos, no son más que «agentes de la burguesía en el movimiento obrero» (como hemos dicho siempre refiriéndonos a los mencheviques), o en otros términos los «lugartenientes obreros de la clase de los capitalistas» (labor lieutenants of the capitalist-class), según la magnífica expresión, profundamente exacta, de los discípulos de Daniel de Leon en los Estados Unidos. No actuar en el seno de los sindicatos reaccionarios significa abandonar a las masas obreras insuficientemente desarrolladas, atrasadas, a la influencia de los líderes reaccionarios, de los agentes de la burguesía, de los obreros aristócratas u «obrerros aburguesados» (sobre este punto véase la carta de 1852 de Engels a Marx acerca de los trabajadores ingleses).

Precisamente la absurda «teoría» de la no participación de los comunistas en los sindicatos reaccionarios demuestra con la mayor evidencia con qué ligereza estos

comunistas «de izquierda» consideran la cuestión de la influencia sobre «las masas» y de qué modo abusan con su alboroto de esta palabra. Para saber ayudar a la «masa», para adquirir su simpatía, su adhesión y su apoyo, no hay que temer las dificultades, las zancadillas, los insultos, los ataques, las persecuciones de los «jefes» (que, oportunistas y socialchovinistas, están en la mayor parte de los casos en relación directa o indirecta con la burguesía y la policía) y *trabajar* obligatoriamente *allí donde esté la masa*. Hay que saber hacer toda clase de sacrificios, vencer los mayores obstáculos para entregarse a una propaganda y agitación sistemática, tenaz, perseverante, paciente, precisamente en las instituciones, sociedades, sindicatos, por reaccionarios que sean, donde se halle la masa proletaria o semiproletaria. Ahora bien, los sindicatos y las cooperativas obreras (estas últimas, por lo menos, en algunos casos) son precisamente organizaciones donde están las masas. En Inglaterra, según los datos publicados por el periódico sueco «Folkets Dagblad Politiken» del 10 de marzo de 1920, el número de miembros de las Tradeuniones se ha elevado, desde fines de 1917 a últimos de 1918, de 5,5 millones a 6,6 millones. es decir, que ha aumentado en el 19 por 100. A fines de 1919, los efectivos ascendían a 7 millones y medio. No tengo a mano las cifras correspondientes a Francia y Alemania, pero algunos hechos, enteramente indiscutibles y conocidos de todo el mundo, atestiguan el considerable crecimiento del número de miembros de los sindicatos también de estos países.

Estos hechos manifiestan con entera claridad lo que otros mil síntomas confirman: los progresos de la conciencia y de los anhelos de organización precisamente en las masas proletarias, en los sectores más «bajos» de ellas, en los más atrasados. Millones de obreros en Inglaterra, en Francia, en Alemania pasan *por primera vez* de la inorganización completa a la forma más elemental y rudimentaria más simple y más accesible (para los que se hallen todavía de lleno impregnados de prejuicios democráticoburgueses) de organización: precisamente los sindicatos; y los comunistas de izquierda, revolucionarios, pero irreflexivos, quedan al lado y gritan: «¡Masa!», «¡Masa!» y *¡¡se niegan a trabajar en los sindicatos!!* ¡¡so pretexto de su «espíritu reaccionario»!! e inventan una «Unión Obrera» nuevécita, pura, limpia de todo prejuicio democráticoburgués y de todo pecado de estrechez corporativa y profesional, «Unión Obrera» que será (¡que será!) -dicen- muy amplia y para la adhesión a la cual se exige solamente (¡solamente!) ¡¡el «reconocimiento del sistema de los Soviets y de la dictadura»!! (sobre esto véase la cita transcrita más arriba).

No se puede concebir mayor insensatez, un daño mayor causado a la revolución por los revolucionarios «de izquierda». Si hoy en Rusia, después de dos años y medio de triunfos sin precedentes sobre la burguesía rusa y la de la Entente, estableciéramos como condición precisa para ingreso en los sindicatos el «reconocimiento de la dictadura», cometeríamos una tontería, quebrantaríamos nuestra influencia sobre las masas, ayudaríamos a los mencheviques. Porque toda la tarea de los comunistas consiste en saber *convencer* a los elementos atrasados, en saber trabajar *entre* ellos y no en *aislarse* de ellos mediante fantásticas consignas infantilmente «izquierdistas».

En caso de que los Henderson y Snowden se negaran a formar un bloque con los comunistas, estos saldrían ganando desde el punto de vista de la conquista de la simpatía de las masas y el descrédito de los Henderson y Snowden. Poco importaría entonces perder algunas actas por dicha causa. No presentaríamos candidatos sino en una ínfima minoría de distritos absolutamente seguros, es decir, donde la presentación de nuestros candidatos no diera la victoria a un liberal contra un laborista. Realizaríamos nuestra campaña electoral distribuyendo hojas en favor del comunismo e invitando *en todos* los distritos en que no presentáramos candidato *a que se votara por el laborista contra el burgués*. Se equivocan los camaradas Sylvia Pankhurst y Gallacher si ven en esto una traición al comunismo o una renunciación a la lucha contra los socialtraidores. Al contrario, es indudable que la causa del comunismo saldría ganando con ello.

A los comunistas ingleses les es hoy frecuentemente muy difícil incluso acercarse a las masas, hacer que éstas les escuchen. Pero si yo me presento como comunista, y al mismo tiempo invito a que se vote por Henderson contra Lloyd George, seguramente se me escuchará. Y podré explicar de modo accesible a todos, no sólo por qué los Soviets son mejores que el parlamento y la dictadura del proletariado mejor que la dictadura de Churchill (cubierta por el pabellón de la «democracia» burguesa), sino también que yo querría apoyar a Henderson con mi voto del mismo modo que la sogá sostiene al ahorcado; que la aproximación de los Henderson a los puestos de su propio gobierno justificará mis ideas, atraerá a las masas a mi lado, acelerará la muerte política de los Henderson y Snowden, tal como sucedió con sus correligionarios en Rusia y en Alemania.

Y si se me objeta que esta táctica es demasiado «astuta» o complicada, que no la comprenderán las masas, que dispersará y disgregará nuestras fuerzas impidiendo concentrarse en la revolución soviética, etc., responderé a mis contradictores «de izquierda»: ¡no hagáis recaer sobre las masas vuestro doctrinarismo! Es de suponer que en Rusia las masas no son más cultas, sino, por el contrario, menos cultas que en Inglaterra, y, sin embargo, comprendieron a los bolcheviques; y a éstos, lejos de perjudicarles les favoreció el hecho de que *en vísperas* de la revolución soviética, en septiembre de 1917, hubieran compuesto listas de candidatos suyos al parlamento burgués (a la Asamblea Constituyente) y de que *al día siguiente* de la revolución soviética, en noviembre de 1917, tomaran parte en las elecciones a esa misma Constituyente, que fue disuelta por ellos el 5 de enero de 1918.

No puedo detenerme sobre la segunda divergencia que separa a los comunistas ingleses en lo que se refiere a si deben o no adherirse al Partido Laborista. Poseo pocos materiales sobre esta cuestión, sumamente compleja, dada la extraordinaria originalidad del «Partido Laborista» británico, muy poco parecido, por su estructura, a los partidos políticos ordinarios del continente europeo. Pero es indudable, primero, que comete también un error el que deduce la táctica del proletariado revolucionario de principios como: «el Partido Comunista debe conservar la pureza de su doctrina y su independencia inmaculada frente al reformismo; su misión es ir adelante, sin apartarse de su senda, ir en línea recta hacia la revolución comunista». Pues semejantes principios no hacen más

política. Sin esta última condición, naturalmente, es imposible hacer el bloque, pues sería una traición: los comunistas ingleses deben reivindicar para ellos y conservar una libertad completa para desenmascarar a los Henderson y los Snowden, de un modo tan absoluto como lo hicieron (*durante quince años*, de 1903 a 1917) los bolcheviques rusos con respecto a los Henderson y Snowden de Rusia, esto es, los mencheviques.

Si los Henderson y Snowden aceptan el bloque en estas condiciones, será una ventaja para nosotros, pues lo que nos importa no es ni mucho menos el número de actas; no es esto lo que perseguimos; en este punto seremos transigentes (mientras que los Henderson y, sobre todo, sus nuevos amigos -o sus nuevos dueños-, los liberales que han ingresado en el Partido Obrero Independiente, corren más que nada en busca de actas). Habremos ganado, porque llevaremos *nuestra* agitación a *las masas* en el momento en que las habrá «irritado» Lloyd George *en persona*, y no sólo contribuiremos a que el Partido Laborista forme más de prisa su gobierno, sino que ayudaremos a las masas a comprender mejor toda nuestra propaganda comunista, que realizaremos contra los Henderson sin ninguna limitación, sin licenciar nada.

Si los Henderson y los Snowden rechazan el bloque con nosotros en estas condiciones, habremos ganado todavía más, pues habremos mostrado de un solo golpe *a las masas* (tened en cuenta que aun en el interior del Partido Obrero Independiente, puramente menchevique, completamente oportunista, *las masas* son partidarias de los Soviets) que los Henderson prefieren su intimidad con los capitalistas a la unión de todos los trabajadores. Habremos ganado inmediatamente ante *la masa*, la cual, sobre todo después de las explicaciones brillantísimas, extremadamente acertadas y útiles (para el comunismo) dadas por Lloyd George, simpatizará con la idea de la unión de todos los obreros contra la coalición de Lloyd George con los conservadores. Habremos ganado desde el primer momento, pues habremos demostrado a las masas que los Henderson y Snowden tienen miedo de vencer a los Lloyd George, temen tomar el Poder solos y aspiran a obtener *en secreto* el apoyo de Lloyd George, el cual tiende *abiertamente* la mano a los conservadores contra el Partido Laborista. Hay que advertir que en Rusia, después de la revolución del 27 de febrero de 1917 (antiguo calendario), el éxito de la propaganda de los bolcheviques contra los mencheviques y socialrevolucionarios (es decir, los Henderson y Snowden rusos) se debió precisamente a las mismas circunstancias. Nosotros decíamos a los mencheviques y a los socialrevolucionarios: tomad todo el Poder sin la burguesía, puesto que tenéis la mayoría en los Soviets (en el 1 Congreso de los Soviets de toda Rusia, celebrado en junio de 1917, los bolcheviques no tenían más que el 13 por 100 de los votos). Pero los Henderson y Snowden rusos tenían miedo de tomar el Poder sin la burguesía, y cuando ésta aplazaba las elecciones a la Asamblea Constituyente, porque sabía perfectamente que los socialrevolucionarios y los mencheviques tendrían la mayoría^[10] (unos y otros formaban un bloque político muy estrecho, representaban prácticamente una democracia pequeñoburguesa *unida*), los socialrevolucionarios y los mencheviques no tuvieron fuerza bastante para luchar enérgicamente y hasta el fin contra estos aplazamientos.

Es indudable que los señores Compers, Henderson, Jouhaux, Legien están muy reconocidos a esos revolucionarios «de izquierda» que, como los de la oposición «de principio» alemana (¡el cielo nos preserve de semejantes «principios»!) o de algunos revolucionarios de «Los Trabajadores Industriales del Mundo» en los Estados Unidos, predicán la salida de los sindicatos reaccionarios y la renuncia a militar en los mismos. No dudamos de que los señores «jefes» del oportunismo recurrirán a todos los procedimientos de la diplomacia burguesa, al concurso de los gobiernos burgueses, de los curas, de la policía, de los tribunales, para impedir la entrada de los comunistas en los sindicatos y para expulsarles de ellos por todos los medios posibles, para hacer su labor en los sindicatos lo más desagradable posible, para ofenderles, insultarles y perseguirles. Hay que saber resistir a todo esto, disponerse a todos los sacrificios, emplear, en caso de necesidad, todas las estratagemas, todas las astucias, los procedimientos ilegales, silenciar y ocultar la verdad con objeto de penetrar en los sindicatos, permanecer en ellos y realizar allí una labor comunista a pesar de todo. Bajo el régimen zarista, hasta 1905, no tuvimos ninguna «posibilidad legal», pero cuando el policía Subátov organizó sus asambleas, sus asociaciones obreras reaccionarias, con objeto de cazar a los revolucionarios y luchar con ellos, enviamos allí miembros de nuestro Partido (recuerdo entre ellos al camarada Bábushkin, un destacado obrero petersburgués fusilado en 1906 por los generales zaristas), los cuales establecieron el contacto con la masa, consiguieron realizar su agitación y sustraer a los obreros a la influencia de las gentes de Subátov^[6]. Actuar así, naturalmente, es más difícil en los países de la Europa occidental, especialmente impregnados de prejuicios legalistas, constitucionales, democrático-burgueses, particularmente arraigados. Pero se puede y se debe hacer, procediendo sistemáticamente.

El Comité Ejecutivo de la III Internacional debe, a mi juicio, condenar abiertamente y proponer al próximo Congreso que condene tanto la política de no participación en los sindicatos reaccionarios (motivando detalladamente la insensatez de esta no participación y el grave daño que se hace a la causa de la revolución proletaria con semejante actitud) y, de un modo particular, la línea de conducta de algunos miembros del Partido Comunista holandés, los cuales (directa o indirectamente, abierta o encubiertamente, general o parcialmente, lo mismo da), han sostenido esta política errónea. La III Internacional debe romper con la táctica de la Segunda y no eludir las cuestiones escabrosas, no ocultarlas, sino plantearlas a rajatabla. Hemos dicho cara a cara la verdad a los «independientes» (Partido Socialdemócrata Independiente de Alemania); del mismo modo hay que decir toda la verdad cara a cara a los comunistas «de izquierda».

VII. ¿Debe participarse en los parlamentos burgueses?

Los comunistas «de izquierda» alemanes responden a esta pregunta con el mayor desprecio -y la mayor ligereza-, con la negativa. ¿Sus argumentos? En la cita que hemos reproducido más arriba leemos:

«...rechazar del modo más categórico todo retorno a los métodos de lucha parlamentarios, los cuales han caducado ya histórica y políticamente...»

Esto está dicho en un tono ridículamente presuntuoso y es una falsedad evidente. «Retorno» al parlamentarismo! ¿Existe ya acaso en Alemania una República Soviética? Parece ser que no, ¿Cómo puede hablarse entonces de «retorno»? ¿No es esto una frase vacía?

El parlamentarismo «ha caducado históricamente». Esto es cierto desde el punto de vista de la propaganda. Pero nadie ignora que de ahí a su superación *práctica* hay una distancia inmensa. Hace ya algunas décadas que podía decirse, con entera justicia, que el capitalismo había «caducado históricamente», lo cual no impide, ni mucho menos, que nos veamos precisados a sostener una lucha muy prolongada y muy tenaz *sobre el terreno* del capitalismo. El parlamentarismo «ha caducado históricamente» desde un punto de vista *histórico general*, es decir, *la época* del parlamentarismo burgués ha terminado, *la época* de la dictadura del proletariado *ha empezado*. Esto es indiscutible, pero en el terreno *histórico general* se cuenta por décadas. En este terreno, diez o veinte años más o menos no tienen importancia, desde el punto de vista de la historia universal, son una cantidad despreciable, imposible de apreciar ni aproximadamente. Pero precisamente por eso, partir de ahí para aplicar a una cuestión de política práctica la escala de la historia universal, es de una falsedad teórica escandalosa.

¿«Ha caducado políticamente» el parlamentarismo? Esto es ya otra cuestión. Si fuese cierto, la posición de los «izquierdistas» sería sólida. Pero hay que probarlo por medio de un análisis serio, que los «izquierdistas» ni siquiera saben abordar. El análisis contenido en las «Tesis sobre el parlamentarismo», publicadas en el número 1 del «Boletín de la Oficina Provisional de Amsterdam de la Internacional Comunista» (Bulletin of the Provisional Bureau in Amsterdam of the Communist International», february 1920), y que expresan claramente las tendencias específicamente izquierdistas de los holandeses o las tendencias de izquierda específicamente holandesas, como veremos, no vale tampoco un comino.

En primer lugar, los comunistas de «izquierda» alemanes, como se sabe, ya en enero de 1919 consideraban el parlamentarismo como «políticamente caduco», contra la opinión de dirigentes políticos tan eminentes como Rosa Luxemburgo y Carlos Liebknecht. Como es sabido, los «izquierdistas» se equivocaron. Este hecho basta para destruir de golpe y radicalmente la tesis según la cual el parlamentarismo «ha caducado

de vivir como antes y reclamen cambios; para la revolución es necesario que los explotadores no puedan vivir ni gobernar como antes. Sólo cuando las «*capas bajas*» *no quieren* lo viejo y las «*capas altas*» *no pueden sostenerlo al modo antiguo*, sólo entonces puede triunfar la revolución. En otros términos, esta verdad se expresa del modo siguiente: la revolución es imposible sin una crisis nacional general (que afecte a explotados y explotadores). Por consiguiente, para la revolución hay que lograr, primero, que la mayoría de los obreros (o en todo caso, la mayoría de los obreros conscientes, reflexivos, políticamente activos) comprenda profundamente la necesidad de la revolución y esté dispuesta a sacrificar la vida por ella; en segundo lugar, es preciso que las clases gobernantes atraviesen una crisis gubernamental que arrastre a la política hasta a las masas más atrasadas (el síntoma de toda revolución verdadera es la decuplicación o centuplicación del número de hombres aptos para la lucha política, representantes de la masa trabajadora y oprimida, antes apática), que reduzca a la impotencia al gobierno y haga posible su derrumbamiento rápido por los revolucionarios.

En Inglaterra vemos desarrollarse a ojos vistas, y precisamente el discurso de Lloyd George lo demuestra, los dos factores de una revolución proletaria victoriosa. Y los errores de los comunistas de izquierda son especialmente peligrosos en la actualidad, precisamente porque observamos una actitud poco razonada, poco atenta, poco consciente, poco reflexiva con respecto a cada uno de estos factores, por parte de algunos revolucionarios. Si somos el partido de *la clase* revolucionaria, y no un grupo revolucionario, si queremos arrastrar *a las masas* (sin lo cual corremos el riesgo de no pasar de simples charlatanes), debemos: primero, ayudar a Henderson o a Snowden a vencer a Lloyd Georges y Churchill (más exactamente: ¡debemos obligar a los primeros a vencer a los segundos, pues los primeros *tienen miedo de su propia victoria!*); segundo, ayudar a la mayoría de la clase obrera a convencerse por experiencia propia de la razón que nos asiste, es decir, de la incapacidad completa de los Henderson y Snowden, de su naturaleza pequeñoburguesa y traidora, de la inevitabilidad de su fracaso; y tercero, acercar el momento en que, *sobre la base* del desencanto producido por los Henderson en la mayoría de los obreros, se pueda, con grandes probabilidades de éxito, derribar de un solo golpe el gobierno de los Henderson. Este perderá la cabeza con tanto mayor motivo si incluso Lloyd George, ese político inteligentísimo y solvente, no pequeño, sino gran burgués, la pierde también y se debilita (con toda la burguesía) cada día más, ayer con su «tirantez» con Churchill, hoy con su «tirantez» con Asquith.

Hablaré de un modo más concreto. Los comunistas ingleses deben, a mi juicio, reunir sus cuatro partidos y grupos (todos muy débiles y algunos extraordinariamente débiles) en un partido comunista único, sobre la base de los principios de la III Internacional y la participación *obligatoria* en el parlamento. El Partido Comunista propone a los Henderson y Snowden un «compromiso», una alianza electoral: marchemos juntos contra la coalición de Lloyd George y los conservadores, repartámonos los puestos en el parlamento en proporción al número de votos dados por los trabajadores al Partido Laborista o a los comunistas (no en las elecciones generales, sino en una votación especial), conservemos *la libertad más completa* de agitación, de propaganda, de acción

Dentro de poco, el Partido Laborista será gobierno; la oposición revolucionaria debe estar preparada para emprender el ataque contra él...»

Así, pues, la burguesía liberal renuncia al sistema histórico, consagrado por una experiencia secular y extraordinariamente ventajosa para los explotadores, el sistema de los «dos partidos» (de los explotadores) por considerar necesaria la unión de sus fuerzas con objeto de luchar contra el Partido Laborista. Una parte de los liberales, como ratas de un navío que se va a pique, corren hacia el Partido Laborista. Los comunistas de izquierda consideran inevitable el paso del Poder a manos del Partido Laborista, y reconocen que hoy la mayor parte de los trabajadores está en favor de dicho partido. De todo esto sacan la extraña conclusión que la camarada Sylvia Pankhurst formula del siguiente modo:

«El Partido Comunista no debe contraer compromisos... Ha de conservar su doctrina pura, su independencia inmaculada frente al reformismo; su misión consiste en seguir adelante, sin detenerse ni desviarse de su camino, seguir una línea recta hacia la Revolución Comunista.»

Al contrario, del hecho de que la mayoría de los obreros en Inglaterra siga todavía a los Kerenski o Scheidemann ingleses, de que no haya pasado todavía por la experiencia de un gobierno formado por esos hombres, experiencia que ha sido necesaria tanto en Rusia como en Alemania para que los obreros pasaran en masa al comunismo, se deduce de un modo indudable que los comunistas ingleses *deben* participar en el parlamentarismo, deben desde *el interior* del parlamento ayudar a la masa obrera a ver en la práctica los resultados del gobierno de los Henderson y los Snowden, deben ayudar a los Henderson y a los Snowden a vencer a la coalición de los Lloyd George y Churchill. Proceder de otro modo significa obstaculizar la obra de la revolución, pues si no se produce un cambio en las opiniones de la mayoría de la clase obrera, la revolución es imposible, y ese cambio se consigue a través de la experiencia política de las masas, nunca de la propaganda sola. El lema «¡Adelante sin compromisos, sin apartarse del camino!» es manifiestamente erróneo, si quién habla así es una minoría evidente impotente de obreros que saben (o por lo menos deben saber) que la mayoría, dentro de poco tiempo, en caso de que los Henderson y Snowden triunfen sobre Lloyd George y Churchill, perderá la fe en sus jefes y apoyará al comunismo (o, en todo caso, adoptará una actitud de neutralidad y en la mayoría de los casos de neutralidad favorable con respecto a los comunistas). Es lo mismo que si 10.000 soldados se lanzaran al combate contra 50.000 enemigos en el momento en que es preciso «detenerse», «apartarse del camino» y hasta concertar un «compromiso», aunque no sea más que para esperar la llegada de un refuerzo prometido de 100.000 hombres, que no pueden entrar inmediatamente en acción. Es una puerilidad propia de intelectuales y no una táctica seria de la clase revolucionaria.

La ley fundamental de la revolución, confirmada por todas ellas, y en particular por las tres revoluciones rusas del siglo XX, consiste en lo siguiente: para la revolución no basta con que las masas explotadas y oprimidas tengan conciencia de la imposibilidad

políticamente». Los «izquierdistas» tienen el deber de demostrar por qué ese error indiscutible de entonces ha dejado de serlo hoy. Pero no aportan la menor sombra de prueba, ni pueden aportarla. La actitud de un partido político ante sus errores es una de las pruebas más importantes y más fieles de la seriedad de ese partido y del cumplimiento *efectivo* de sus deberes hacia su *clase* y hacia *las masas* trabajadoras. Reconocer abiertamente los errores, poner al descubierto sus causas, analizar la situación que los ha engendrado y examinar atentamente los medios de corregirlos: esto es lo que caracteriza a un partido serio, en esto es en lo que consiste el cumplimiento de sus deberes, esto es educar e instruir *a la clase* primero y después *a las masas*. Como no ejecutan esa obligación, como no ponen toda la atención, todo el celo y cuidados necesarios para estudiar su error manifiesto, los «izquierdistas» de Alemania (y de Holanda) muestran que no son *el partido de una clase*, sino un círculo, que no son *un partido de las masas*, sino un grupo de intelectuales y un reducido número de obreros que repiten los peores conceptos de las deformaciones intelectuales.

En segundo lugar, en el mismo folleto del grupo «de izquierda» de Francfort, del que hemos dado citas detalladas más arriba, leemos:

«...los millones de obreros que siguen todavía la política del centro» (del Partido Católico del «Centro») «son contrarrevolucionarios. Los proletarios del campo forman las legiones de los ejércitos contrarrevolucionarios» (página 3 del folleto citado).

Como se ve, todo esto está dicho con un énfasis y una exageración excesivos. Pero el hecho fundamental aquí referido es indiscutible, y su reconocimiento por los «izquierdistas» atestigua con particular evidencia su error. En efecto, ¿cómo se puede decir que el «parlamentarismo ha caducado políticamente», si «millones» y «legiones» *de proletarios* son todavía, no sólo partidarios del parlamentarismo en general, sino hasta francamente «contrarrevolucionarios»? Es evidente que el parlamentarismo en Alemania *no* ha caducado *aún* políticamente. Es evidente que los «izquierdistas» de Alemania han tomado *su deseo*, su ideal político por una realidad objetiva. Este es el más peligroso de los errores para los revolucionarios. En Rusia, donde el yugo salvaje y cruel del zarismo engendró, durante un período sumamente prolongado y en formas particularmente variadas, revolucionarios de todos los matices, revolucionarios de una abnegación asombrosa, de entusiasmo, de heroísmo, de fuerza de voluntad, en Rusia, hemos podido observar muy de cerca, estudiar con mucha atención, conocer a la perfección este error de los revolucionarios, y por esto lo apreciamos con especial claridad en los demás. Naturalmente, para los comunistas de Alemania el parlamentarismo «ha caducado políticamente», pero se trata precisamente de *no* creer que lo que ha caducado *para nosotros* haya caducado *para la clase, para la masa*. Una vez más, vemos que los «izquierdistas» no saben razonar, no saben conducirse como partido *de clase*, como partido *de masas*. Vuestro deber consiste en no descender hasta el nivel de las masas, hasta el nivel de los sectores atrasados de la clase. Esto es indiscutible. Tenéis el deber de decirles la amarga verdad, de decirles que sus prejuicios

democráticos burgueses y parlamentarios son eso, prejuicios, pero al mismo tiempo debéis observar *serenamente* el estado *real* de conciencia y de preparación de la clase entera (y no sólo de su vanguardia comunista), de toda la *masa* trabajadora entera (y no sólo de sus individuos avanzados).

Aunque no fuesen «millones» y «legiones», sino una simple *minoría* bastante importante de obreros industriales, la que siguiese a los curas católicos, y de obreros agrícolas la que siguiera a los terratenientes y campesinos ricos (Grossbauern), podría asegurarse ya sin *dudar* que el parlamentarismo en Alemania *no* había caducado *todavía* políticamente, que la participación en las elecciones parlamentarias y la lucha en la tribuna parlamentaria es *obligatoria* para el partido del proletariado revolucionario, *precisamente* para educar a los elementos atrasados *de su clase*, precisamente para despertar e ilustrar a la *masa* aldeana analfabeta, ignorante y embrutecida. Mientras no tengáis fuerza para disolver el parlamento burgués y cualquiera otra institución reaccionaria, estáis *obligados* a trabajar en el interior de dichas instituciones, *precisamente* porque hay todavía en ellas obreros engañados por el clero y el ambiente aldeano. De lo contrario, corréis el riesgo de convertirlos en simples charlatanes.

En tercer lugar, los comunistas de «izquierda» hablan mucho y en tono elogioso de nosotros, los bolcheviques. A veces dan ganas de decirles: alabadnos menos, pero compenetraos más con nuestra táctica, familiarizaos más con ella. Participamos, de septiembre a noviembre de 1917, en las elecciones del parlamento burgués de Rusia, de la Asamblea Constituyente. ¿Era acertada nuestra táctica o no? Si no lo era hay que decirlo claramente y demostrarlo: es indispensable para elaborar la táctica justa del comunismo internacional. Si lo era, deben sacarse de ello las conclusiones que se imponen. Naturalmente, no se trata, ni mucho menos, de equiparar las condiciones de Rusia a las de Europa occidental. Pero especialmente, con respecto al significado de la idea de que el «parlamentarismo ha caducado políticamente», hay que tener cuidadosamente en cuenta nuestra experiencia, pues si no se toma en consideración una experiencia concreta, estas ideas se convierten con excesiva facilidad en frases vacías. ¿Acaso no teníamos nosotros, los bolcheviques rusos, en aquel período de septiembre a noviembre de 1917, más derecho que cualquiera otros comunistas de Occidente a considerar que el parlamentarismo había caducado políticamente en Rusia? Lo teníamos, naturalmente, pues no se trata de si los parlamentarios burgueses llevan mucho tiempo de existencia o existen desde hace poco, sino del grado de *preparación* (ideológica, política, práctica) de las grandes masas trabajadoras para aceptar el régimen soviético y disolver o admitir la disolución del parlamento democrático-burgués. Se trata de que en Rusia, de septiembre a noviembre de 1917, la clase obrera de las ciudades, los soldados y los campesinos estaban, en virtud de una serie de condiciones específicas, excepcionalmente dispuestos a aceptar el régimen soviético y a disolver el parlamento burgués más democrático; es un hecho histórico absolutamente indiscutible y plenamente demostrado. Y no obstante, los bolcheviques no boicotearon la Asamblea Constituyente, sino que participaron en las elecciones tanto antes como *después* de la conquista del Poder político por el proletariado. Que dichas elecciones hayan dado resultados políticos

El primer ministro: Tengo una opinión completamente distinta. El hecho de que los liberales luchen entre si empuja indudablemente a un buen número de los mismos, impulsados por la desesperación, hacia las filas del Partido Laborista, donde hay ya un número considerable de liberales muy capaces que se ocupan actualmente de desacreditar al Gobierno. El resultado, evidentemente, es un movimiento importante de la opinión pública en favor del Partido Laborista. La opinión pública se inclina, no a los liberales que están fuera del Partido Laborista, sino a éste, como lo muestran las elecciones parciales.»

Digamos de paso que estos razonamientos prueban sobre todo hasta qué punto están desorientados y no pueden dejar de cometer irreparables desatinos los hombres más inteligentes de la burguesía. Esto es lo que la hará perecer. Los nuestros pueden incluso cometer necedades (es verdad, a condición de que no sean muy considerables y sean reparadas a tiempo) y, sin embargo, acabarán por triunfar.

El segundo documento político son las siguientes consideraciones de la comunista «de izquierda» camarada Sylvia Pankhurst:

«...El camarada Inkpin (secretario del Partido Socialista Británico) llama al Partido Laborista «La organización principal del movimiento de la clase obrera». Otro camarada del Partido Socialista Británico ha expresado todavía con más relieve este punto de vista, en la Conferencia de la III internacional: «Consideramos al Partido Laborista -ha dicho- como la clase obrera organizada».

No compartimos esta opinión sobre el Partido Laborista. Este es muy importante numéricamente, aunque sus miembros son considerablemente inertes y apáticos; se trata de obreros y obreras que han entrado en las Tradeuniones porque sus compañeros de taller son tradeunionistas y porque desean recibir subsidios.

Pero reconocemos que la importancia numérica del Partido Laborista obedece también al hecho de que éste representa una manera de pensar cuyos límites aún no ha sobrepasado la mayoría de la clase obrera británica, aunque se preparan grandes cambios en el espíritu del pueblo que modificarán muy pronto semejante situación...»

«...El Partido Laborista Británico, como las organizaciones socialpatriotas de los demás países, llegará inevitablemente al Poder por el curso natural del desenvolvimiento social. El deber de los comunistas consiste en organizar las fuerzas que derribarán a los socialpatriotas, y en nuestro país no debemos retardar esta acción ni vacilar.

No debemos gastar nuestra energía en aumentar las fuerzas del Partido Laborista; su advenimiento al Poder es inevitable. Debemos concentrar nuestras fuerzas en la creación de un movimiento comunista que venza a ese partido.

razonamientos de una comunista «de izquierda», la camarada Sylvia Pankhurst, en el artículo más arriba citado.

Lloyd George polemiza en su discurso con Asquith (que había sido invitado especialmente a la reunión, pero que se negó a asistir) y con los liberales que quieren una aproximación al Partido Laborista y no la coalición con los conservadores. (En la carta a la redacción del camarada Gallacher hemos visto ya citar el hecho de la entrada de algunos liberales en el Partido Obrero Independiente.) Lloyd George demuestra que es necesaria una coalición de los liberales con los conservadores e incluso una coalición *estrecha*, pues de otro modo podría alcanzar la victoria el Partido Laborista, que Lloyd George prefiere llamar «socialista» y que aspira a «la propiedad colectiva» de los medios de producción. «En Francia esto se llamaba comunismo -explicaba el jefe de la burguesía inglesa a sus auditores, miembros del Partido Liberal parlamentario que, seguramente, hasta entonces lo ignoraban-, en Alemania esto se llamaba socialismo; en Rusia esto se llama bolchevismo.» Para los liberales esto es inadmisibles en principio -explicaba Lloyd George-, pues los liberales son por principio defensores de la propiedad privada. «La civilización está en peligro» -declaraba el orador-, y por eso liberales y conservadores deben unirse...

«...Si fuerais a los distritos agrícolas -decía Lloyd George- veríais, lo reconozco, conservadas como antes las antiguas divisiones de partido; allí está lejos el peligro, allí no existe el peligro. Pero en lo que se refiere a las aldeas, el peligro será pronto tan grande como lo es hoy en algunas regiones industriales. Las cuatro quintas partes de nuestro país se ocupan en la industria y el comercio; sólo una quinta parte escasa vive de la agricultura. He aquí una de las circunstancias que tengo siempre presente cuando reflexiono en los peligros con que nos amenaza el porvenir. En Francia, la población es agrícola y constituye por eso una base sólida de determinados puntos de vista, base que no cambia tan rápidamente y que no es sencillo remover por el movimiento revolucionario. En nuestro país, la cosa es muy distinta. Nuestro país es más fácil de transformar que ningún otro en el mundo, y si empieza a vacilar, la catástrofe será aquí, en virtud de las razones indicadas, más fuerte que en los demás países.»

El lector puede apreciar por estas citas que Lloyd George, no sólo es un hombre muy inteligente, sino que además ha aprendido mucho de los marxistas. Tampoco nosotros haríamos mal en aprender de Lloyd George.

Es también interesante hacer notar el siguiente episodio de la discusión, que tuvo lugar después del discurso de Lloyd George:

«G. Wallace: Quisiera preguntar cómo considera el primer ministro los resultados de su política en los distritos industriales, por lo que se refiere a los obreros industriales, muchos de los cuales son actualmente liberales y nos prestan un apoyo tan grande. ¿No se puede prever un resultado que provoque un aumento enorme de fuerza del Partido Laborista por parte de estos mismos obreros que nos apoyan hoy sinceramente?»

extraordinariamente valiosos (y excepcionalmente útiles para el proletariado) es un hecho que creo haber demostrado en el artículo citado más arriba, donde analizo detalladamente los resultados de las elecciones a la Asamblea Constituyente de Rusia.

La conclusión que de ello se deriva es absolutamente indiscutible; está probado que, aún unas semanas antes del triunfo de la República Soviética, aún *después* de este triunfo, la participación en un parlamento democrático-burgués, no sólo no perjudica al proletariado revolucionario, sino que le facilita la posibilidad de *hacer ver* a las masas atrasadas por qué semejantes parlamentos merecen ser disueltos, *facilita* el éxito de su disolución, *facilita* la «eliminación política» del parlamentarismo burgués. No tener en cuenta esta experiencia y pretender al mismo tiempo pertenecer a la *Internacional Comunista* que debe elaborar *internacionalmente* su táctica (no una táctica estrecha o exclusivamente nacional, sino precisamente una táctica internacional), significa incurrir en el más profundo de los errores y precisamente apartarse de hecho del internacionalismo, aunque éste sea proclamado de palabra.

Consideremos ahora los argumentos «izquierdistas específicamente holandeses» en favor de la participación en los parlamentos. He aquí la tesis 4, una de las más importantes tesis «holandesas» citadas más arriba traducidas del inglés:

«Cuando el sistema capitalista de producción es destrozado y la sociedad atraviesa un periodo revolucionario, la acción parlamentaria pierde poco a poco su valor, en comparación con la acción de las propias masas. Cuando en estas condiciones el parlamento se convierte en el centro y el órgano de la contrarrevolución, y, por otra parte, la clase obrera crea los instrumentos de su poder en forma de Soviets, puede resultar incluso necesario renunciar a toda participación en la acción parlamentaria.»

La primera frase es evidentemente falsa, pues la acción de las masas, por ejemplo, una gran huelga, es siempre más importante que la acción parlamentaria, no sólo durante la revolución o en una situación revolucionaria. Este argumento de indudable inconsistencia histórica y políticamente falso, muestra sólo con particular evidencia que los autores no tienen para nada en cuenta ni la experiencia de toda Europa (de Francia en vísperas de las revoluciones de 1848 y 1870, de Alemania entre 1878 y 1890, etc.), ni de Rusia (véase más arriba) sobre la importancia de la *combinación* de la lucha legal con la ilegal. Esta cuestión tiene una importancia inmensa, tanto de un modo general como de un modo especial, porque en *todos* los países civilizados y adelantados se acerca a grandes pasos la época en que dicha combinación será -y lo ha sido ya en parte- cada vez más obligatoria para el partido del proletariado revolucionario, a consecuencia de la maduración y de la proximidad de la guerra civil del proletariado con la burguesía, a consecuencia de las feroces persecuciones de los comunistas por los gobiernos republicanos y, en general, por los gobiernos burgueses, que violan constantemente la legalidad (como ejemplo de ello basta citar a los Estados Unidos), etc. Esta cuestión esencial es absolutamente incomprendida por los holandeses y los izquierdistas en general.

La segunda frase es, en primer término, falsa históricamente. Los bolcheviques hemos actuado en los parlamentos más contrarrevolucionarios, y la experiencia ha demostrado que semejante participación ha sido, no sólo útil, sino necesaria para el partido del proletariado revolucionario, precisamente después de la primera revolución burguesa en Rusia (1905), para preparar la segunda revolución burguesa (febrero 1917) y luego la revolución socialista (octubre de 1917). En segundo lugar, dicha frase es de un ilogismo sorprendente. De que el parlamento se convierta en el órgano y «centro» (aunque, dicho sea de paso, no ha sido nunca ni a podido ser en realidad el «centro») de la contrarrevolución y de que los obreros creen los instrumentos de su Poder en forma de Soviets, se sigue que los trabajadores deben prepararse ideológica, política y técnicamente para la lucha de los Soviets contra el parlamento, para la disolución del parlamento por los Soviets. Pero de esto no se deduce en modo alguno que semejante disolución sea obstaculizada o no sea facilitada por la presencia de una oposición soviética *en el interior* de un parlamento contrarrevolucionario. Jamás hemos notado durante nuestra lucha victoriosa contra Denikin y Kolchak que la existencia de una oposición proletaria, soviética, en sus dominios, haya sido indiferente para nuestros triunfos. Sabemos perfectamente que la disolución de la Constituyente, llevada a cabo por nosotros el 5 de enero de 1918, lejos de ser dificultada, fue facilitada por la presencia dentro de la Constituyente contrarrevolucionaria que disolvíamos, tanto de una oposición bolchevique consecuente, como también de una posición soviética inconsecuente de los socialrevolucionarios de izquierda. Los autores de la tesis se han embrollado completamente y han olvidado la experiencia de una serie de revoluciones, si no de todas, experiencia que acredita los servicios especiales prestados, en tiempo de revolución, por la combinación de la acción de masas fuera del parlamento reaccionario y de una oposición simpatizante de la revolución (o mejor aún, que la defienden francamente) dentro del parlamento. Los holandeses y los «izquierdistas», en general, razonan aquí como unos doctrinarios de la revolución que nunca han tomado parte en una revolución verdadera, o que jamás han reflexionado sobre la historia de las revoluciones o que toman ingenuamente la «negación» subjetiva de una conocida institución reaccionaria, por su destrucción efectiva mediante el conjunto de fuerzas de una serie de factores objetivos.

El medio más seguro de desacreditar una nueva idea política (y no solamente política) y perjudicarla, consiste en llevarla hasta el absurdo, so pretexto de defenderla. Pues toda verdad, si se la obliga a «sobrepasar los límites» (como decía Dietzgen padre), si se exagera, si se extiende más allá de los límites dentro de los cuales es realmente aplicable, puede ser llevada al absurdo, y, en condiciones determinadas, ella misma se convierte infaliblemente en absurdo. Tal es el mal servicio que prestan los izquierdistas de Holanda y Alemania, a la nueva verdad de la superioridad del Poder Soviético sobre los parlamentos democrático-burgueses. Indudablemente, quien de un modo general siguiera sosteniendo la vieja afirmación de que abstenerse de participar en los parlamentos burgueses es inadmisibles en todas las circunstancias, estaría en un error. No puedo intentar formular aquí las condiciones en que es útil el boicot, porque el objeto de este

los hombres más fieles a la causa revolucionaria son susceptibles de perjudicarla. La carta a la redacción del camarada Gallacher muestra, en germen, de un modo indudable, todos los errores que comenten los comunistas «de izquierda» alemanes y en que incurrieron los bolcheviques «de izquierda rusos en 1908 y 1918.

El autor de la carta está imbuido del más generoso odio proletario contra los «políticos de clase» de la burguesía (odio comprensible y simpático, por otra parte, no sólo a los proletarios, sino también a todos los trabajadores, a todas las «pequeñas gentes», para emplear la expresión alemana). Este odio de un representante de las masas oprimidas y explotadas es, a decir verdad, el «principio de toda sabiduría», la base de todo movimiento socialista y comunista y de su éxito. Pero el autor no tiene en cuenta, por lo visto, que la política es una ciencia y un arte que no desciende del cielo de repente que no se obtiene gratis, y que si el proletariado quiere vencer a la burguesía, debe formar sus «políticos de clase», proletarios, que no sean inferiores a los políticos burgueses.

El autor ha comprendido admirablemente que no es el parlamento, sino sólo los Soviets obreros, los que pueden proporcionar al proletariado el instrumento necesario para conseguir sus objetivos, y, naturalmente, el que hasta ahora no haya comprendido esto, es el peor de los reaccionarios, aunque sea el hombre más ilustrado, el más experimentado político, el socialista más sincero, el marxista más erudito, el ciudadano y padre de familia más honrado. Pero hay una cuestión que el autor no plantea, que ni siquiera considera necesario plantear: la de si se puede conducir a los Soviets a la victoria sobre el parlamento sin hacer que los políticos «soviéticos» *entren en este último*, sin descomponer el parlamento desde *dentro*, sin preparar en el interior del parlamento el éxito de los Soviets en el cumplimiento de la tarea que ante ellos se plantea de acabar con el parlamento. Sin embargo, el autor expresa una idea absolutamente exacta al decir que el Partido Comunista inglés debe actuar sobre bases *científicas*. La ciencia exige, en primer lugar, que se tenga en cuenta la experiencia de los demás países, sobre todo si estos países, también capitalistas, pasan o han pasado recientemente por una experiencia análoga; en segundo término, exige que se tengan en cuenta todas las fuerzas, los grupos, los partidos, clases, masas que actúan en el interior de dichos países, en vez de determinar la política únicamente conforme a los deseos y opiniones, el grado de conciencia y preparación para la lucha de un solo grupo o de un solo partido.

Que los Henderson, Clynes, MacDonald, Snowden son unos reaccionarios incurables, es cierto. Y no lo es menos que quieren tomar el Poder en sus manos (prefiriendo, dicho sea de paso, la coalición con la burguesía), que quieren «gobernar» con las reglas burguesas del buen tiempo viejo y que, una vez en el Poder, se conducirán inevitablemente como Scheidemann y Noske. Todo ello es verdad, pero de esto no se deduce, ni mucho menos, que apoyarles equivalga a traicionar la revolución, sino que, en interés de ésta, los revolucionarios de la clase obrera deben conceder a estos señores un cierto apoyo parlamentario. Para aclarar esta idea tomaré dos documentos políticos ingleses de actualidad: 1) el discurso del primer ministro, Lloyd George, del 18 de marzo de 1920 (según el texto del «The Manchester Guardian» del 19 del mismo mes), y 2) los

Pero semejante situación no puede prolongarse mucho. Nosotros triunfamos en toda la línea.

Los miembros de filas del Partido Obrero Independiente de Escocia sienten una repugnancia cada vez mayor por la idea del parlamento, y casi todos los grupos locales son partidarios de los Soviets (en la transcripción inglesa se emplea el término ruso) o Consejos obreros. Indudablemente esto tiene una importancia enorme para los señores que consideran la política como un medio de vida (como una profesión) y ponen en juego todos los procedimientos para persuadir a sus miembros de que vuelvan al seno del parlamentarismo. Los camaradas revolucionarios *deben* (lo subrayado es en todas partes del autor) sostener a esta banda. Nuestra lucha será en este sentido muy difícil. Uno de sus rasgos peores consistirá en la traición de aquellos para quienes el interés personal es un motivo de más fuerza que su interés por la revolución. Defender el parlamentarismo, de cualquier manera que sea, equivale a preparar la caída del Poder en manos de nuestros Scheidemann y Noske británicos. Henderson, Clynes y compañía son unos reaccionarios incurables. El Partido Obrero Independiente oficial cae, cada vez más, bajo el dominio de los liberales burgueses, que han hallado un refugio espiritual en el campo de los señores MacDonald, Snowden y compañía. El Partido Obrero Independiente oficial es violentamente hostil a la III Internacional, pero la masa es partidaria de ella. Sostener, sea como sea, a los parlamentarios oportunistas, significa simplemente hacer el juego a esos señores. En este sentido el Partido Socialista Británico no significa nada... Lo que se necesita es una buena organización revolucionaria industrial y un Partido Comunista que actúe sobre bases claras, bien definidas, científicas. Si nuestros camaradas pueden ayudarnos a crear una y otro, aceptaremos gustosos su concurso; si no pueden, por Dios, que no se mezclen en ello, si no quieren traicionar la revolución sosteniendo a los reaccionarios que con tanto celo tratan de adquirir el título de «honorable» (?) (La interrogación es del autor) parlamentario y que arden en deseos de demostrar que son *capaces de gobernar* tan bien como los mismos «amos», los políticos de clase.»

Esta carta a la redacción expresa admirablemente, en mi opinión, el estado de espíritu y el punto de vista de los comunistas jóvenes o de los obreros ligados a las masas que acaban de llegar al comunismo. Este estado de espíritu es altamente consolador y valioso; es preciso saber apreciarlo y sostenerlo, porque sin él habría que desesperar de la victoria de la revolución proletaria en Inglaterra o en cualquier otro país. Hay que conservar cuidadosamente y ayudar con toda clase de solicitud a los hombres que saben reflejar ese estado de espíritu de las masas y suscitarlo (pues muy a menudo yace oculto, inconsciente, sin despertarse). Pero, al mismo tiempo, es menester decirles clara y sinceramente que ese espíritu *por sí sólo* es insuficiente para dirigir a las masas en la gran lucha revolucionaria, y que algunos errores en que pueden incurrir o en que incurren

artículo es más modesto: se reduce sólo a sacar provecho de la experiencia rusa, para la solución de algunas arduas cuestiones de táctica comunista internacional. La experiencia rusa nos da una aplicación feliz y acertada (1905), otra equivocada (1906) del boicót por los bolcheviques. Analizando el primer caso vemos: los bolcheviques consiguieron *impedir la convocatoria* del parlamento reaccionario por el Poder reaccionario en un momento en que la acción revolucionaria extraparlamentaria de las masas (particularmente las huelgas) crecía con excepcional rapidez, en que no había ni un solo sector del proletariado y de la clase campesina que pudiera sostener de ningún modo el Poder reaccionario, en que la influencia del proletariado revolucionario sobre la masa atrasada estaba asegurada por la lucha huelguística y el movimiento agrario. Es de una evidencia completa que *esta* experiencia es inaplicable a las condiciones actuales europeas. Y es también evidente -en virtud de los argumentos expuestos más arriba- que la defensa, aunque condicional, de la renuncia a participar en los parlamentos, hecha por los holandeses y los «izquierdistas», es radicalmente falsa y nociva para la causa del proletariado revolucionario.

En Europa occidental y América, el parlamento se ha hecho extraordinariamente odioso a la vanguardia revolucionaria de la clase obrera. Es indiscutible. Y se comprende perfectamente, pues es difícil imaginarse algo más vil, más abyecto, más traidor que la conducta de la inmensa mayoría de los diputados socialistas y socialdemócratas en el parlamento durante la guerra y después de la misma. Pero sería no sólo irrazonable, sino francamente criminal, dejarse llevar por estos sentimientos al decidir la cuestión de *cómo* se debe luchar contra el mal universalmente reconocido. En muchos países de Occidente el sentimiento revolucionario puede decirse que es todavía una «novedad», una «rareza» esperada demasiado tiempo, en vano, con impaciencia, y por esto se deja con tanta facilidad que este sentimiento predomine. Naturalmente, sin un estado de espíritu revolucionario de las masas, sin condiciones favorables para el desarrollo de dicho estado de espíritu, la táctica revolucionaria no se trocará en acción; pero a nosotros, en Rusia, una larga, dura y sangrienta experiencia nos ha convencido de que con el sentimiento revolucionario sólo, es imposible crear una táctica revolucionaria.

La táctica debe ser elaborada teniendo en cuenta, serenamente, y de un modo estrictamente objetivo, *todas* las fuerzas de clase del Estado de que se trate (y de los Estados que le rodean y de todos los Estados en escala mundial), así como la experiencia de los movimientos revolucionarios. Manifiestar el «espíritu revolucionario» sólo con injurias al oportunismo parlamentario, únicamente condenando la participación en los parlamentos, resulta facilísimo; pero precisamente porque es facilísimo, no es la solución de un problema difícil, de un problema difícilísimo. Es mucho más difícil en los parlamentos occidentales que en Rusia crear una fracción parlamentaria verdaderamente revolucionaria. Desde luego. Pero esto no es sino un reflejo parcial de la verdad general de que a Rusia, en la situación histórica concreta, extraordinariamente original del año 1917, le fue fácil *comenzar* la revolución socialista; en cambio, *continuarla* y llevarla a término, le será a Rusia más difícil que a los países europeos. Ya a comienzos de 1918, hube de indicar esta circunstancia, y la experiencia de los dos años transcurridos

desde entonces ha venido a confirmar la exactitud de aquella indicación. Condiciones específicas como fueron: 1º la posibilidad de hacer coincidir la revolución soviética con la terminación, gracias a ella, de la guerra imperialista, que había extenuado hasta lo indecible a los obreros y campesinos; 2º la posibilidad de aprovechar durante cierto tiempo la lucha a muerte en que estaban enzarzados los dos grupos mundiales más poderosos de tiburones imperialistas, grupos que no podían unirse contra el enemigo soviético; 3º la posibilidad de soportar una guerra civil relativamente larga, en parte por la gigantesca extensión del país y sus exiguos medios de comunicación; 4º la existencia de un movimiento revolucionario democrático-burgués de los campesinos, tan profundo, que el Partido del proletariado hizo suyas las reivindicaciones revolucionarias del partido de los campesinos (del Partido socialrevolucionario, profundamente hostil, en su mayoría, al bolchevismo), realizándolas inmediatamente, gracias a la conquista del Poder político por el proletariado; condiciones específicas como éstas no existen ahora en la Europa occidental, y la repetición de estas condiciones o de condiciones análogas no es muy fácil. He aquí por qué, entre otras cosas -pasando por alto una serie de otros motivos-, le es más difícil a la Europa occidental que a nosotros *comenzar* la revolución socialista. Tratar de «esquivar» esta dificultad, «saltando» por encima del arduo problema de utilizar los parlamentos reaccionarios para fines revolucionarios, es puro infantilismo. ¿Queréis crear una sociedad nueva? ¡Y teméis la dificultad de crear una buena fracción parlamentaria de comunistas convencidos, abnegados, heroicos, en un parlamento reaccionario! ¿Acaso no es esto infantilismo? Si C. Liebknecht en Alemania y Z. Hoglund en Suecia han sabido, hasta sin el apoyo de la masa desde abajo, dar un ejemplo de la utilización realmente revolucionaria de los parlamentos reaccionarios, ¿cómo un partido revolucionario de masas, que crece rápidamente con las desilusiones y la irritación de estas últimas, características de la postguerra, no habría de tener fuerzas para *forjar* una fracción comunista en los peores parlamentos?! Precisamente porque las masas atrasadas de obreros, y más aún las de pequeños agricultores, están más imbuidas en Europa occidental que en Rusia de prejuicios democrático-burgueses y parlamentarios, precisamente por esto *únicamente* en el seno de instituciones como los parlamentos burgueses, pueden (y deben) los comunistas sostener la lucha prolongada, tenaz, sin retroceder ante ninguna dificultad para denunciar, desvanecer y superar dichos prejuicios.

Los comunistas «de izquierda» de Alemania se quejan de los malos «jefes» de su partido y caen en la desesperación, llegando hasta incurrir en la ridiculez de «negar» a los «jefes». Pero en circunstancias que obligan a menudo a mantener a estos últimos en el secreto de la clandestinidad, la *formación* de «jefes» buenos, seguros, probados, con autoridad, es particularmente difícil, y triunfar de semejantes dificultades *es imposible* sin la combinación del trabajo legal con el ilegal, sin hacer pasar a los «jefes», *entre otras pruebas, también* por la del parlamento. La crítica -la más violenta, más implacable, más intransigente- debe dirigirse no contra el parlamentarismo o la acción parlamentaria, sino contra los jefes que no saben, y aún más contra los que *no quieren*, utilizar las elecciones y la tribuna parlamentaria como un arma revolucionaria y comunista. Sólo esta crítica -unida, naturalmente, a la expulsión de los jefes incapaces

IX. El comunismo «de izquierda» en Inglaterra

En Inglaterra no existe todavía Partido Comunista, pero entre los obreros se advierte un movimiento comunista joven, pero extenso, poderoso, que crece rápidamente y autoriza las más radiantes esperanzas. Hay algunos partidos y organizaciones políticas («Partido Socialista Británico», «Partido Socialista Obrero», «Sociedad Socialista del Sur de Gales», «Federación Socialista Obrera») que desean crear el Partido Comunista y llevan ya a cabo negociaciones entre sí con este objeto. En el periódico «El Dreadnought de los obreros» (t VI, núm. 48 del 21-11-1920), órgano semanal de la última de las organizaciones mencionadas, dirigido por la camarada Sylvia Pankhurst, aparece un artículo de esta última titulado: «Hacia el Partido Comunista». Se expone en él la marcha de las negociaciones entre las cuatro organizaciones citadas para la formación de un Partido Comunista unificado sobre la base de la adhesión a la III Internacional, el reconocimiento del sistema soviético en vez del parlamentarismo y el reconocimiento de la dictadura del proletariado. Resulta que uno de los principales obstáculos para la formación inmediata de un Partido Comunista único es la falta de unanimidad sobre la cuestión de la participación en el parlamento y de la adhesión del nuevo Partido Comunista al viejo «Partido Laborista» oportunista, social-chovinista, profesionalista y compuesto predominantemente por Tradeuniones. La «Federación Socialista Obrera» y el «Partido Obrero Socialista»^[9] se pronuncian contra la participación en las elecciones y en el parlamento, contra la adhesión al «Partido Laborista», y sobre este punto están en desacuerdo con todos o la mayoría de los miembros del Partido Socialista Británico, que constituye a sus ojos «la derecha de los Partidos Comunistas» en Inglaterra (pág. 5 del mencionado artículo de Sylvia Pankhurst).

La división fundamental, pues, es la misma que en Alemania, a pesar de las enormes diferencias de forma en que se manifiesta la divergencia (en Alemania esta forma es mucho más parecida «a la rusa» que en Inglaterra) y de otras muchas circunstancias. Examinemos los argumentos de los «izquierdistas».

Sobre la cuestión de la participación en el parlamento, la camarada Sylvia Pankhurst alude a una carta a la redacción, del camarada W. Gallachen, que escribe en nombre del «Soviet Obrero de Escocia», de Glasgow, publicada en el mismo número:

«Este Soviet -dice dicho camarada- es firmemente antiparlamentario y se halla sostenido por el ala izquierda de varias organizaciones políticas. Representamos el movimiento revolucionario en Escocia, que aspira a crear una organización revolucionaria en las industrias (en las diversas ramas de la producción) y un Partido Comunista, apoyado en Comités sociales en todo el país. Durante mucho tiempo hemos discutido con los parlamentarios oficiales. No hemos juzgado necesario declararles abiertamente la guerra, y ellos *temen* iniciar el ataque contra nosotros.

y los kautskianos han cometido una serie de traiciones que han dificultado (y en parte han impedido directamente) la alianza con la Rusia Soviética, con la Hungría Soviética. Nosotros, los comunistas, procuraremos por todos los medios *facilitar y preparar* esa alianza, y, en cuanto a la paz de Versalles, no estamos obligados a rechazarla a toda costa y además de un modo inmediato. La posibilidad de rechazarla eficazmente depende no sólo de los éxitos del movimiento soviético en Alemania, sino también de sus éxitos internacionales. Este movimiento ha sido obstaculizado por los Scheidemann y los Kautsky; nosotros lo favorecemos. Ved dónde está el fondo de la cuestión, en qué consiste la diferencia radical. Y si nuestros enemigos de clase, los explotadores y sus lacayos, los Scheidemann y los kautskianos han dejado escapar una serie de ocasiones propicias para fortalecer el movimiento soviético alemán e internacional, a la vez que la revolución soviética alemana e internacional, la culpa es de ellos. La revolución soviética en Alemania reforzará el movimiento soviético internacional, que es el reducto más fuerte (y el único seguro e invencible de una potencia universal) contra el Tratado de Versalles, contra el imperialismo internacional en general. Poner obligatoriamente, a toda costa, enseguida, en el primer plano, la liberación del Tratado de Versalles *antes que la cuestión* de la liberación del yugo imperialista de los demás países oprimidos por el imperialismo, es una manifestación de nacionalismo pequeñoburgués (digno de los Kautsky, Hilferding, Otto Bauer y compañía), pero no de internacionalismo revolucionario. El derrumbamiento de la burguesía en cualquiera de los grandes países europeos, Alemania inclusive, es un acontecimiento tan favorable para la revolución internacional, que, para que esto ocurra, se puede y se debe *dejar vivir por algún tiempo más el Tratado de Versalles*, si es necesario. Si Rusia por sí sola ha podido resistir durante algunos meses con provecho para la revolución el Tratado de Brest, no es ningún imposible el que la Alemania Soviética, aliada de la Rusia Soviética, pueda soportar más tiempo, con provecho para la revolución, el Tratado de Versalles.

Los imperialistas de Francia, Inglaterra, etc., quieren provocar a los comunistas alemanes, tendiéndoles este lazo: «decid que no firmaréis el Tratado de Versalles». Y los comunistas «de izquierda» se dejan coger como niños en el lazo que les han tendido, en vez de maniobrar con destreza contra un enemigo pérfido y *en el momento actual* más fuerte, en vez de decirle: «ahora firmaremos el Tratado de Versalles». Atarnos de antemano las manos, declarar francamente al enemigo, actualmente mejor armado que nosotros, sí vamos a luchar con él y en qué momento, es una tontería y no tiene nada de revolucionario. Aceptar el combate a sabiendas de que ofrece ventaja al enemigo y no a nosotros, es un crimen, y no sirven para nada los políticos de la clase revolucionaria que no saben «maniobrar», que no saben proceder «por acuerdos y compromisos» con el fin de evitar un combate que es desfavorable de antemano.

y a su sustitución por otros más capaces- constituirá un trabajo revolucionario útil y fecundo que educará a la vez a los «jefes» para que sean dignos de la clase obrera y de las masas trabajadoras, y a las masas para que aprendan a orientarse como es debido en la situación política y a comprender los problemas, a menudo sumamente complejos y embrollados, que resultan de semejante situación^[7].

VIII. ¿Ningún compromiso?

Hemos visto en la cita del folleto de Francfort el tono decidido con que los «izquierdistas» plantean esta consigna. Es triste ver cómo gentes que evidentemente se consideran como marxistas y quieren serlo, han olvidado las verdades fundamentales del marxismo. He aquí lo que en 1874 decía Engels, que, como Marx, pertenece a esa rarísima categoría de escritores cada una de cuyas frases de cada uno de sus grandes trabajos tiene una asombrosa profundidad de contenido, contra el Manifiesto de los 33 comuneros blanquistas:

«...Somos comunistas» (decían en su manifiesto los comuneros blanquistas) «porque queremos alcanzar nuestro fin, sin detenernos en etapas intermedias y sin compromisos que no hacen más que alejar el día de la victoria y prolongar el período de esclavitud.»

«Los comunistas alemanes son comunistas porque, a través de todas las etapas intermedias y de todos los compromisos creados no por ellos, sino por la marcha de la evolución histórica, ven claramente y persiguen constantemente su objetivo final: la destrucción de las clases y la creación de un régimen social en el cual no habrá sitio para la propiedad privada de la tierra y de todos los medios de producción. Los 33 blanquistas son comunistas porque se figuran que, por el solo hecho de que *ellos* quieren saltar las etapas intermedias y los compromisos, la cosa ya está hecha, y que si -cosa que ellos creen firmemente- «se arma» uno de estos días y el Poder cae en sus manos, el «comunismo estará implantado» al día siguiente. Por consiguiente, si no pueden hacer esto inmediatamente, no son comunistas.»

«¡Qué ingenua puerilidad la de presentar la propia impaciencia como argumento teórico!» (F. Engels, «Programa de los comuneros blanquistas», en el periódico socialdemócrata alemán «Volksstaat» 1874, núm. 73.)

Engels expresa, en ese mismo artículo, su profundo respeto por Vaillant, habla de los «méritos indiscutibles» de este último (que fue, como Guesde, uno de los jefes más eminentes del socialismo internacional, antes de su traición al socialismo en agosto de 1914). Pero Engels no deja de analizar minuciosamente su manifiesto error. Naturalmente, los revolucionarios muy jóvenes e inexperimentados, así como los revolucionarios pequeñoburgueses aún de edad ya proveya y muy experimentados,

consideran extraordinariamente «peligroso», incomprensible, erróneo, el «autorizar los compromisos». Y muchos sofistas (que son politicastros ultra o excesivamente «experimentados») razonan del mismo modo que los jefes del oportunismo inglés mencionados por el camarada Lansbury: «Si los bolcheviques se permiten tal o cual compromiso, ¿por qué no hemos de permitirnoslos nosotros?» Pero los proletarios educados por huelgas múltiples (para no considerar más que esta manifestación de la lucha de clases) se asimilan normalmente de un modo admirable la profundísima verdad (filosófica, histórica, política, psicológica) enunciada por Engels. Todo proletario ha visto huelgas, ha visto «compromisos» con los opresores y explotadores odiados, después de los cuales los obreros tenían que volver al trabajo sin haber obtenido nada o contentándose con una satisfacción parcial de sus demandas. Todo proletario, gracias al ambiente de lucha de masas general y de exasperación aguda de los antagonismos de clase en que vive, observa la diferencia que hay entre un compromiso impuesto por condiciones objetivas (los huelguistas no tienen dinero en su caja, ni cuentan con apoyo alguno, padecen hambre, están agotados hasta lo último) -compromiso que en nada disminuye la abnegación revolucionaria ni el ardor para continuar la lucha de los obreros que lo han contraído- y por otro lado un compromiso de traidores que achacan a causas objetivas su bajo egoísmo (¡los rompeshuelgas también contraen «compromisos»!), su cobardía, su deseo de servir a los capitalistas, su falta de firmeza ante las amenazas, a veces ante las exhortaciones, algunos ante las limosnas o los halagos de los capitalistas (estos compromisos de traidores son numerosísimos, particularmente en la historia del movimiento obrero inglés por parte de los jefes de las Tradeuniones, pero, en una u otra forma, casi todos los obreros de todos los países han podido observar fenómenos análogos).

Evidentemente, se dan casos aislados extraordinariamente difíciles y complejos, en que sólo mediante los más grandes esfuerzos cabe determinar exactamente el verdadero carácter de tal o cual «compromiso», del mismo modo que hay casos de homicidio en que no es fácil decidir si éste era absolutamente justo, e incluso obligatorio (como, por ejemplo, en caso de legítima defensa), o bien efecto de un descuido imperdonable o acaso el resultado de un plan perverso. Es indudable que en política, donde se trata a veces de relaciones nacionales e internacionales muy complejas entre las clases y los partidos, se hallarán numerosos casos mucho más difíciles que la cuestión de saber si un «compromiso» contraído con ocasión de una huelga es legítimo, o si es más bien la obra traidora de un rompeshuelgas, de un jefe traidor, etc. Preparar una receta o una regla general (¡«ningún compromiso»!) para todos los casos, es absurdo. Es preciso contar con la propia cabeza para saber situarse en cada caso particular. La importancia de poseer una organización de partido y jefes dignos de este nombre consiste precisamente, entre otras cosas, en llegar por medio de un trabajo prolongado, tenaz, múltiple y variado, de todos los representantes de la clase capaces de pensar^[8] a elaborar los conocimientos necesarios, la experiencia necesaria y, además de los conocimientos y la experiencia, el sentido político preciso para resolver pronto y bien las cuestiones políticas complejas.

proletariado. Es preciso anotar, entre otras cosas, que la victoria de los bolcheviques sobre los mencheviques exigió, no sólo antes de la Revolución de Octubre de 1917, sino aún después de ella, la aplicación de una táctica de maniobras, de acuerdos, de compromisos, aunque de tal naturaleza, claro es, que facilitaban y apresuraban la victoria de los bolcheviques, los consolidaba y fortalecía a costa de los mencheviques. Los demócratas pequeñoburgueses (los mencheviques inclusive) oscilan inevitablemente entre la burguesía y el proletariado, entre la democracia burguesa y el régimen soviético, entre el reformismo y el revolucionarismo, entre el amor a los obreros y el miedo a la dictadura del proletariado, etc. La táctica acertada de los comunistas debe consistir en *utilizar* estas vacilaciones, de ningún modo ignorarlas; esta utilización exige concesiones a los elementos que se inclinan hacia el proletariado, en el caso y en la medida exacta en que lo hacen, y al mismo tiempo la lucha contra los elementos que se inclinan hacia la burguesía. Gracias a la aplicación por nuestra parte de una táctica acertada, el menchevismo se ha ido descomponiendo cada vez más y sigue descomponiéndose en nuestro país; dicha táctica ha ido aislando a los jefes obstinados en el oportunismo y trayendo a nuestro campo a los mejores obreros, a los mejores elementos de la democracia pequeñoburguesa. Es esto un proceso lento, y las «soluciones» de tipo rápido tales como «ningún compromiso, ninguna maniobra» no hacen más que perjudicar la causa del acrecimiento de la influencia y el aumento de las fuerzas del proletariado revolucionario.

En fin, uno de los errores indudables de los «izquierdistas» de Alemania consiste en su intransigencia rectilínea a no reconocer el Tratado de Versalles. Cuanto más grande es «el aplomo» y «la importancia», y más «categórico» y sin apelación el tono con que formula este punto de vista, por ejemplo, K. Horner, menos inteligente resulta. No basta con renegar de las necedades absurdas del «bolchevismo nacional» (Laufenberg y otros), el cual ha llegado hasta el extremo de hablar de la formación de un bloque con la burguesía alemana para la guerra contra la Entente en las condiciones actuales de la revolución proletaria internacional. Hay que comprender asimismo que es radicalmente errónea la táctica que niega la obligación para la Alemania Soviética (si surgiese pronto una República Soviética alemana) de reconocer por algún tiempo el Tratado de Versalles y someterse a él. De esto no se deduce que «los independientes» tuvieran razón cuando, estando los Scheidemann en el Poder, cuando no había sido todavía derribado el Poder Soviético en Hungría, cuando todavía no estaba excluida la posibilidad de una ayuda de la revolución soviética en Viena para sostener a la Hungría Soviética, cuando, *en esas condiciones*, reclamaban la firma del Tratado de Versalles. En aquel momento, los «independientes» maniobraban muy mal, pues tomaban sobre sí la menor o la mayor responsabilidad por los traidores tipo Scheidemann y se desviaban más o menos del punto de vista de la guerra de clases implacable (y fríamente razonada) contra los Scheidemann, para colocarse «fuera» o «por encima» de esta lucha de clases. Pero la situación actual es de tal naturaleza, que los comunistas alemanes no deben atarse las manos y prometer la renuncia obligatoria e indispensable del Tratado de Versalles en caso de triunfo del comunismo. Esto sería una tontería. Hay que decir: los Scheidemann

obreros a pasar de la derecha a la izquierda ha conducido, no al fortalecimiento inmediato de los comunistas, sino, en un comienzo, al del partido intermedio de los «independientes», aunque este partido no haya tenido nunca ninguna idea política independiente y ninguna política independiente, ni haya hecho jamás otra cosa que vacilar entre Scheidemann y los comunistas?

Es indudable que una de las causas ha sido la táctica *errónea* de los comunistas alemanes, los cuales deben honradamente y sin temor reconocer su error y aprender a corregirlo. La equivocación ha consistido en negarse a ir al parlamento burgués reaccionario y a los sindicatos reaccionarios, el error ha consistido en múltiples manifestaciones de esta enfermedad infantil del «izquierdismo» que ahora ha hecho erupción y que gracias a ello será curada mejor y más pronto, con más provecho para el organismo.

El «Partido Socialdemócrata Independiente» alemán carece visiblemente de homogeneidad interior: al lado de los antiguos jefes oportunistas (Kautsky, Hilferding y, por lo que se ve, en gran parte Crispian, Ledebour y otros), que han dado pruebas de su incapacidad para comprender la significación del Poder de los Soviets y de la dictadura del proletariado, así como para dirigir la lucha revolucionaria de este último, se ha formado y crece rápidamente un ala izquierda proletaria. Cientos de miles de miembros del partido, que al parecer cuenta en total unos 750.000, son proletarios que se alejan de Scheidemann y caminan a grandes pasos hacia el comunismo. Este ala proletaria propuso ya en el Congreso de los independientes celebrado en Leipzig (en 1919) la adhesión inmediata e incondicional a la III Internacional. Temer un «compromiso» con ese ala del partido es sencillamente ridículo. Al contrario, *es un deber* de los comunistas buscar y *encontrar* una forma adecuada de compromiso con ella, compromiso que permita, por una parte, facilitar y apresurar la fusión completa y necesaria con ella, y por otra, que no cohiba en nada a los comunistas en su lucha ideológica y política contra el ala derecha oportunista de los «independientes». Es probable que no sea fácil elaborar una forma adecuada de compromiso, pero sólo un charlatán podría prometer a los obreros y a los campesinos alemanes un camino «fácil» para alcanzar la victoria.

El capitalismo dejaría de ser capitalismo, si el proletariado «puro» no estuviese rodeado de una masa abigarradísima de tipos que señalan la transición del proletario al semiproletario (el que obtiene la mitad de sus medios de existencia gracias a la venta de su fuerza de trabajo), del semiproletario al pequeño campesino (y al pequeño productor, al artesano, al pequeño patrono en general), del pequeño campesino al de la categoría intermedia, etc., y si en el interior mismo del proletariado no hubiera sectores de un desarrollo mayor o menor, divisiones según el origen territorial, la profesión, la religión a veces, etc. De todo esto se desprende imperiosamente la necesidad -una necesidad absoluta- para la vanguardia del proletariado, para su parte consciente, para el Partido Comunista, de recurrir a la maniobra, a los acuerdos, a los compromisos con los diversos grupos de proletarios, con los diversos partidos de los obreros y pequeños patronos. La cuestión es *saber* aplicar esta táctica para *eleva*r y no para rebajar el nivel *general* de conciencia, de espíritu revolucionario, de capacidad de lucha y de victoria del

Las gentes ingenuas y totalmente faltas de experiencia se figuran que basta admitir los compromisos, en *general*, para que desaparezca todo límite entre el oportunismo, contra el que sostenemos y debemos sostener una lucha intransigente, y el marxismo revolucionario o comunismo. Pero esas gentes, si todavía no saben que *todos* los límites, en la naturaleza y en la sociedad, son variables y hasta cierto punto convencionales, no tienen cura posible, como no sea mediante un estudio prolongado, la educación, la ilustración y la experiencia política y práctica. En las cuestiones de política práctica que surgen en cada momento particular o específico de la historia, es importante saber considerar separadamente los casos en que se manifiestan los compromisos de la especie más inadmisibles, los compromisos de traición, que encarnan un oportunismo funesto para la clase revolucionaria, y consagrar todos los esfuerzos a descubrir su sentido y a luchar contra ellos. Durante la guerra imperialista de 1914-1918 entre dos grupos de países igualmente voraces y bandidos, el principal y fundamental de los oportunismos ha sido el que adoptó la forma de socialchovinismo, esto es, el apoyo de la «defensa de la patria», lo que equivalía de hecho, en *aquella* guerra, a la defensa de los intereses de rapiña de la burguesía del «propio» país; después de la guerra, la defensa de la sociedad de bandidos llamada «Sociedad de Naciones»; defensa de las alianzas francas o indirectas con la burguesía del propio país, contra el proletariado revolucionario y el movimiento «soviético»; defensa de la democracia y del parlamentarismo burgueses contra el «Poder de los Soviets». Estas fueron las manifestaciones principales de estos compromisos inadmisibles y traidores que, en último resultado, han terminado en un oportunismo funesto para el proletariado revolucionario y para su causa.

«...Rechazar del modo más categórico todo compromiso con los demás partidos..., toda política de maniobra y conciliación», dicen los izquierdistas de Alemania en el folleto de Francfort.

Es sorprendente que, con semejantes ideas, esos izquierdistas no condenen categóricamente el bolchevismo. No es posible que los izquierdistas alemanes ignoren que toda la historia del bolchevismo, antes y después de la Revolución de Octubre, *está llena* de casos de maniobra, de acuerdos, de compromisos con otros partidos, sin exceptuar los partidos burgueses.

Hacer la guerra para derrumbar a la burguesía internacional, una guerra cien veces más difícil, prolongada y compleja que la más encarnizada de las guerras corrientes entre Estados, y renunciar de antemano a toda maniobra, a toda utilización (aunque no sea más que temporal) del antagonismo de intereses existente entre los enemigos, a los acuerdos y compromisos con posibles aliados (aunque sean provisionales, inconsistentes, vacilantes, condicionales), ¿no es esto acaso algo infinitamente ridículo? ¿No se parece esto al caso del que en una ascensión difícil a una montaña inexplorada, en la que nadie hubiera puesto la planta todavía, renunciase de antemano a hacer zigzags, a volver a veces sobre sus pasos, a prescindir de la dirección elegida al principio y a probar diferentes direcciones? ¡¡Y gentes tan poco conscientes, tan inexperimentadas (menos mal aún si la causa de ello es la juventud, porque ésta está autorizada por la providencia a decir

semejantes tonterías durante cierto tiempo), han podido ser sostenidas directa o indirectamente, franca o encubiertamente, íntegra o parcialmente, poco importa, por algunos miembros del Partido Comunista holandés!!

Después de la primera revolución socialista del proletariado, después del derrumbamiento de la burguesía en un país, el proletariado de este último sigue siendo *durante mucho tiempo aún más débil* que la burguesía, gracias simplemente a las inmensas relaciones internacionales de ésta y en virtud de la restauración espontánea y continua, del renacimiento del capitalismo y de la burguesía por los pequeños productores de mercancías del país que ha derrumbado a la burguesía. Obtener la victoria sobre un adversario más poderoso únicamente es posible poniendo en tensión todas las fuerzas y utilizando *obligatoriamente* con solicitud, minucia, prudencia y habilidad, la menor «grieta» entre los enemigos, toda contradicción de intereses entre la burguesía de los distintos países, entre los diferentes grupos o diferentes categorías burguesas en el interior de cada país; hay que aprovechar igualmente las menores posibilidades de obtener un aliado de masas, aunque sea temporal, vacilante, inestable, poco seguro, condicional. El que no comprenda esto no comprende ni una palabra de marxismo ni de socialismo científico contemporáneo, en *general*. El que no ha demostrado en la *práctica*, durante un intervalo de tiempo bastante considerable y en situaciones políticas bastante variadas, su habilidad para aplicar esta verdad a la realidad, no ha aprendido todavía a ayudar a la clase revolucionaria en su lucha por librar de la explotación a toda la humanidad trabajadora. Y lo dicho se aplica tanto al período anterior a la conquista del Poder político por el proletariado como al posterior.

Nuestra teoría no es un dogma, sino *un guía para la acción*, han dicho Marx y Engels, y el gran error, el inmenso crimen de algunos marxistas «patentados», como Carlos Kautsky, Otto Bauer y otros, consiste en no haber comprendido esto, en no haber sabido aplicarlo en los momentos más graves de la revolución proletaria. «La acción política no se parece en nada a la acera de la perspectiva Nevski» (la acera limpia, ancha y lisa de la calle principal, absolutamente recta, de Petersburgo), decía ya N. G. Chernyshevski, el gran socialista ruso del período pre-marxista. Los revolucionarios rusos, desde la época de Chernyshevski acá, han pagado con innumerables víctimas su ignorancia u olvido de esta verdad. Hay que conseguir a toda costa que los comunistas de izquierda y los revolucionarios de Europa occidental y América fieles a la clase obrera paguen *menos cara* que los rusos atrasados la asimilación de esta verdad.

Los socialdemócratas revolucionarios de Rusia aprovecharon antes de la caída del zarismo frecuentemente la ayuda de los liberales burgueses, es decir, contrajeron con ellos innumerables compromisos prácticos, y en 1901-1902, aún antes del nacimiento del bolchevismo, la antigua redacción de «Iskra» (en la que estábamos Plejánov, Axelrod, Sasulich, Martov, Potresov y yo) concertaba (no por mucho tiempo, es verdad) una alianza política formal con Struve, jefe político del liberalismo burgués, sin dejar de sostener al mismo tiempo la lucha ideológica y política más implacable contra el liberalismo burgués y las menores manifestaciones de su influencia en el interior del

movimiento obrero. Los bolcheviques siguieron practicando siempre esa misma política. Desde 1905 defendieron sistemáticamente la alianza de la clase obrera con los campesinos, contra la burguesía liberal y el zarismo, no negándose nunca, al mismo tiempo, a apoyar a la burguesía contra el zarismo (en los empates electorales, por ejemplo); y prosiguiendo asimismo la lucha ideológica y política más intransigente contra el partido campesino revolucionario burgués de los «socialrevolucionarios», a los cuales denunciaban como demócratas pequeñoburgueses que se presentaban falsamente como socialistas. En 1907, los bolcheviques constituyeron por poco tiempo un bloque político formal con los «socialrevolucionarios» para las elecciones a la Duma. Con los mencheviques hemos estado muchos años formalmente, desde 1903 a 1912, en un partido socialdemócrata unido, *sin* interrumpir *nunca* la lucha ideológica y política contra ellos, en su calidad de agentes de la influencia burguesa en el seno del proletariado y como oportunistas. Durante la guerra concertamos una especie de compromiso con los «kautskianos», los mencheviques de izquierda (Martov) y una parte de los «socialrevolucionarios» (Chernov, Natanson). Asistimos con ellos a las Conferencias de Zimmerwald y Kienthal, lanzamos manifiestos comunes, pero nunca interrumpimos ni atenuamos la lucha política e ideológica contra los «kautskianos», contra Martov y Chernov. (Natanson murió en 1919 siendo un «comunista revolucionario», populista muy afín a nosotros y casi solidario nuestro). En el mismo momento de la Revolución de Octubre concertamos una alianza política, no formal, pero muy importante (y muy eficaz), con la clase campesina pequeñoburguesa, aceptando *enteramente*, sin la menor modificación, el programa agrario de los socialrevolucionarios, es decir, contrajimos indudablemente un compromiso con el fin de probar a los campesinos que no queríamos imponernos a ellos, sino ir a un acuerdo. Al mismo tiempo, propusimos (y poco después lo realizábamos) un bloque político formal con la participación de los «socialrevolucionarios de izquierda» en el gobierno, los cuales rompieron con nosotros ese bloque después de la paz de Brest, llegando en julio de 1918 a la insurrección armada y más tarde a la lucha armada contra nosotros.

Fácil es concebir, por consiguiente, por qué los ataques de los izquierdistas alemanes contra el Comité Central del Partido Comunista en Alemania por admitir este Comité la idea de un bloque con los «independientes» («Partido Socialdemócrata Independiente de Alemania», los «kautskianos») nos parecen desprovistos de seriedad y una demostración evidente de la *posición errónea* de los «izquierdistas». En Rusia había también mencheviques de derecha (que entraron en el Gobierno de Kerenski) correspondientes a los Scheidemann de Alemania, y mencheviques de izquierda (Martov), que se hallaban en oposición con los mencheviques de derecha y correspondían a los kautskianos alemanes. En 1917 hemos observado muy claramente cómo las masas obreras pasaban gradualmente de los mencheviques a los bolcheviques. En el I Congreso de los Soviets de toda Rusia, celebrado en junio de dicho año, teníamos sólo el 13 por 100 de los votos. La mayoría pertenecía a los socialrevolucionarios y a los mencheviques. En el II Congreso de los Soviets -25 de octubre de 1917- teníamos el 51 por 100 de los sufragios. ¿Por qué en Alemania una tendencia *igual*, absolutamente *idéntica* de los